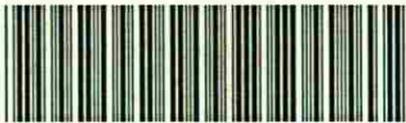


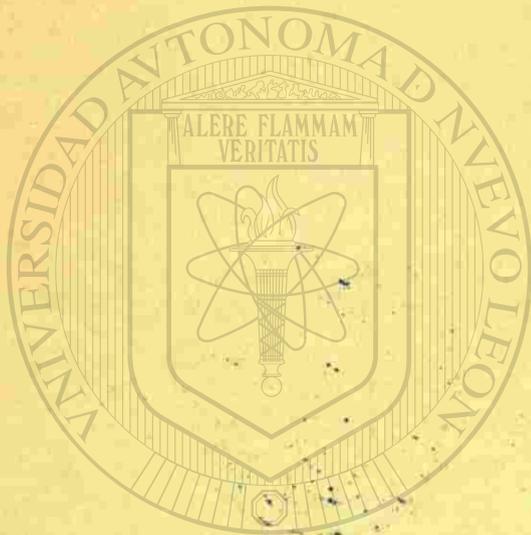
PIRANDELLO  
—●—  
CUANDO  
TABBA LOCCO

PO4835  
.I7  
C88

P667ca



1020027135



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

Tercetos. VEDITATIS.....	4 pesetas
El Carnaval de los muertos.....	4 >
Y mañana, lunes.....	4 >
Un caballo en la luna.....	4 >
El mantón negro.....	4 >

TEATRO

Seis personajes en busca de autor.....	3 pesetas
La razón de los demás.—El hombre, la bestia y la virtud.....	4 >
Vestir al desnudo.—Sea todo para bien..	4 >

CUANDO ESTABA LOCO

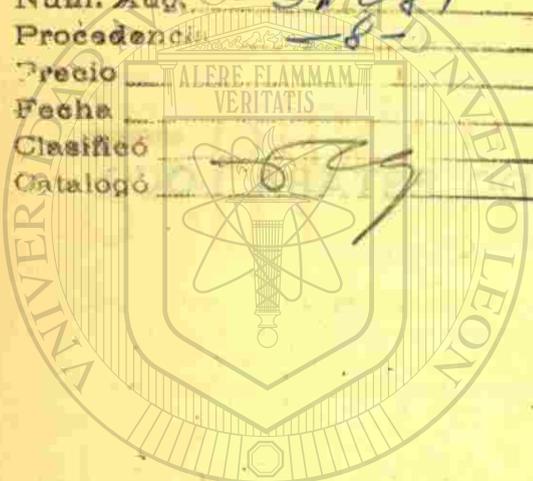
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. CC  
Núm. Autor P667 ew  
Núm. Adg. 31081  
Procedencia 85  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. \_\_\_\_\_  
Catálogo \_\_\_\_\_



LUIS PIRANDELLO



— CUANDO —  
ESTABA LOCO

TRADUCCION DE  
FELIX AZZATI

UANI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

100090<sup>®</sup>

EDITORIAL SEMPERE  
Martí, C. C.-Valencia  
Printed in Spain

31081

853  
P.

PQ 4835  
I 7  
C 88



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.  
Reservados todos los derechos de reproducción, traducción y adaptación.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Talleres tipográficos de Antonio Badía, Ermita, 11-Valencia

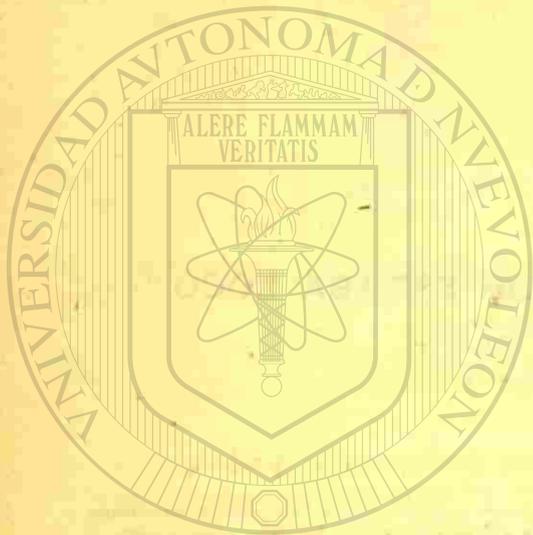
CUANDO ESTABA LOCO

U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

## LA LIMOSNA

Pido, ante todo, permiso para afirmar que ya estoy cuerdo. ¡Ay! Precisamente, por esto, me he quedado pobre. Y además calvo. Conste, sin embargo, que cuando yo era yo, es decir, el respetable don Fausto Bandini, rico, poblada mi cabeza de cabellos espléndidos, estaba loco. Así quedó resuelto y decidido. Estaba algo más delgado, desde luego; pero con estos mismos ojos que, desde entonces, se me quedaron así, como desparvoridos, en un semblante pálido impreso en matices reveladores de ciertas habituales inclinaciones compasivas... ¡Pero, sí: rematadamente loco!

Por distracción, de vez en cuando, sufro recaídas: son como relámpagos; pero mi buena

Marta (mujer previsora) con ciertos conjuros suyos, que son como gélido líquido extintor, los apaga en el acto.

Por ejemplo, hace algunas noches...

Vamos: la cosa no tiene importancia. ¿Qué puede acaecerle jamás a un pobre cuerdo y cuerdo pobre, reducido a vivir más ordenadamente que una hormiga?

Cuanto más ténue es el tejido, más sutil es el bordado: esto he leído alguna vez, no sé donde. Pero ante todo es necesario saber bordar.

Pues bien: regresaba hace algunas noches a mi casa... Creo que no hay tormento mayor que la insistencia pedigüña del mendigo: sobre todo sí, no teniendo con qué aplacar sus voces lastimeras, él nos adivina piadosos. Una chiquilla, con voz llorosa me acosaba ya un cuarto de hora, repitiendo la misma cantinela. Yo, sordo, no la miraba. De pronto me deja y se pega como un tábano a unos recién casados.

—¿Le darán algo?—me pregunto.

¡Desventurada criatura! Ignoras que cuando por primera vez van del brazo los recién casados créense perseguidos por todas las miradas y sienten el apuro de las cosas nuevas de su vida íntima, que suponen descubiertas o adivinadas en los ojos de los demás, y no aciertan a detenerse, sino que apresuran el paso, aun ante quien les pide limosna.

En efecto: momentos después oigo la misma voz:

—¡Señorito, señorito!..

Y de nuevo el monótono plañir. Ya no puedo más y grito desesperado:

—¡Déjame, déjame!..

Fué peor. Mi grito suscitó en ella otras frases reservadas en previsión del caso. Respiro fuerte, una primera vez; y luego otra: hasta que al fin, no puedo contenerme más y enarbolé el bastón, así, de este modo. Ella se echa a un lado levantando instintivamente un brazo para escudar la cabeza, y por debajo del codo gime:

—¡Aunque no sean más que unos centimitos!..

¡Dios mío! ¡Qué ojos se abrieron en aquel rostro flaco, cetrino, bajo los rojizos cabellos enmarañados! Todos los vicios de la calle parecían vermicular en la mirada que la precocidad tornaba espantable. (No apelo a formas exclamativas porque ahora, que estoy cuerdo, nada debe producirme maravilla).

Ya antes de ver aquellos ojos, estaba arrepentido de mi acto amenazador.

—¿Cuántos años tienes?

La muchacha me mira de soslayo, sin bajar el brazo y no responde.

—¿Por qué no trabajas?

—¡Ojalá pudiera!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

—No trabajas por que no quieres—le digo yo, reanudando mi marcha.—Te gusta este oficio.

Como si no le hubiese dicho nada, me siguió insistiendo en su aflictiva tonadilla, que tenía hambre, que le diese algo por el amor de Dios. Hubiera querido quitarme la americana y decirle:

—¡Toma!

¡Quién sabe! En otros tiempos, quizás lo hubiese hecho: bien es verdad que, en otros tiempos, no me hubiesen faltado en el bolsillo unas monedas... Se me ocurrió, de pronto, un recurso, si bien este me fuerza a disculparme ante la gente cuerda. Trabajar, es, sin duda, un buen consejo y una dádiva muy fácil. Me acordé en aquel instante de que Marta buscaba una criadita.

Y entiéndase bien: califico de locura esta inopinada ocurrencia, no tanto por el júbilo bullicioso que suscitó en mí y que reconocí en el acto, clarísimamente, por haberlo experimentado otras veces, de un modo idéntico cuando estuve loco (especie de embriaguez alucinadora que dura un instante, un relámpago, en el cual el mundo entero parece volcarse y palpitar en nosotros) cuanto por las reflexiones de pobre cuerdo con las que busqué infundir una lógica a aquella mi embriaguez, tratando de persuadirme de que no me guiaba otro interés que el de mi mujer. Y pensé: «Bastará con darle a esta muchacha de comer, dormir y alguna ropa usada, para que nos sirva

sin que pida nada más. Será hasta un ahorro para Marta». No está mal.

—Oye—dije a la chiquilla—no te doy dinero, pero ¿quieres trabajar de veras?

Me miró un instante con sus ojos claros, hueraños, bajo las cejas odiosamente fruncidas; después afirmó algunas veces con la cabeza.

—¿Sí? Pues entonces, ven conmigo: te daré trabajo en mi casa.

La muchacha se detuvo de nuevo, indecisa.

—¿Y mi madre?

—Ya se lo dirás luego; ahora, ven.

Parecíame caminar por otra calle... Esta confesión me causa rubor... Pero, precisamente, parecía como que las casas y los árboles fuesen presa de mi misma agitación. ¿Qué podría pensar mi mujer, si me viese?... Y la agitación creció por instantes y apresuraba mis pasos hacia mi casa.

No pude presentar a Marta mi proposición de modo más burdo: hasta balbuceaba. Y sin duda alguna, esta misma torpeza debió contribuir no solo a que rechazase mi plan, sino también a que se encolerizase mi pobrecita Marta. Pero, ¿qué culpa tengo yo si desde que me he vuelto cuerdo, con el continuo temor de que se me escape algún dislate no soy capaz de juntar dos palabras? En fin, mi mujer aprovechó la ocasión para repetirme su terrible: «Pero hombre, ¿otra vez?» Lo que para mí es peor que una ducha por

sorpresa; y después despidió a la muchacha sin darle siquiera alguna cosilla; porque—dijo—aqueel día había dado ya su limosna. (Y realmente, Marta dá su limosna diaria; pero sólo cinco céntimos al primer pobre que encuentra; y cuando ha dado esa moneda y ha dicho: «Encomiéndeme a las benditas ánimas del Purgatorio», se ha puesto en paz con su conciencia, y todo lo demás no le importa un comino).

Entretanto, yo pienso y digo: «Aquella muchacha, si no se ha perdido ya, sin duda, se perderá muy pronto». Sí; pero ¿qué me importa todo esto? Yo, ahora, estoy cuerdo; ya no debo pensar en estas cosas. ¡Sólo debo pensar en mí! ¡Esta es mi nueva enseña! Ha sido necesario un gran esfuerzo para que yo imprima ese título a todos los actos de mi nueva *vida*, llamémosla así. ¡Sea lo que Dios quiera! Con no hacer nada... Por ejemplo: si ahora me detengo ante una ventana donde yo sé que hay gente que llora, debo ver allí en el acto mi extraviada y demacrada imagen, la cual, asomándose, tiene el deber ineludible de gritarme, moviendo la cabeza y llevándose el índice de una mano al pecho: «¿Y yo?»—¡Eso es!

Luego, en todo momento, debo decir lo mismo: «¿Y yo?»—Esta es la base de la verdadera cordura.

En cambio, cuando estaba loco...

## II

## FUNDAMENTO DE LA MORAL

Cuando estaba loco, apenas me sentía en mí mismo, lo que equivale a decir que no habitaba en mí. En efecto, me había convertido en una hospedería abierta a todo el mundo. Y si con las manos me golpeaba la frente, advertía que siempre tenía gente alojada, pobrecillos que necesitaban mi ayuda, del mismo modo que tantos otros inquilinos como llevaba albergados en el corazón. No puedo afirmar que mis brazos y mis piernas estuviesen a mi servicio tanto como al de aquellos infelices que en mí residían y me enviaban de acá para allá en sus continuas necesidades.

Y no podía, en mi conciencia, decir «yo», sin que inmediatamente un eco no me repitiese: «Yo, yo, yo»... de tantos otros como llevaba dentro en animada algarabía. Hasta el extremo, por ejemplo, de que si tenía hambre y me lo decía a mí mismo, todos repetían en mí, a su vez: «*Tengo hambre, tengo hambre, tengo hambre*»... Y me era necesario atenderlos, aún con la amargura de no poder acudir a todos.

Me concebía, en suma, casi en sociedad de socorros mútuos con el universo; pero, como yo en-

sorpresa; y después despidió a la muchacha sin darle siquiera alguna cosilla; porque—dijo—aqueel día había dado ya su limosna. (Y realmente, Marta dá su limosna diaria; pero sólo cinco céntimos al primer pobre que encuentra; y cuando ha dado esa moneda y ha dicho: «Encomiéndeme a las benditas ánimas del Purgatorio», se ha puesto en paz con su conciencia, y todo lo demás no le importa un comino).

Entretanto, yo pienso y digo: «Aquella muchacha, si no se ha perdido ya, sin duda, se perderá muy pronto». Sí; pero ¿qué me importa todo esto? Yo, ahora, estoy cuerdo; ya no debo pensar en estas cosas. ¡Sólo debo pensar en mí! ¡Esta es mi nueva enseña! Ha sido necesario un gran esfuerzo para que yo imprima ese título a todos los actos de mi nueva *vida*, llamémosla así. ¡Sea lo que Dios quiera! Con no hacer nada... Por ejemplo: si ahora me detengo ante una ventana donde yo sé que hay gente que llora, debo ver allí en el acto mi extraviada y demacrada imagen, la cual, asomándose, tiene el deber ineludible de gritarme, moviendo la cabeza y llevándose el índice de una mano al pecho: «¿Y yo?»—¡Eso es!

Luego, en todo momento, debo decir lo mismo: «¿Y yo?»—Esta es la base de la verdadera cordura.

En cambio, cuando estaba loco...

## II

## FUNDAMENTO DE LA MORAL

Cuando estaba loco, apenas me sentía en mí mismo, lo que equivale a decir que no habitaba en mí. En efecto, me había convertido en una hospedería abierta a todo el mundo. Y si con las manos me golpeaba la frente, advertía que siempre tenía gente alojada, pobrecillos que necesitaban mi ayuda, del mismo modo que tantos otros inquilinos como llevaba albergados en el corazón. No puedo afirmar que mis brazos y mis piernas estuviesen a mi servicio tanto como al de aquellos infelices que en mí residían y me enviaban de acá para allá en sus continuas necesidades.

Y no podía, en mi conciencia, decir «yo», sin que inmediatamente un eco no me repitiese: «Yo, yo, yo»... de tantos otros como llevaba dentro en animada algarabía. Hasta el extremo, por ejemplo, de que si tenía hambre y me lo decía a mí mismo, todos repetían en mí, a su vez: «*Tengo hambre, tengo hambre, tengo hambre*»... Y me era necesario atenderlos, aún con la amargura de no poder acudir a todos.

Me concebía, en suma, casi en sociedad de socorros mútuos con el universo; pero, como yo en-

tonces no necesitaba nada, aquel «mutuos» sólo tenía valor para los demás.

Lo curioso, entretanto, era esto: que creía razonar mi locura; más aún, si debo decir toda la verdad sin avergonzarme, había llegado hasta trazar el esquema de un tratado *sui generis* que pensaba escribir con el título: *Fundamentos de la moral*.

Guardo en un cajoncillo los apuntes para este tratado, y de vez en cuando, durante la noche (mientras Marta, como de costumbre, en otro lado descabeza un sueñecillo después de la cena) los saco y los releo poco a poco, a escondidas, con una cierta delectación y maravilla, lo confieso, porque es innegable que razonaba bien, aún cuando estaba loco.

Debería echarme a reír: pero, quizás no lo consigo por un motivo enteramente ajeno a todos aquellos razonamientos, que, en su mayor parte, enderezábanse a redimir a la infeliz que fué mi primera esposa, de la cual hablaré luego para ofrecer la prueba más concluyente de mis destinos en aquellos tiempos.

De estos apuntes infiero que el tratado sobre *Fundamentos de la moral*, debería, en mi concepto, consistir en diálogos entre la que fué mi primera mujer y yo, o quizás en apólogos. Un cuaderno, por ejemplo, se titula: *El joven tímido*, y por cierto alude a un buen muchacho, hijo

de un tendero de pueblo, en relación de negocios conmigo; el cual muchacho, enviado por su padre venía a la ciudad a visitarme. Mi mujer lo invitaba para gozarse en su cortedad, mientras comíamos. He aquí algunas notas de mi cuaderno:

«Dime, Mirina: ¿dónde tienes los ojos? ¿No ves que este pobre muchacho se ha dado cuenta de que quieres burlarte de él? ¿Lo crees tonto, verdad? Y sin embargo es tan solo tímido, tan tímido, que no sabe defenderse del ridículo en que lo pones, aun cuando íntimamente sufra. Si el sufrimiento de este joven no tuviese para tí solo las apariencias de una distracción; si no tuvieses solamente conciencia de tu triste placer, sino también al mismo tiempo de su dolor, ¿no te parece evidente que cesarías de hacerlo sufrir, porque la conciencia del dolor ajeno turbaría y aún destruiría tu deleite? Actúas, pues, Mirina, sin el cabal sentimiento de tu acción, de la cual adviertes el efecto tan sólo en tí misma...»

Cierto. Y vamos: no está mal concebido el razonamiento para un loco. ¡Lástima que yo no comprendiese entonces que una cosa es razonar y otra vivir! Y casi la mitad de los infelices a quienes se tiene reclusos en los manicomios ¿no son, quizás, gentes que quisieran vivir según comúnmente, en abstracto, se razona? ¡Cuántas pruebas, cuántos ejemplos no podría citar si ya hoy todo cuerdo no reconociese como irracionales

incontables actos de la vida, usos y costumbres, de tal naturaleza que sería tenido por loco quien tratara de razonarlos!

Así era yo, en el fondo, tal como en mi tratado me describía. Y no lo hubiese advertido sin el auxilio de las luces de Marta.

Entre paréntesis, ya que hablamos de estas cosas: los que no admiten la idea de Dios porque la creen fundada en un sentimiento contrario a la razón, podrían ver en mi tratado como la razonaba yo, y cuán sólida era, además, la vida que le daba en el pensamiento. Convengo ahora, sin embargo, en que este sería un Dios difícil y totalmente inasequible para la gente cuerda; ya que quien quisiera reconocerlo y llegar hasta él, debería actuar como yo actuaba entonces, esto es, cuando estaba loco; debería actuar, en suma, respecto de los demás, como si al mismo tiempo tuviese conciencia de sí y de ellos, de ellos, que no son en verdad más que conciencias como la nuestra. Quien esto hiciera y a las demás conciencias atribuyese idéntica realidad que a la suya propia, alcanzaría necesariamente la idea de una realidad común a todos, de una verdad y aún de una existencia, más allá de nuestros límites, en donde vive el sér universal: esto es, Dios.

Pero todo esto, lo repito, no es para la gente cuerda. Sin embargo, resulta curioso que mientras yo (siguiendo nuestra vieja costumbre de

abrir algún buen libro antes de acostarnos) leo, por ejemplo, *Las Florecillas* de San Francisco, Marta me interrumpe alguna que otra vez exclamando con unción llena de maravilla:

—¡Qué admirable santo!

Cierto. Será tentación del demonio, pero yo dejo el libro sobre mis rodillas y la miro por si es sincera su admiración. Seamos lógicos, vamos: o San Francisco, para ella no está cuerdo o soy yo quien está loco. Aunque estoy convencido de que los cuerdos deben ser lógicos solo hasta cierto punto.

Pero volvamos a cuando estaba loco.

Tener la plena inteligencia del ser era para mí el ideal, la aspiración suprema. Quería vivir el dolor ajeno como el mío propio, la alegría de los demás como la mía. Y quería vislumbrar una relación arcana entre las palpitaciones de mi corazón y el palpitar de las estrellas en el cielo.

En los atardeceres, en el campo, mientras de lejos me llegaba el sonido pastoril de las cornamusas que abrían la marcha de los segadores en tropel de regreso a la aldea, con las carretas colmadas de trigo, parecíame que el aire, en el que la vida entera se bañaba, tornábase más sutil, casi más íntimo: y que yo viese más allá de donde comúnmente vemos. El alma, suspensa y fascinada en aquella sagrada intimidad de las cosas, se asomaba hasta el umbral de los sen-

tidos y percibía el más suave hálito, el más leve rumor. Y en mí se hacía un gran silencio atónito, tanto, que un vuelo cercano me sobresaltaba y un lejano gorjeo me arrancaba un sollozo de júbilo, porque me sentía feliz ante los pajarillos que en aquella época no padecían frío y hallaban en los campos abundante cebo; feliz como si mi aliento los calentase y mi pecho los nutriese. Y penetraba en la vida de las plantas; y, poco a poco, ascendía sobre todo lo pequeño recogiendo en mí la vida del universo hasta sentirme transfigurado en el mundo, como si los árboles fuesen mis miembros, la tierra mi cuerpo, los ríos mis venas y el aire mi alma; y avanzaba unos pasos, así, extático y penetrado de esta inmensa, sublime ilusión.

Desvanecida ésta, quedábame anhelante como si de veras, en mi débil pecho, hubiese recogido la vida del cosmos.

Sentábame al pié de un árbol, y entonces, el genio de mi locura comenzaba a sugerirme las más peregrinas ideas: que la humanidad necesitaba de mí, de mi palabra exhortadora: voz de ejemplo, palabra de hecho. De pronto, me daba cuenta de que deliraba: «¡Ea—decía entonces,—volvamos, volvamos a la realidad!»... Y volvía a ella; pero no para verme a mí sino para ver a los otros como ellos se veían, para sen-

tirlos y amarlos en mi conciencia, como ellos querían ser amados.

Pues bien: concibiendo y reflejando de este modo, en el espejo interior de la conciencia, a los demás seres con una realidad igual a la mía; llegando por este medio también a la concepción del Ser en su unidad, toda acción egoísta, es decir, toda acción en la cual la parte se erige en el lugar del todo y lo subordina, era natural que me pareciese no solo ilógica, sino fundamentalmente irracional. ¡Ay! Sí. Pero mientras yo caminaba por mis campos pisando levemente la tierra, cuidando de no hollar ni una florecilla, de no destruir ni un insecto, cuyas brevísimas vidas también vivían en mí, los demás me robaban mis tierras, mis casas; me despojaban sin escrúpulos.

Y ahora, heme aquí: *ecce homo*.

### III

#### MIRINA

El cirio bendito, cirio «de la buena muerte» que la santa mujer llevóse de la iglesia madre de la aldea natal, cumplía en aquel instante la voluntad de la difunta. Durante muchos años lo había guardado para sí en el fondo del armario, y ahora ardía sobre un alto candelabro de plomo y velaba con los recuerdos sencillos y amados de la

tidos y percibía el más suave hálito, el más leve rumor. Y en mí se hacía un gran silencio atónito, tanto, que un vuelo cercano me sobresaltaba y un lejano gorjeo me arrancaba un sollozo de júbilo, porque me sentía feliz ante los pajarillos que en aquella época no padecían frío y hallaban en los campos abundante cebo; feliz como si mi aliento los calentase y mi pecho los nutriese. Y penetraba en la vida de las plantas; y, poco a poco, ascendía sobre todo lo pequeño recogiendo en mí la vida del universo hasta sentirme transfigurado en el mundo, como si los árboles fuesen mis miembros, la tierra mi cuerpo, los ríos mis venas y el aire mi alma; y avanzaba unos pasos, así, extático y penetrado de esta inmensa, sublime ilusión.

Desvanecida ésta, quedábame anhelante como si de veras, en mi débil pecho, hubiese recogido la vida del cosmos.

Sentábame al pié de un árbol, y entonces, el genio de mi locura comenzaba a sugerirme las más peregrinas ideas: que la humanidad necesitaba de mí, de mi palabra exhortadora: voz de ejemplo, palabra de hecho. De pronto, me daba cuenta de que deliraba: «¡Ea—decía entonces,—volvamos, volvamos a la realidad!»... Y volvía a ella; pero no para verme a mí sino para ver a los otros como ellos se veían, para sen-

tirlos y amarlos en mi conciencia, como ellos querían ser amados.

Pues bien: concibiendo y reflejando de este modo, en el espejo interior de la conciencia, a los demás seres con una realidad igual a la mía; llegando por este medio también a la concepción del Ser en su unidad, toda acción egoísta, es decir, toda acción en la cual la parte se erige en el lugar del todo y lo subordina, era natural que me pareciese no solo ilógica, sino fundamentalmente irracional. ¡Ay! Sí. Pero mientras yo caminaba por mis campos pisando levemente la tierra, cuidando de no hollar ni una florecilla, de no destruir ni un insecto, cuyas brevísimas vidas también vivían en mí, los demás me robaban mis tierras, mis casas; me despojaban sin escrúpulos.

Y ahora, heme aquí: *ecce homo*.

### III

#### MIRINA

El cirio bendito, cirio «de la buena muerte» que la santa mujer llevóse de la iglesia madre de la aldea natal, cumplía en aquel instante la voluntad de la difunta. Durante muchos años lo había guardado para sí en el fondo del armario, y ahora ardía sobre un alto candelabro de plomo y velaba con los recuerdos sencillos y amados de la

lejana infancia, derritiéndose en lágrimas en sí mismo, a la cabecera de la muerta, ya tendida en el ataúd sobre el suelo, en el lugar que antes ocupaba la cama.

Siempre que a mi mente acude el recuerdo de mi primera esposa, Mirina, se me representa esta fúnebre visión con lucidez intensísima. Se llamaba la santa mujer, tendida en el ataúd, Amalia Sanni, hermana mayor, y, hasta pudiera decir más exactamente, madre de Mirina. Y veo, en la modestísima habitación, además de aquel cirio bendito, otros dos más pequeños que se consumen rápidamente al pie de la cruz, chisporroteando de vez en cuando. Yo estoy sentado cerca de la ventana, y, como si la inesperada desventura me hubiese aturdido más que afligido, miro a los parientes y a los amigos que congregó su muerte; gente cuerda y de bien, me guardaré de negarlo... pero, me miraban demasiado; revelaban de modo excesivo la antipatía que sentían hacia mí. Seguramente, tenían razón; pero la razón de ellos no me ayudaba a sanar la mía, de tal modo, que hasta sus propias miradas suscitaban en mí una sincera compasión.

Yo amaba a Amalia Sanni más que a una hermana. Descubro ahora en ella un único error: que su alma se ajustaba en todo con la mía, en la concepción de la vida. No quiero decir, con esto, que estaba loca; diré, a lo sumo, que Amalia

Sanni no estaba cuerda, precisamente como San Francisco. Porque, no hay término medio: o se es santo o se es loco.

Los dos nos esforzábamos solícitamente en despertar el alma de mi esposa Mirina, sin daño de aquel minúsculo cuerpecillo suyo de muñeca, rico en gracias vivacísimas, de una frescura y de una vitalidad casi violentas... Queríamos enseñar el vuelo a una mariposa; mejor dicho, queríamos enseñarle no a que cerrase las alas para no volar, sino a no posarse sobre ciertas flores venenosas; sin comprender que, para la mariposa, lo que a nosotros nos parecía veneno, era su propio alimento.

Basta: no quiero detenerme en relatar mi infeliz existencia conyugal con Mirina. Sólo digo, que ella detestaba en mí lo que admiraba en su hermana. Y ahora, esto me parece muy natural.

De repente, en la cámara mortuoria, penetró jadeando una prima de mi mujer, carnosa, enana, con un par de enormes lentes redondos que le agrandaban monstruosamente los ojos ¡pobrecilla! He olvidado su nombre. Había recogido del campo, aquí y allá, cuantas flores encontrara en las proximidades de la casa y venía a derramarlas sobre la muerta. Traía en su cabellera desordenada el viento que bramaba fuera.

Era noble y piadoso su sentimiento, lo reconozco ahora; pero entonces... Recordaba que,

pocos días antes, Amalia, viendo a Mirina como regresaba a la casita con un gran ramo de flores, había exclamado, toda afligida:

— ¡Qué lástima! ¿Por qué las has arrancado?

Era tan santa que, en efecto, consideraba que aquellas flores del campo no nacen para los hombres, sino que son como la sonrisa de la tierra que expresa al sol su gratitud. Arrancar aquellas flores constituía para ella una profanación.

Yo, loco, confieso que no pude resistir la visión del cadáver cubierto de flores. No dije nada. Me fui.

Recuerdo todavía la impresión que me hizo, aquella noche, el imprevisto espectáculo de la naturaleza, casi toda ella en fuga, en la ululante vehemencia del viento. Huían desgarradas por el cielo, con furia desesperada, las nubes, en tropel infinito, y parecía que arrastrasen tras sí a la luna, pálida de espanto; los árboles se retorcián quejumbrosos, crujiendo, con espasmo sin fin, como para descuajarse y huir también allá, allá donde el viento se llevaba a las nubes como a una asamblea tempestuosa.

El alma mía, que al salir de la casita estaba totalmente cerrada en la congoja de la muerte, de improviso se abrió, como si toda su amargura se hubiese desencadenado ante la visión de aquella noche; otro dolor inmenso parecióme ver en el cielo misterioso, en aquellas nubes desgarradas

das y arrastradas; otra pena arcana en el aire enfurecido, lamentoso de aquella fuga, y, si de tal manera los mudos árboles se agitaban, era porque sin duda alguna también un ignoto espasmo los conmovía. De repente, un sollozo, casi un fulgir de miedosa luz en aquel mar de tinieblas; el graznido de un buho en el valle, allá abajo, y gritos de terror en la lejanía; chirriar de grillos allá, hacia la colina.

Arrastrado por el viento, fui hacia los árboles. En aquel instante, no sé por qué, me volví a mirar hacia la casita, que se me ofrecía al otro lado. Miré largamente; de pronto, me tendí para distinguir en la lobreguez si era verdad lo que me parecía ver cerca de la ventana baja de la habitación donde Mirina habíase retirado a llorar a su hermana: algo se agitaba como una sombra. ¿Estaba la sombra allí o en mis ojos? Me los froté tan fuerte, que, durante un momento después, no veía nada, como si una tiniebla más densa me hubiese envuelto para impedirme, no ya ver, sino creer en lo que me había parecido adivinar. ¿Una sombra que gesticulaba? ¿La sombra de un árbol agitado por el viento?

Tan lejos de mí estaba la sospecha de que mi mujer me traicionase.

Verdaderamente no me parece una atrevida presunción pensar, que, en una noche como aquella, hubiese estado lejos de todos tal sospecha, y

que quizás todos (como yo cuando me dí cuenta de que aquella sombra era verdaderamente un hombre de carne y hueso) hubiesen supuesto que se trataba de un ladrón nocturno, y, como yo, hubiesen corrido cautelosamente a coger una escopeta, aunque no fuese más que para atemorizarlo, disparando al aire.

Sólo que yo, cuando descubrí qué clase de ladrón era aquél, ni le disparé, ni disparé al aire.

Apostado allí, inclinado en la esquina de la caseta, muy cerca de la primera ventana donde ellos hablaban, presa de continuos escalofríos que, como navajazos me herían la espalda, esforzábame en oír lo que decían. Oía solamente a mi mujer, aterrada ante la terrible audacia de aquél. Lo empujaba para que se fuese. Hablaba él también; pero tan bajo y tan aprisa, que, no sólo no conseguía comprender sus palabras, sino que por el tono de su voz, ni aún siquiera podía reconocerlo.

—¡Márchate, márchate!. —insistía ella.

Y entre las lágrimas añadió otras palabras que me petrificaron.

¡Lo adiviné todo! El, en aquella noche tempestuosa, fué a preguntar por la enferma. Pero Mirina le contestó:

—¡La hemos matado nosotros!..

¡Ah! Luego Amalia había descubierto antes que yo la traición.

—¿Qué culpa tenemos nosotros?—dijo él de pronto, en voz alta, descompuesto.

Pero, ¿era mi vecino, César Vardi? Lo reconocí, lo ví en su voz, tosco y robusto, como una bestia, casi nutrido de tierra y de aire sanos. Oí inmediatamente después correr las persianas con violencia, como si a las manos las hubiese ayudado el viento; lo ví alejarse, sin moverme de la posición en que estaba. Seguí con el oído sus pasos, conteniendo el aliento, mucho más pausado que el latir de mi corazón. Después me levanté, abandonándome a mi primer aturdimiento; y entonces, no sólo lo que había visto, sino lo que había descubierto, casi no me parecieron verdad.

—¿Es posible?—decíame a mí mismo, errando de nuevo por los campos, entre los árboles, como un borracho. Sálame de la garganta un gemido sordo, continuo, que se confundía con el violento agitarse de las hojas, como si mi cuerpo, herido, se doliese, mientras mi alma desordenada, entontecida, no le hiciera caso. Advertí, por fin, que aquel gemido partía de mí y me detuve afanoso, cruzando los brazos sobre mi pecho y agarrándome los hombros con las manos, como para detenerme. Y me senté en el suelo. Prorrumpí, entonces, en desesperado llanto; lloré irresistiblemente. Lloré, lloré. Después, como si el llanto me hubiese aligerado la pena, si bien sentía cansancio,

comencé a recobrarne. Diré solo lo que hice después de haber pensado largamente.. Será mejor. ¡Han pasado ya tantos años! Además, conmovirme de esta vieja desventura mía, temo que no sea digno de un hombre cuerdo, tanto más cuanto que parece más bien cierto que me conduje mal.

Me levanté, pues, del suelo y eché a andar de nuevo. De pronto me sentí casi forzado a esconderme y me agazapé detrás de la cerca que limitaba mi campo del de Vardí. Este regresaba lentamente a su casa, y, mientras pasaba por delante de mí, por el otro lado de la cerca, le oí suspirar profundamente, en la noche. Aquel suspiro me lo acercó tanto que casi sentí asco. ¡Ah, por aquel suspiro estuve a punto de matarlo! Podía haberlo hecho tan solo con levantar un poco mi arma, sin tomarme siquiera el trabajo de apuntar: tan cerca pasaba. Pero en aquel instante... ¡Bah, no razonemos! Lo dejé pasar y regresé precipitadamente a mi casita.

Los parientes se habían retirado de la habitación de la muerta; velaban solamente dos criados. Les dispensé de tan triste misión, diciéndoles que yo mismo velaría. Y cuando se alejaron, me detuve un momento contemplando a mi cuñada, muerta, y parecíome que reposara más dulcemente, más serenamente, como si muerta, en ella, hasta la más leve sombra del delito, cuyo secreto horrendo había querido ocultar, descansase en mí

su dolor, porque yo lo sabía ya todo. Y entré en la habitación de Mirina. Esta, lloraba. Al verme se le cambió el semblante.

—Ven conmigo—le dije.—Nada temas.

—¿Dónde?

—Conmigo, no te arrepentirás.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir, sino hacer algo; y quizás lo que tú quieres. Pero ven... Quiero que ante ella...

La cogí de la mano, la atraje. Temblando, se dejó conducir hasta la habitación de la muerta. Le señalé a su hermana.

—¿La ves?—le dije.—Ya te ha perdonado ella. Ahora puedes repetir que la has matado tú.

—¿Yo?

—Sí, como acabas de decírselo a él, desde la ventana. ¡Calla, no grites! ¡Si no te hago nada! ¿No lo ves? No llores, saldrás en seguida de esta casa, porque aquí está tu cárcel, no por otra cosa. Quiero que seas libre.

Cayó de rodillas, con la cara en el suelo, suplicando perdón, piedad. La ayudé en seguida a levantarse, imponiéndole silencio. Y la eché fuera de la habitación.

—¿A dónde, a dónde?—preguntaba ella angustiosamente.

—Vete donde quieras. Castígate a tí misma, si quieres castigo. Y si aún puedes gozar, goza libremente. ¡Eres libre!

Colgaba todavía el arma de mi hombro. ¡Ah, como miró ella la escopeta, sospechando que yo trataba de sacarla al campo con buenas razones!... Me dí cuenta de ello y sonreí amargamente.

—¡No, nada temas!

Y corrí a dejar el arma en un rincón de la entrada.

—No, no quiero hacerte daño. ¿Por qué me habrías de querer a la fuerza?

—Pero, ¿dónde me llevas?

—Te llevo a él, que te espera.

Cuando entramos en una casa, pensaba yo entonces, debemos contentarnos con la silla que puede ofrecernos el dueño, sin fijarnos si del árbol de donde aquella silla fué construída, construiríamos nosotros otra de mejor talla y medida para nuestro recreo. Para Mirina, eran demasiado altas las sillas de mi casa. Sentada, quedábansele las piernas en el aire, y ella quería sentir la tierra bajo sus pies.

Bueno, bueno: había prometido relatar tan solo lo que hice; perdóneseme este breve ensayo de locura. ¡Cuánto más expedito no hubiera sido disparar el arma! ¿Verdad? Pero...

Llevaba a Mirina de la mano, a campo raso, y le hablaba, caminando. No recuerdo bien lo que le decía. Solo sé que de pronto, ella, desasiéndose de mí, huyó tras los árboles, como lleva-

da por el viento. Yo me detuve perplejo, sorprendido ante aquella fuga imprevista, ya que parecía que me iba siguiendo dócilmente... Llamé como un ciego.

—¡Mirina, Mirina!

Había desaparecido en las tinieblas, entre los árboles. Erré en su busca largo rato, vanamente. Rompió el alba y busqué todavía hasta vencer toda duda, por la certidumbre de que se había refugiado en el sitio donde yo mismo quería conducirla sin violencia. Miré al cielo velado por unas raras vedijas, que eran como huellas de la gran fuga de las nubes en la noche, y me senti aturdido en medio de un silencio nuevo, inesperado, con la vaga impresión de que algo había desaparecido en torno de la tierra. ¡Ah, sí! El viento, el viento se había extinguido. Los árboles estaban inmóviles en la húmeda, pálida luz del alba. ¡Cuánto cansancio en aquella pasmada inmovilidad! También yo, extenuado, me senté en tierra. Miré las hojas de los árboles más cercanos y pensé que de haberlas movido la brisa, en aquel momento, hubieran sufrido, quizás, el mismo sentimiento de dolor que hubiese sufrido yo de haberme molestado alguien.

De pronto me acordé de que la muerta estaba sola en la casita. Y a aquella hora, habríanse levantado los parientes y preguntarían por mi mujer y por mí. Me levanté y corrí precipitadamente.

Ya creo inútil descubrir a las personas sensatas lo que siguió. Aquellas buenas gentes se rebelaron al escuchar mis palabras, mis explicaciones. Me proclamaron loco y hasta la prima gruesa, enana, de los grandes lentes redondos, mientras todos voceaban, tomó bríos en la excitación general para azotarme en el rostro, con los puños cerrados, esta palabra:

—¡Imbécil!

Es cierto. Bonísima mujer, pobrecita, tenías razón.

Apresuraron la conducción de la difunta a la iglesia de la aldea próxima y me dejaron solo.

Han transcurrido dos años; viajo. Vardi ha abandonado a Mirina, mísera, desesperada. Vive en casa de un pariente y sufre horrible mal. Va a morir. Con mi perdón, con la paz, he soñado alegrarle los últimos días de su vida, llevándola al campo conmigo. Me presento a ella en la triste estancia y le digo:

—Y ahora, ¿me comprendes?

—¡No!—me responde retirando la mano que quiero acariciarle y mirándome odiosamente.

Y también ella, pobrecita, tenía razón.

## IV

## ESCUELA DE CORDURA

Todo el mundo sabe que no hay industria que pueda ejercerse sin una cierta holgura de medios defensivos en las crisis, que permita esperar mejores tiempos, sin comprometer lo por venir por lo presente, ni arrojarse como perro al hueso, a lo que salga. Este es el sino de quien vive en precario.

Y ocurre lo mismo hasta con la industria de ladrón.

Un ladrón pobre, que ha de vivir al día, suele acabar mal; mientras que, por el contrario, un ladrón que no sufre esas estrecheces y puede y sabe esperar y organizar sus golpes, llega a altos y honradísimos destinos con aplauso y satisfacción de todos.

He aquí por qué hemos de regatear méritos a los que a mí me robaron. Digámoslo de una vez: los que ejercieron su oficio sobre mi abundante hacienda, no pueden merecer el elogio de la gente cuerda.

Hubieran podido robar con toda comodidad y mejores modales, y, con previsora prudencia, crearse una respetable posición. Mientras que, por el contrario, sin necesidad, atropelláronse en robar y robaron mal, naturalmente. En un abrir y

Ya creo inútil descubrir a las personas sensatas lo que siguió. Aquellas buenas gentes se rebelaron al escuchar mis palabras, mis explicaciones. Me proclamaron loco y hasta la prima gruesa, enana, de los grandes lentes redondos, mientras todos voceaban, tomó bríos en la excitación general para azotarme en el rostro, con los puños cerrados, esta palabra:

—¡Imbécil!

Es cierto. Bonísima mujer, pobrecita, tenías razón.

Apresuraron la conducción de la difunta a la iglesia de la aldea próxima y me dejaron solo.

Han transcurrido dos años; viajo. Vardi ha abandonado a Mirina, mísera, desesperada. Vive en casa de un pariente y sufre horrible mal. Va a morir. Con mi perdón, con la paz, he soñado alegrarle los últimos días de su vida, llevándola al campo conmigo. Me presento a ella en la triste estancia y le digo:

—Y ahora, ¿me comprendes?

—¡No!—me responde retirando la mano que quiero acariciarle y mirándome odiosamente.

Y también ella, pobrecita, tenía razón.

## IV

## ESCUELA DE CORDURA

Todo el mundo sabe que no hay industria que pueda ejercerse sin una cierta holgura de medios defensivos en las crisis, que permita esperar mejores tiempos, sin comprometer lo por venir por lo presente, ni arrojarse como perro al hueso, a lo que salga. Este es el sino de quien vive en precario.

Y ocurre lo mismo hasta con la industria de ladrón.

Un ladrón pobre, que ha de vivir al día, suele acabar mal; mientras que, por el contrario, un ladrón que no sufre esas estrecheces y puede y sabe esperar y organizar sus golpes, llega a altos y honradísimos destinos con aplauso y satisfacción de todos.

He aquí por qué hemos de regatear méritos a los que a mí me robaron. Digámoslo de una vez: los que ejercieron su oficio sobre mi abundante hacienda, no pueden merecer el elogio de la gente cuerda.

Hubieran podido robar con toda comodidad y mejores modales, y, con previsora prudencia, crearse una respetable posición. Mientras que, por el contrario, sin necesidad, atropelláronse en robar y robaron mal, naturalmente. En un abrir y

cerrar de ojos me redujeron a la miseria, y al cegar estas fuentes de riqueza, perdieron el modo de vivir a espaldas mías y libres de inquietudes.

Porque, en efecto, pronto comenzaron para ellos preocupaciones de que antes carecían. Sé, y lo deploro, que hasta alguno de ellos acabó miserablemente.

Marta, mi nueva esposa, comparte conmigo este juicio; pero observa que, cuando un pobre hombre discretamente honesto se halla junto a tantos ladrones, insaciables administradores de bienes de un rico imbécil o loco (que este sería mi caso), la táctica de la parsimonia en el robo, ya no es signo de cordura. El robo discreto, pacífico, periódico, no es entonces una muestra de perspicacia, sino de estupidez y de pobreza de corazón. Este es el caso de Santos Bensai, mi secretario y primer marido de mi querida Marta.

El pobre Santos, gracias a quien no estoy reducido ahora a la última miseria, conocía mi fortuna y estimaba cuerdamente que esta podía servirnos con largueza a mí y a cuantos como él se contentaran con arañarla sensata y suavemente, sin ocasionarla daños muy sensibles. Sin duda alguna, no debió ocultar su criterio y su consejo, en aras de un interés común de moderación a sus colegas; pero lo cierto es que no fué escuchado, sino que, por el contrario, se creó enemi-

gos y sufrió no poco, el pobrecito. Continuaron, pues, robando todos a manos llenas mientras él, Santos Bensai, procedía como una sobria hormiguita. Y cuando al fin quedé tan pobre como Job, había que ver al bueno de Santos, más, mucho más afligido que yo. Había reunido él lo suficiente para una vida modesta; pero turbaba su paz el hecho de que los demás ladrones ni siquiera se hubiesen dignado dejarme en su propia condición.

—¡Verdugos!—exclamaba Santos, que me había extraído la sangre despacio, despacio, con un alfiler.

Más de una vez, al verme abatido, trató de conducirme a su propia casa y sentarme a su mesa. El, no comía. Una furia biliosa contra sus colegas, le ahogaba. Callaba yo y oía a Marta, que, a partir de entonces, comenzó a darme lecciones de cordura, defendiendo a mis verdugos contra su propio marido.

—¡Seamos justos!—decía.—¿Con qué derecho pretendemos que los demás se cuiden de nosotros, cuando nosotros no demostramos interés alguno en conservar lo nuestro? Los bienes, don Fausto, eran por esta condición, bienes comunes, y cada cual se llevó la parte que le correspondía. No es tan ladrón el ladrón, y perdónese usted, don Fausto, cuando es imbécil quien se deja robar.

Y alguna otra vez, añadía como enojada:

—¡A callar, Santos! Al menos imita al señor

Bandini, que cierra el pico porque en este instante sabe que no tiene derecho a quejarse de nadie... Si él, en efecto, y sin que le obligasen, pensó siempre en los demás, ¿de qué se maravilla si los demás no han pensado más que en sí mismos? El, dió un ejemplo que los otros obedecieron. Para mí, el más grande ladrón de sí mismo ha sido el señor Bandini.

—¿Debo ir, pues, a la cárcel?—preguntaba yo, sonriendo.

—Tanto como a la cárcel, no; pero quizás merezca usted la reclusión en otro sitio.

Santos se rebelaba. Encendíase la disputa y en vano intentaba yo poner paz declarando que, en fin de cuentas, no era a mí a quien mis saqueadores habían hecho el mayor daño, sino a cuantos, pobres, hubiesen necesitado mi ayuda.

—Por lo tanto—rebatía Marta,—su ausencia en el interés de sí mismo, ha contribuído a la extensión del mal. ¿Estamos de acuerdo? No pensó usted en sí mismo y abandonó a lós que de usted hubieran recibido el bien. Este es un doble delito. ¿No se deduce de sus propias palabras que los que piensan solamente en sí y actúan en términos que no necesitan de nadie, demuestran, por este solo hecho, que piensan en los demás? ¿Qué hará usted, ahora, que ha de vivir a costa de los otros? ¿Cree, acaso, que la gratitud es un deber

que aceptarán buenamente los que se lucraron con sus bienes?

—¿Qué estás diciendo, charlatana?—prorrumpió Santos, temiendo que estas palabras hiriesen mis oídos como un reproche ante el pobre auxilio que me prestaba él, de todo corazón.

Marta, plácida, compadeciéndolo con la mirada, le respondía:

—No lo digo por tí... ¿Qué tienes que ver en todo esto, Santos, si tú eres un pobre hombre de bien?

Y era verdad. Tal era el afecto y el respeto con que me trataba, que, de creerlo, hubiese vivido día y noche con él. No quería dejarme ni un solo instante y me pedía, por favor, que aceptase sus ofrecimientos, a los que él se creía obligado. ¡Pobre Santos! Pero ni la pobreza disipaba los vapores de mi locura, de tal modo, que no quería serle gravoso ni aún a nadie de los que a mi costa se lucraron, y así, con aire digno de compasión, paseaba mis harapos y mis miserias, en busca de trabajo de cualquier clase, aunque fuese manual, para satisfacer mis reducidas necesidades. Ni siquiera esto agradaba a mi sensata maestra.

—¿Trabajar?—me decía.—¡Magnífica solución! Usted no había nacido para eso; y ahora, caso de encontrarlo, quitaría usted el sitio a un pobrecillo que ya va por su mismo camino buscando su mismo empleo.

¿Que quería, pues, la buena Marta? ¿Que me muriese de hambre? Me impresionó su razonamiento, y no queriéndole quitar el pan a nadie, fui a pedir asilo a unos campesinos que habían sido jornaleros míos, prestándoles, en cambio, por la noche, un servicio de vigilancia en la carbonera con el pretexto de que no podía dormir.

Al cabo de algunos meses, recibí la noticia de que el pobre Santos Bensai había muerto repentinamente. Lo lloré como un hermano. Un año después me llamó su viuda; pero yo estaba reducido a tal extremo que no quería presentarme ante ella.

Marta se atribuye ahora la gloria de haberme salvado. Y quizás tenga razón. Porque si bien es verdad que el bueno de Santos en su testamento, me recomendó a su mujer fervorosamente, no es menos cierto que ella hubiera podido rechazar esa recomendación.

—Agradece a Santos, que en santa gloria esté— me repite—su previsión. El supo guardar estos dinerillos, que eran tuyos, para nuestra vejez. Lo que tú no supiste hacer, lo hizo él por tí. ¡Lástima que le faltase valor, pobrecillo!

Y ahora, cuerdo, gozo el fruto escaso ¡ay, de mí! de la más cuerda de las virtudes: la del espíritu previsor de un ladrón bueno y agradecido.

LIMONES DE SICILIA

JUAN L

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Que quería, pues, la buena Marta? ¿Que me muriese de hambre? Me impresionó su razonamiento, y no queriéndole quitar el pan a nadie, fui a pedir asilo a unos campesinos que habían sido jornaleros míos, prestándoles, en cambio, por la noche, un servicio de vigilancia en la carbonera con el pretexto de que no podía dormir.

Al cabo de algunos meses, recibí la noticia de que el pobre Santos Bensai había muerto repentinamente. Lo lloré como un hermano. Un año después me llamó su viuda; pero yo estaba reducido a tal extremo que no quería presentarme ante ella.

Marta se atribuye ahora la gloria de haberme salvado. Y quizás tenga razón. Porque si bien es verdad que el bueno de Santos en su testamento, me recomendó a su mujer fervorosamente, no es menos cierto que ella hubiera podido rechazar esa recomendación.

—Agradece a Santos, que en santa gloria esté— me repite—su previsión. El supo guardar estos dinerillos, que eran tuyos, para nuestra vejez. Lo que tú no supiste hacer, lo hizo él por tí. ¡Lástima que le faltase valor, pobrecillo!

Y ahora, cuerdo, gozo el fruto escaso ¡ay, de mí! de la más cuerda de las virtudes: la del espíritu previsor de un ladrón bueno y agradecido.

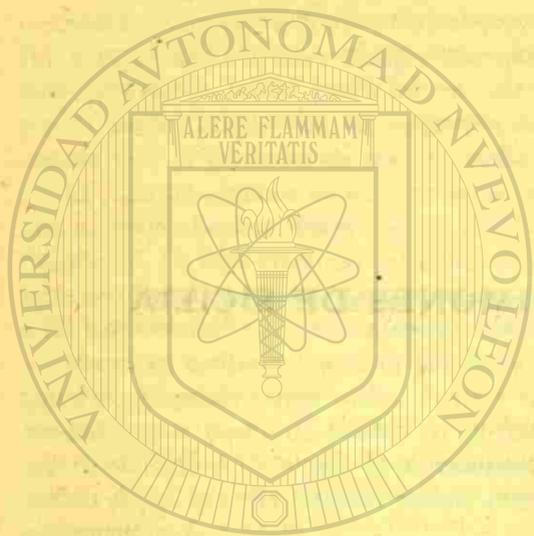
LIMONES DE SICILIA

JUAN L

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

—¿Vive aquí Teresita?

El criado (todavía en mangas de camisa, pero ya agarrotado en el altísimo cuello, con sus escasos cabellos cuidadosamente alisados y dispuestos sobre el cráneo, enarcando las espesas cejas unidas, que parecían como unos mostachos fuera de su sitio natural, arrancados de los labios y pegados allí para que no se perdieran) miró de piés a cabeza al muchachote que tenía ante sí en el rellano de la escalera, mocetón de aspecto campesino, con la solapa del rudo chaquetón levantada hasta las orejas y las manos amoratadas, entumecidas por el frío, y, colgando de un hombro, haciéndose de contrapeso, una maleta vieja sobre las espaldas y por delante un saco sucio.

31081

—¿Teresita? ¿Y quién es Teresita?

El muchacho, antes de contestar, sacudió la cabeza para que se le saltase de la punta de la nariz una gota fría y después respondió:

—Teresita, la tiple.

—¡Vamos, vamos!—exclamó el criado con sonrisa de irónico asombro.—¿Así? ¿Teresita, a secas? ¿Y tú, quién eres?

—¿Está o no está?—preguntó de nuevo el muchacho frunciendo el ceño y sorbiendo ruidosamente por la nariz.—Dígale que está aquí Miguelillo, y déjeme entrar.

—No hay nadie—respondió el camarero, con reprimida sonrisa.—La señorita Marnis está todavía en el teatro, y...

—¿Y la tía Marta, también?—interrumpió Miguelillo.

—¿Es usted acaso su sobrino?—interrogó con asombro el camarero.—Pase, pase usted, pues... Aún no han venido. También está la tía en el teatro. Regresarán antes de la una. Esta noche es el beneficio de su... de su... ¿Qué es de usted, prima?

Miguelillo permaneció un instante apurado.

—No, no soy su primo... Soy... Miguelillo Bonavino; ya lo sabe ella... Vengo adrede del pueblo.

Ante tal respuesta, el camarero estimó, ante todo, conveniente retirarle el tratamiento y tutear-

le de nuevo. Introdujo a Miguelillo en un cuartito obscuro, cerca de la cocina, donde alguien roncaba estrepitosamente, y le dijo:

—Sientate ahí. Ahora traeré una luz.

Miguelillo miró primero hacia el sitio de donde venía el ronquido; pero nada pudo descubrir. Miró después a la cocina, donde el cocinero, asistido de un pinche, preparaba la cena. El diverso olor de los guisos en preparación, le venció. Tuvo casi una embriaguez vertiginosa: estaba poco menos que en ayunas desde la mañana. Venía de la provincia de Mesina; una noche y un día enteros de ferrocarril.

El camarero trajo una luz, y quien roncaba en el cuartito, detrás de una cortina suspendida de un cordelillo, refunfuñó en el sueño:

—¿Quién es?

—¡Ea, Dorina, arriba!—llamó el criado.—Mira, aquí está el señor Bonvicino.

—Bonavino—corrigió Miguelillo, que estaba soplando los dedos.

—Bonavino, Bonavino... Es un conocido de la señorita. Estás durmiendo como un plomo; llaman a la puerta y no oyes. Yo estoy en mis faenas, preparando la mesa, y no puedo hacerlo todo: cuidar del cocinero, que no está todavía al corriente, atender a los que llegan... ¿Te enteras?

Un amplio y sonoro bostezo, tan dilatado como el desperezo de los miembros y terminando en

un relincho, como surgido de un súbito estremecimiento, acogió la protesta del criado, que se alejó exclamando:

—¡Vamos, vamos!

Miguelillo sonrió, siguiéndole con la mirada a través de otra habitación en penumbra, hasta un vasto salón en el fondo, iluminado, donde lucía espléndida la mesa. Quedó maravillado en aquella contemplación, hasta que un nuevo ronquido le obligara a mirar otra vez la cortina.

El criado, con la servilleta debajo del brazo, pasaba y repasaba, refunfuñando, ora contra Dorina, que seguía durmiendo, ora contra el cocinero, que debía ser nuevo, llamado para el acontecimiento de aquella noche y le molestaba con sus continuas dudas e interrogaciones.

Miguelillo estimó prudente, para no aumentar el malhumor del criado, tragarse las preguntas que se le venían a la boca. Hubiera podido decirle, o insinuarle, cuando menos, que él era el novio de Teresita; pero se resistía a hacerlo, sin saber por qué; quizás porque el criado, entonces, se hubiera visto obligado a tratarle a él, a Miguelillo, como un señor; escrúpulo que, viendo al criado tan desenvuelto y elegante, aunque todavía sin frac, no conseguía vencer. En cierto instante, empero, al verle pasar, no pudo contenerse y preguntó:

—Oiga: ¿de quién es esta casa?

—Nuestra, mientras estemos en ella—respondió apresuradamente el criado.

Miguelillo movió la cabeza.

¡Pues era verdad lo que le habían dicho! ¡La fortuna llovida del cielo, contratos ventajosísimos! ¡Y aquel criado que parecía un gran señor, el cocinero, el pinche, Dorina, que roncaba, todos a las órdenes de Teresita! . . . ¿Quién lo había de decir? . . .

Evocaba con el pensamiento la mísera bohardilla, allá en Mesina, donde Teresita vivía con su madre... Cinco años antes, en aquel lejano cuartucho, si no hubiese sido por él, madre e hija hubieran muerto de hambre. ¡Y era él, él, quien había descubierto el tesoro en la garganta de Teresita! Cantaba ella entonces de la mañana a la noche, como un pajarillo en los tejados, ignorando la fortuna que atesoraba su voz. Y cantaba por tristeza, cantaba para no pensar en la miseria, que él aliviaba del mejor modo, no obstante la guerra que en su casa le promovían sus padres, singularmente su madre. Pero ¿podía él abandonar a Teresita en aquel estado, después que el padre de la pobre muchacha había fallecido? ¿Abandonarla porque carecía de todo, mientras él, poco o mucho, tenía su sueldo de flautista de la Banda municipal? ¡Vaya unas razones las de sus padres! ¿De qué sirve, entonces, el corazón? Había sido una verdadera inspiración del cie-

lo, una sugestión del destino, que él pusiera atención en la voz de Teresita, en la que nadie reparaba, aquel hermoso día abrileno, cerca de la ventana cuyo marco recortaba un trozo del visísimo azul del cielo. Teresita tataba una apasionada canción siciliana, de la que Miguelillo recordaba todavía las tiernas palabras. Estaba triste Teresita aquel día, por la reciente muerte de su padre y por la obstinada oposición de la familia de Miguelillo; y también él—lo recordaba ahora—sentía tal tristeza que, oyéndola cantar, hasta se le habían asomado las lágrimas. Muchas veces había oído la misma canción; pero cantada de aquel modo, nunca. Y tan hondamente se había emocionado, que el día siguiente, sin avisar ni a ella ni a su madre, se presentó en la bohardilla con el director de la Banda, amigo suyo. Y así habían comenzado las primeras lecciones de canto; y durante dos años, fué comprándole papeles de música; le había alquilado un piano, amén de una muy parva gratificación que daba al maestro, con lo que gastaba casi todo el sueldo. ¡Hermosos días lejanos! Teresita ardía toda ella en el deseo de emprender el vuelo, de lanzarse al porvenir, venturoso, según le auguraba el maestro. Y entre tanto ¡qué de caricias de fuego a él, para demostrarle toda su gratitud, y qué de sueños de felicidad común!

La tía Marta, por el contrario, movía amarga-

mente la cabeza; había visto tantas cosas en su vida, pobre viejecilla, que ya no tenía confianza en el porvenir. Temía por su hija y no quería que ella pensase siquiera en la posibilidad de arrancarse a la resignada pobreza en que vivían; sabía también lo caro que costaba a Miguelillo la locura de aquel sueño peligroso.

Pero ni él ni Teresita la escuchaban; y en vano ella se había rebelado cuando un joven compositor, después de oír a Teresita en un concierto, declaró que constituiría un delito no darle mejores maestros y una acabada educación artística; era preciso, pues, enviarla a Nápoles, al Conservatorio de Nápoles, costase lo que costase.

Oír aquello y poner manos a la obra, todo fué uno para Miguelillo, sin que le importasen las consecuencias: ruptura con sus padres y venta de un bançalillo que había heredado de un tío suyo, cura. Así fué como Teresita pudo ir a Nápoles y acabar sus estudios.

No había vuelto a ver a Miguelillo desde entonces. Cartas, sí... Conservaba las que le había escrito desde el Conservatorio y, además, las de la tía Marta, cuando ya a Teresita, lanzada a la vida artística, se la disputaban los principales teatros, después del éxito clamoroso en el San Carlos. Al pié de aquellas trémulas e inciertas cartas de la tía Marta, mostrando a lo mejor líneas rasgadas, siempre había alguna frase cariñosa de

Teresita, que apenas si tenía tiempo para escribir: «Querido Miguelillo: Confirmando cuanto te dice la mamá. Cúdate y quíeteme mucho.» Habían convenido en que Miguel esperaba cinco, seis años, el tiempo que juzgaban necesario para que ella hiciese fortuna. ¡Los dos eran jóvenes: podían esperar! Y durante los cinco años ya transcurridos, Miguelillo enseñaba las misivas a quien quisiera verlas, para destruir las calumnias que sus padres lanzaban contra Teresita y la tía Marta. Más tarde, enfermó él; estuvo a la muerte, y, en aquella ocasión, insospechadamente, la tía Marta y Teresita habían enviado a su dirección una buena suma; la mayor parte de este dinero, se la llevó la enfermedad, y el resto tuvo que arrancarlo a viva fuerza de las manos rapaces de sus padres para devolvérselo a Teresita. Este era el motivo de su viaje. Porque a él ¿qué le importaba el dinero? ¡No lo quería! No porque le pareciese limosna, cuando tanto había hecho él por Teresita. Pero ¡quién podía pensar en esto, y mucho menos en aquel lugar, en aquel momento! ¡Dinero, nunca, nunca! Cuando tantos años había esperado, aún podía esperar más... Aunque si, por el contrario, a Teresita le sobraba el dinero, señal era de que se habían resuelto todas las dificultades y había llegado el momento de que la antigua promesa se cumpliera, a despecho de quienes no querían creerlo.

Miguelillo se puso en pié, arrugando el entrecejo, como para afirmarse en esta conclusión; se sopló de nuevo las manos heladas y golpeó el suelo con los piés para calentárselos.

—¿Tiene usted frío—le dijo al pasar el criado.—Ya falta poco. Pase usted a la cocina y estará mejor.

Miguelillo no quiso seguir el consejo del criado, que con su aire de gran señor, le desconcertaba y enojaba. Sentóse de nuevo y se puso a reflexionar consternado. Poco después, le sacudió un fuerte campanillazo.

—¡Dorina, la señorita!—gritó el criado, poniéndose precipitada y furiosamente el frac, mientras corría a abrir; pero viendo que Miguelillo iba a seguirle, se detuvo de pronto y le intimó:

—Usted, quédese ahí; deje que la avise antes.

—¡Ay, ay!—se lamentó una voz soñolienta detrás de la cortina.

Y poco después apareció una mujer, gordiflona, desgarrada, que arrastraba una pierna y no conseguía despegar los ojos, envuelta en un chal de lana que le tapaba hasta la nariz y los cabellos rubios teñidos.

Miguelillo la miró atontado. Ella también, sorprendida, desgranó los ojos ante aquel extraño.

—La señorita llama—repitió también Miguelillo.

Dorina, entonces, recobró el sentido de la realidad.

—¡Voy, voy!—dijo, quitándose y echando detrás de la cortina el chal, y disponiéndose con toda su pesada persona a correr hacia la puerta.

La aparición de aquella bruja teñida; la intimación del criado, inspiraron de pronto a Miguelillo, desfallecido, un angustioso presentimiento. Oyó la voz aguda de la tía Marta:

—¡Vaya usted al salón, al salón, Dorina!

El criado y Dorina pasaron por delante de él, llevando magníficos canastillos de flores. Miguelillo estiró el cuello para mirar, en el fondo, el salón iluminado, y vió muchos caballeros puestos de frac que hablaban confusamente. Se le anubló la vista; era tanto su estupor, tanta su conmoción, que no se dió cuenta de que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Los cerró, y en aquella obscuridad, se replegó en sí, como para resistir el destrozo que le ocasionaba una larga y cristalina risa. ¿Era Teresita? ¡Dios mío! ¿Por qué reía de ese modo, allí?

Un grito reprimido hizole abrir los ojos, y vió ante sí, desconocida, a la tía Marta, tocada con sombrero—¡pobrecita!—y envuelta en un riquísimo abrigo de terciopelo.

—¡Cómo! ¿Tú aquí, Miguelillo?

—¡Tía Marta!..—exclamó Miguelillo, casi asustado, mirándola largamente.

—Pero... ¿qué es esto, hombre?—continuó la viejecilla desconcertada.—¿Sin avisarnos? ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo has llegado? ¡Y precisamente en una noche como esta! ¡Dios mío, Dios mío!

—He venido para...—balbuceó Miguelillo, no sabiendo ya qué decir.

—¡Espera, espera!—interrumpió la tía Marta.—¿Qué hacer? ¿Cómo nos lo arreglaremos? ¿Vés cuanta gente, hijo mío? ¡Es el beneficio de Teresita!.. Espera, espera un poco aquí...

—¡Si usted cree que debo marcharme!..—intentó decir Miguelillo, a quien la angustia agarrotaba la garganta.

—¡No, digo que te esperes un poco!—se apresuró a responder la buena viejecilla, toda confusa.

—La verdad es...—añadió Miguelillo—que a estas horas y en esta ciudad, no sabría dónde ir...

La tía Marta le dejó, haciéndole señal, con una mano enguantada, de que esperase; y entró en el salón, donde, poco después, a Miguelillo le pareció que se abría un abismo: se había hecho un silencio repentino. Después oyó, claras, precisas, estas palabras de Teresita:

—Permítanme un momento, señores...

Y de nuevo se le anubló la vista, en la espera de su aparición. Pero Teresita no vino, y las conversaciones se reanudaron. Volvió, en cambio, pocos minutos después, que a él le parecieron si-

glos, la tía Marta, sin el sombrero, sin el abrigo, sin guantes, menos confusa.

—Esperaremos un momento aquí. ¿Estás contento?—le dijo.—Te haré compañía... Están cenando ahora... Nosotros estaremos aquí. Dorina nos preparará esta mesita y cenaremos juntos; recordaremos aquellos buenos tiempos ¿verdad? Me parece mentira verme contigo, hijo mío, aquí, aquí, separados de... ¡Compréndelo! ¡Hay allí tantos señores! ¡Ella, la pobrecita, no puede hacer otra cosa!... Es su carrera ¿comprendes? ¡No puede ser de otro modo! ¿Has leído los periódicos? ¡Qué cosas tan grandes dicen, hijo mío! Pero yo... yo estoy siempre en zozobras... ¡Parece mentira que pueda estar contigo esta noche!

Y la buena viejecita, que hablaba instintivamente para no dar tiempo a que Miguelillo reflexionase, por fin sonrió y se frotó rudamente las manos, mirándole enternecida.

Vino Dorina a poner apresuradamente la mesa, porque ya en el salón había comenzado la cena.

—¿Vendrá?—preguntó pensativo Miguelillo, con voz angustiada.—Aunque no sea más que para poderla ver...

—¡Vendrá, vendrá, seguramente!—respondió súbito la viejecilla, esforzándose por disimular su apuro.—Apenas tenga un momentito: ya me lo ha dicho.

Miráronse los dos y sonrieron, como si por fin

se reconocieran el uno y la otra. A través de la inquietud y de la emoción de sus almas, aquella sonrisa era el camino que encontraban para saludarse. «Usted es la tía Marta», decían los ojos de Miguelillo. «Y tú eres Miguelillo, mi querido y buen hijito, siempre el mismo, bendito mío», decían los de la tía Marta. Pero en seguida, la buena viejecilla, bajó los suyos, para que Miguel no leyese otra cosa en ellos.

De nuevo, se frotó las manos y dijo:

—Cenemos, ¿eh?

—¡Yo tengo mucha hambre!—exclamó, contento y confiado, Miguelillo.

—Ante todo, la señal de la cruz, que delante de tí, bien puedo hacerla—añadió la viejecita con aire malicioso, guiñando un ojo, y se santiguó.

El criado vino a ofrecerles el primer plato. Miguel puso mucha atención en observar cómo se servía la tía Marta. Pero al llegar su vez y levantar sus manos, pensó que las tenía sucias del largo viaje; enrojeció, confundido, levantó los ojos para mirar al criado, que, muy ceremoniosamente y con una leve inclinación de cabeza, sonrió como para invitarle a que se sirviera. Afortunadamente, la tía Marta acudió a sacarle del atolladero.

—Yo, yo te serviré, Miguelillo.

¡La hubiese besado en agradecimiento! Y una

vez servido, apenas se alejó el criado, se santiguó también él apresuradamente.

—¡Buen hijo!—dijo la tía Marta.

Y él se sintió feliz, a sus anchas, y se puso a comer como jamás había comido en su vida, sin pensar ya ni en sus manos ni en el criado.

Sin embargo, siempre que este, entrando o saliendo del salón, abría el cancel de cristales, llegaba a sus oídos como un oleaje de palabras confusas o un estallido de risa. Se volvía entonces, turbado, y después miraba con ojos afligidos y cariñosos a la viejecilla, como para leer en los suyos una explicación. Pero, por el contrario, se leía en ellos el ruego de que no preguntase ni oyesse nada por el momento, aplazando para más tarde las explicaciones. Y nuevamente sonreían los dos, y continuaban comiendo y hablando del pueblo lejano, de amigos y conocidos, de quienes la tía Marta pedía noticias incesantemente.

—¿No bebes?

Miguelillo extendió la mano para coger la botella. Pero en aquel mismo instante, se abrió el cancel... y un crujido de sedas, entre pasos apresurados, un deslumbramiento, como si el cuarto se inundase violentamente de luz para cegarle...

—¡Teresita!

Y la voz se le murió en los labios, del estupor. ¡Oh, qué reina!

Con el rostro encendido, desorbitados los ojos,

la boca abierta, la contempló atontado. Pero ¿era ella? . . . ¿de aquél modo? . . . Desnudo el seno, desnudos los hombros, desnudos los brazos... refulgiendo toda ella de joyas y sedas... No creía verla como criatura viva y real... ¿Qué le recordaba ella? Ni su voz, ni sus ojos, ni su sonrisa, nada reconocía en Teresita, en aquella aparición de ensueño.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien, Miguelillo? ¡Que contenta! . . . ¿Has estado enfermo, verdad? . . . Dentro de un momento nos volveremos a ver... Entre tanto, mamá estará contigo... Conformes, ¿verdad?

Y Teresita huyó al salón, toda rumorosa.

—¿Por qué no comes más?—preguntó poco después la tía Marta, para romper el embobamiento de Miguel.

Este se volvió apenas para mirarla.

—Come—insistió la viejecita, indicándole el plato.

Miguel se llevó los dedos al cuello de la camisa, rugoso, sucio, y tiró de él como para abrir paso a un suspiro.

—¿Comer?

Y agitó repetidamente los dedos cerca de los labios, como significando que le era imposible probar un bocado más. Aún permaneció largo rato en silencio, abatido, absorto en la visión del momento antes, y murmuró:

—¡Qué hermosa está!..

Y vió como la tía Marta movía tristemente la cabeza, suspendiendo también la comida, como si esperase.

—¡No hay ya ni que pensar en ello!..—añadió después, casi para sí, cerrando los ojos.

Veía ahora Miguel, en las tinieblas de su mente, el abismo que se había abierto entre los dos. No, aquella no era ya su Teresita. Todo había terminado entre ellos desde hacía mucho tiempo, mucho tiempo, y él, necio, lo descubría ahora, obstinado en negar la evidencia, a pesar de las veces que se lo habían repetido en el pueblo... ¿Qué hacía él allí? ¿Qué papel era el suyo, en aquella casa? Si aquellos señorones; si hasta el mismo criado, hubiesen sabido que él, Miguelillo Bonavino, había llegado con los huesos molidos, desde tan lejos, ¡nada menos que treinta y seis horas de ferrocarril! creyendo todavía seriamente ser el prometido de aquella reina, ¡qué risotadas no hubiesen soltado los admiradores de Teresita, el criado, el cocinero, el pinche y hasta Dorina! ¡Qué de risotadas también si a Teresita se le hubiese ocurrido llevarle con ella hasta el salón, para decir a sus devotos: «¡Miren ustedes a este pobrecillo flautista! ¡Dice que quiere ser mi marido!» ¡Cierto es que ella misma se había prometido a Miguelillo; pero ¡quién hubiera podido suponer entonces que el destino le reservase

tanto esplendor! También era verdad que él le había indicado aquel camino, y dado medios para que pudiese abrirse paso... Pero había caminado tanto, tan lejos, que él, confinado, siempre el mismo, flautista de los domingos en la plaza del pueblo ¿cómo podría ya alcanzarla? ¡Ni pensarlo siquiera! Y después de todo... ¿qué valor tenían los cuatro cuartos que gastó entonces para la que ya estaba transformada en gran señora? Se avergonzaba sólo de pensar que su viaje obedeciera al objeto de reclamar algún derecho sobre las miserables monedas invertidas por él. Sin embargo, recordó en aquel instante que tenía en el bolsillo el dinero que le había enviado Teresita cuando estuvo enfermo. Enrojeció; sintió vergüenza, y hundió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba su cartera.

—Tía Marta: He venido también—dijo apresuradamente—para devolverles el dinero que me enviaron. ¿Querían pagarme de este modo? ¿Es acaso una restitución? ¡No la admito! ¡Veo que Teresita está hecha una reina! ¡Veo... que todo ha terminado, no hay que pensar más en ello! Pero, la verdad... el dinero, ¡eso no! ¡No esperaba que hiciese eso conmigo! ¡Todo ha terminado, ya lo sé, no hablemos más! ¡En cuanto al dinero... no, no! ¡Hasta siento no traerlo todo!

—¿Qué dices, hijo mío?—trató de interrumpir,

temblorosa, afligida y con lágrimas en los ojos, la tía Marta.

Miguelillo hizo seña de que callase.

—No lo he gastado yo: lo gastaron mis padres durante mi enfermedad, sin que yo lo supiese. Valgan por aquella miseria que en otro tiempo gasté yo... ¿recuerda usted? ¡No merece la pena, no pensemos más en ello! Aquí está el sobrante, yo me voy.

—¿Pero cómo? ¿Qué prisa llevas?—exclamó la tía Marta, intentando detenerle.—Espera al menos que se lo diga a Teresita. ¿No has oído que quería volverte a ver? Voy a decírselo...

—No. Es inútil—respondió Miguelillo, decidido.—Déjela con esos señores; está allí bien, en su sitio. Yo ¡pobre de mí!... Ya la he visto, y me ha bastado. ¡Márchese también allí, tía Marta!... ¿No oye usted como ríe?... Me voy, me voy; no quiero que se ría de mí... Me voy.

La tía Marta interpretó en el peor sentido aquella resolución imprevista de Miguelillo; como un acto de desdén, como un impulso de los celos. Le parecía ya ¡pobrecita! que todos, al ver a su hija, de pronto debían concebir la más triste de las sospechas, precisamente la que producía su llanto inconsolable, por la que arrastraba sin descanso su secreta amargura, entre el tumulto de aquella vida de lujo odioso, que cubría de ignominia su cansada vejez.

—¡Ahora ya!...—se le escapó de los labios— ¡Ahora ya!... No puedo defenderla, hijo mío...

—¿Por qué?—preguntó entonces Miguelillo, leyendo de pronto en los ojos de la tía Marta la sospecha que aún no había concebido; y se le oscureció el semblante.

La viejecilla palideció en su pena, y escondió el rostro entre las trémulas manos; pero no consiguió refrenar el ímpetu de las lágrimas invasoras.

—¡Sí, sí, vete, hijo mío, vete!...—dijo sofocada por los sollozos.—¡Ya no es para tí; tienes razón!... ¡Si me hubiéseis creído!

—¿Qué quiere decir?...—prorrumpió Miguelillo, inclinándose hacia ella, y apartándole con fuerza una mano del rostro.

Pero fué tan dolorida y lastimera la mirada con que ella le imploró piedad, llevándose un dedo a los labios, que él se refrenó y añadió en otro tono, esforzándose en hablar en voz baja:

—¡Ah! ¡De modo que ella... ya no es digna de mí! ¡Basta, basta! De todos modos me hubiese ido; pero ahora más pronto! ¡Qué necio, tía Marta! ¡No haberlo comprendido! ¡No llore, no llore! ¡Qué ha de hacerlo ya! ¡Y a eso lo llaman la fortuna!

Cogió el maletín y el saquito de debajo de la mesa, y se disponía a salir cuando recordó que

llevaba unos hermosos limones que de su pueblo había traído para Teresita.

—¡Mire, mire usted, tía Marta!—continuó.

Y abriendo el saco, puso un brazo sobre la mesa, a modo de barrera, y volcó sobre ella los frescos y perfumados frutos.

—¿Y si comenzase a tirar todos esos limones—añadió—a la cabeza de aquellos caballeres?

—¡Por caridad!—gimió la viejecita entre lágrimas, haciendo de nuevo un signo suplicante para que callase.

—No, no tema usted—añadió Miguelillo, riendo cruelmente, y guardándose en el bolsillo el saco ya vacío de los limones.—Los había traído para ella; pero se los dejo a usted, a usted sola, tía Marta.

Tomó un limón, y llevándolo a la nariz de la buena vieja.

—¡Qué hermoso perfume, tía Marta! ¡Es el perfume de nuestro pueblo! ¡Y pensar que hasta he debido pagar los consumos! ¡Acabemos! Para usted sola, ¿eh? A ella puede decirle de mi parte, que sea muy feliz.

Tomó de nuevo el maletín y se fué. Pero al bajar la escalera, le venció un angustioso desfallecimiento: solo, abandonado, de noche, en una gran ciudad desconocida, lejos de su pueblo, desilusionado, chasqueado, escarnecido... Bajó al patio y vió que llovía a cántaros. No tuvo valor para

aventurarse por aquellas calles ignoradas, bajo la lluvia. Volvió a entrar lentamente; subió algunos peldaños de la escalera, y se sentó después en uno de ellos, con los piés sobre el rellano, y apoyando los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, comenzó a llorar silenciosamente.

Al terminar la cena, Teresita Marnis reapareció en el cuarto. Allí encontró a mamá, que también lloraba, sola, mientras más allá, todos aquellos señores alborotaban y reían.

—¿Se ha marchado?—preguntó sorprendida.

La tía Marta dijo que sí con la cabeza, sin mirarla. Teresita fijó los ojos en el vacío, absorta, después suspiró:

—¡Pobrecito! . .

Pero inmediatamente sintió deseos de sonreír.

—¡Mira!—le dijo la madre, sin refrenar ya el llanto con su servilleta.—Te había traído estos limones.

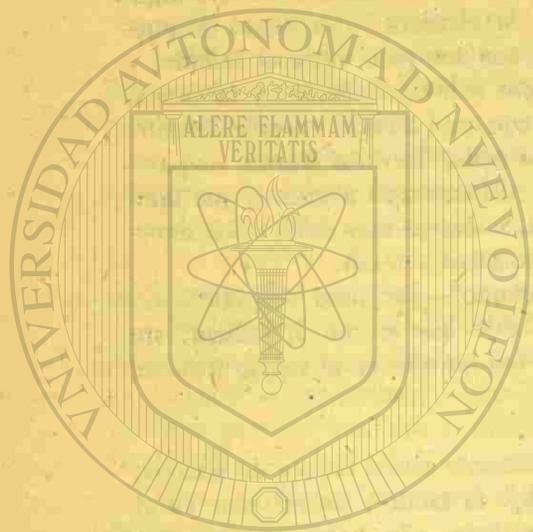
—¡Oh, qué hermosos son!—exclamó Teresita dando un brinco.

Apretó un brazo junto a su cintura, y con la otra mano fué colocando cuantos limones pudo llevar.

—¡No! ¡No los laves allí!—protestó vivamente su madre.

Pero Teresita se encogió de hombros, y corrió hacia el salón gritando:

—¡Limonos de Sicilia! ¡Limonos de Sicilia!



LA SALIDA DEL SOL

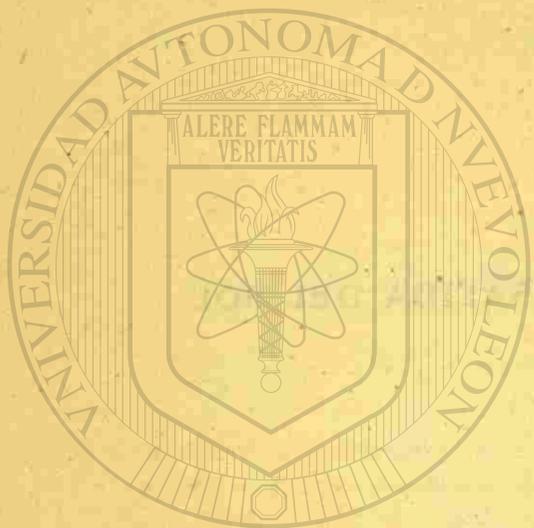
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# UANI

I

La lucecilla, sobre el escritorio, no podía más. Sollozaba desesperadamente bajo la verde pantalla y temblaban todos los objetos de la estancia, como si quisiera ahuyentarlos y no supiese decirlo de mejor modo que con aquel agonizante parpadeo. Incluso parecía presa de espanto, porque en el profundo silencio de la noche llegaba de vez en cuando hasta Augusto, que paseaba por la habitación, perdido en la sombra y reaparecido de súbito en el palpitar de la lámpara, la voz de su mujer llamándole desde las habitaciones interiores de la casa, como desde un subterráneo, con voz ronca y áspera.

—¡Augusto! ¡Augusto!

Pero éste, invariablemente, deteníase, e inclinándose dos veces, respondía a aquellos gritos con voz queda:

—¡Revienta! ¡Revienta!

Vestido de etiqueta, con su frac, la luciente pechera, algunas muecas de risa en su semblante de muerto, visajes que la luz reflejaba hasta en el techo, parecía Augusto Bombichi blanco como la cera, casi un cadáver. ¿Cómo llamarle de otro modo cuando sobre la misma mesa y al lado de la lámpara un revólver pequeño, con mango de nácar, centelleaba herido también en su despertar intermitente y desesperado?

—Muy bonito, ¿eh?

Porque aun cuando parecía estar solo Augusto Bombichi, hay momentos en que cada uno habla consigo mismo como si dialogase, ¿con quién diría? Por ejemplo: con el que hacía tan solo tres horas, antes de que fuese al Casino, intentaba disuadirle de este propósito. Pero él, terco, quiso ir al Casino de la Amistad. ¡Sí, todos muy buenos amigos! Había que ver con qué delicadeza habían pasado los últimos billetes de mil liras de sus manos a las garras de aquellas aves de rapaña, amicísimos caballeros que, finalmente y bajo palabra de honor dada por Augusto, aún le otorgaron un crédito cuya cuantía no recordaba con precisión. Pero, ¿qué le importaba ya?

—¡Dentro de veinticuatro horas! . . .

El revólver: no tenía otro remedio. Cuando la puerta del infortunio nos dá en las narices, perdida toda esperanza, negándonos todo desquite, es inútil continuar: lo mejor es volver las espaldas o irse con la música a otra parte.

Además, estaba hastiado; sentía amargor, y no de bilis. Asco de todo, quizás. Se había divertido mucho en la vida, jugando con ella como con una pelota de goma; hasta halló una amiga que le acompañase en esta diversión, y el esférico iba de uno a otro y tras él, cuando erraban el golpe, precipitábanse, palpitantes, corriendo aquí y allá para apoderarse del voluble juguete. Y como si la Tierra toda no hubiese sido más que una pelota hecha por el Creador para su goce, habíala recorrido y disfrutado en todas sus direcciones, tanto, que nada le quedaba en ella por explorar. Y por añadidura, como cuando un neumático sufre un pinchazo, se le desinflaba ahora, de un modo irremediable, entre las manos. ¡Adiós, pues, a la vida y en paz con todo el mundo!

—¡Augusto! ¡Augusto!

—¡Revienta! ¡Revienta!

Habíale ocurrido la mayor de las desventuras hacía seis años durante un viaje por Alemania, en los amenos parajes del Rin, en Colonia, la última noche de Carnaval, en que la vieja ciudad católica parecía como enloquecida. Ciertamente,

no porque estuviésemos en Carnaval era más legítima la disculpa. Había salido de un café de la *Höhe Strasse*, con la honrada intención de retirarse al hotel. De pronto, sintió la cosquilla de una pluma de pavo detrás de la oreja. ¡Sí, señores, una cosquilla detrás de la oreja y de pluma de pavo! ¡Maldita y atávica habilidad simiesca! Impetuoso, cogió la pluma tentadora; pero al volverse triunfador, ¡pobrecillo! vióse ante tres mujeres, tres muchachas que reían y gritaban y brincaban como potros salvajes, agitando ante sus ojos las manos de innumerables dedos ensortijados, rutilantes. ¿A cuál de las tres pertenecía la pluma? Ninguna quería decirlo. Pero él, en vez de dar de cachetes a las tres, escogió infortunadamente la de en medio, restituyéndole con un galante gesto la pluma, pacto de matrimonio convenido, según la tradición carnavalesca: un beso o un capirotazo sobre la nariz y trato hecho. Sí, señores, un capirotazo en la nariz.

Pero la condenada, al recibirlo, entornó los ojos de tal manera, que a él se le inflamó la sangre... Y un año después, casados. Y seis años más tarde:

—¡Augusto!

—¡Revienta!

Por fortuna no tenía hijos. Aunque de haberlos tenido ¡quién sabe si no hubiese sido feliz!

Ella, la bruja repintada, quizás se hubiese

amoldado a la nueva existencia, caso de no morir como él le sugería amorosamente. ¡Bah! ¿A qué pensar en todo esto? ¡Cuatro palabras de despedida escritas en un papel... y concluyamos de una vez!

—¡No veré el nuevo amanecer!

Decir esto Augusto y quedarse absorto, todo fué uno, como asaltado por una extraña idea. ¿El amanecer? No recordaba, en los cuarenta y cinco años de su vida, haber visto jamás la salida del sol. ¿Qué era y cómo era el alba? Había oído hablar de la aurora, como de un bello espectáculo que la naturaleza ofrece generosa a quien madruga. Presentía lo que el alba pudiera ser por las descripciones que, en prosa o en verso, había leído; pero, bajo palabra de honor, por sus propios ojos jamás había visto el nacer del día.

—¡Qué demonio! ¡Pues es verdad, que nunca he visto la salida del sol! ¡Quizás se trata de un necio espectáculo, cuando tanto lo alaban los poetas! Pero lo cierto es que no lo conozco y no quisiera morir sin conocerlo. Total, dentro de un par de horas... ¡Magnífica idea! Ver como sale el sol aún cuando no sea más que una vez y, en seguida... ¡Sí, magnífico, magnífico!

Se frotó las manos satisfecho ante esta imprevista resolución. Despojada de todas las miserias; libre de toda preocupación; a campo raso, como el primer hombre o el último sobre la haz de la

tierra; erguido sobre sus pies o cómodamente sentado sobre una piedra o más bien aún, con las espaldas apoyadas en el tronco de un árbol, la salida del sol sería un espectáculo delicioso. Ver como comienza otro día para los demás y no para sí, es decir, otro día de los conocidos, con sus tedios, sus consabidos negocios, viendo los mismos rostros, oyendo las mismas palabras. ¡Dios mío! Es una felicidad poder decir: «¡Ya no existís para mí!»

—¡Magnífico! ¡Magnífico!

Sentóse ante su mesa y, entre los sollozos de la lucecilla moribunda, escribió en estos términos a su mujer:

«Querida Aennchen: Te dejo para siempre. La vida, como tantas veces te he dicho, me ha parecido siempre un juego de azar. He perdido y pago. No llores, querida. Te estropearías inútilmente los ojos y bien sabes tú que eso me disgusta. Te aseguro, que, por otra parte, todo esto no merece la pena. Adiós, pues. Antes de que despunte el día, me hallaré en sitio desde el que pueda gozar la salida del sol. He sentido en este instante una vivísima curiosidad de asistir, al menos una vez, a este tan cacareado espectáculo de la Naturaleza. Bien sabes que a los condenados a muerte no se les suele negar sus últimos deseos, y yo quiero proporcionarme esta satisfacción.

sin otra cosa que decirte, te ruego que no me creas más tu affmo.

Augusto.»

Y como su mujer se hallaba despierta en las habitaciones de abajo, temió que, de subir, descubriese la carta sobre la mesa, al abandonar él la casa, é hiciese fracasar su plan. Decidió, pues, llevarla consigo y echarla sin sello en cualquier buzón de la ciudad.

—¡Ya se encargará ella de pagar el franqueo y quizá sea esta su única pesadumbre! ¡Tú, aquí! —añadió después, como dialogando con el revólver, y echándose al bolsillo del chaleco de terciopelo negro, ampliamente abierto sobre la pechera. Y tal como se hallaba, con sombrero de copa y frac, salió de su casa para saludar la salida del sol y enviar cariñosos recuerdos a los supervivientes.

## II

Había llovido, y en las desiertas calles, la luz amarilla de los somnolientos faroles reverberaba, trémula, en las charcas. Comenzaba el cielo a serenarse y aún rielaban aquí y allá algunas estrellas. ¡Menos mal que no se le aguaba el espectáculo!

Miró el reloj: las dos y cuarto. ¿Y había de esperar por las calles, en aquella guisa, dos, tres

horas, quizás más? ¿A qué hora salía el sol en aquella estación? Hasta la Naturaleza, como un teatro cualquiera, daba sus espectáculos a hora fija. Pero este horario era desconocido para él.

Como se retiraba muy tarde todas las noches, estaba habituado al ruido de sus pasos en las largas y silenciosas calles de la ciudad. Es verdad que las demás noches sus pasos tenían una meta conocida; cada nuevo paso, le acercaba más a su hogar, a su cama. Ahora, por el contrario...

Se detuvo un momento. A lo lejos, casi a ras de tierra moviase una luz a lo largo de la acera, dejando tras sí una sombra vacilante de animal que no se tuviera bien sobre sus piernas; total, un colillero y su linterna.

Se aproximaba. ¿Y era posible que aquel hombre pudiese vivir de lo que los demás echaban, de una cosuca amarga, venenosa, repulsiva?..

—¡Dios mío, que repulsiva es también la vida!

Tuvo sin embargo la tentación de acompañar en su busca al colillero. ¿Por qué no? Ahora podía permitírsele todo. Esto hubiera sido una distracción y aún quizás el medio de adquirir un nuevo conocimiento. ¡Jesucristo! ¡Si desconocía tantas cosas! Le llamó y le dió un habano apenas encendido.

—¡Ah! ¿Te lo fumas?

Sucio, hispido, aquél abrió la boca desdeñada y fétida. Con risa imbécil, respondió:

—Primero la reduzco a colilla; después la junto con las otras. Gracias, señorito.

Augusto Bombichi le examinó con desprecio. Pero también el colillero le miraba con ojos pitafiosos, vitrificados por las lágrimas de frío, y con aquel ignominioso rictus impreso en sus labios, como si...

—Si usted quisiera, señorito...—dijo en efecto, al fin, guiñando un ojo.—Está aquí, a dos pasos...

Augusto Bombichi le volvió las espaldas: «Alejémonos, es mejor irse, acabar. Y ante todo salir de la ciudad, de aquella cloaca. Alejémonos. Caminando al descubierto, encontraré el punto mejor para gozar el último espectáculo, y adiós».

Y echó a andar, decidido, hasta trasponer las últimas casas de aquella calle que desembocaba al campo. Aquí se detuvo y miró a su alrededor como extraviado. Después levantó los ojos a lo alto. ¡Ah, el cielo amplio, libre, férvido de estrellas! ¡Qué titilar de luces innumerables, qué palpitante continuo! Lanzó un suspiro de sosiego, se sintió confortado. ¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Cuán diversa era la noche aquí, tan solo a dos pasos de la ciudad!. . El tiempo que allí, para los hombres, era guerra, intrigas y tristes pasiones, tedio amargo y destructor, aquí era atónita, extática quietud. ¡A dos pasos, otro mundo! ¿Por qué, sin embargo, sentía una extraña irresolución, casi de espanto, que le impedía andar?

Los árboles, deshojados por los primeros vientos del otoño, surgían en torno suyo con gestos de fantasmas llenos de misterio. Los veía así por primera vez, y sentía una pena indefinible. De nuevo, detúvose perplejo, casi oprimido de miedoso estupor; volvió a mirar en torno, en la obscuridad.

El brillar de las estrellas que perforaba y dilataba el cielo, no llegaba a ser luz en la tierra; pero al lúcido temblor de allá arriba, parecía responder lejos, muy lejos, de la tierra toda, un temblor sonoro, continuo, el estridir de los grillos. Aguzó los oídos a aquel canto, suspensa toda el alma; percibió entonces hasta el rumor vago de las últimas hojas, el confuso mormojeo del inmenso campo durante la noche, y sufrió un ansia extraña, una alarma angustiosa ante aquella inmensidad indefinida, ignota, que hormigueaba en el silencio. Instintivamente, para sustraerse a estas pequeñísimas, sutiles percepciones, reanudó su marcha.

Por un canalillo, a la derecha de aquel camino campestre, discurría el agua, silenciosa en la sombra, animada, aquí y allá, momentáneamente, como por el reflejo de alguna estrella, o quizás fuese porque alguna luciérgana, volando sobre ella, le enviase su luz.

Caminó algún tiempo a lo largo de aquel surco, hasta encontrar un primer pasadizo que cruzó

para internarse en la campiña. La tierra estaba resblandecida por la lluvia reciente; goteaban aún los zarzales. Dió, enfangándose, algunos pasos y se detuvo descorazonado.

¡Pobre traje negro! ¡Pobres zapatos de charol! Pero en fin ¿a qué estos escrúpulos? ¡Adelante! Al fin y al cabo, también constituía un placer deteriorar aquellas ropas.

A lo lejos ladró un perro.

—¡Alto!—se dijo Bombichi.—¡Se prohíbe el paso! Bueno, muramos, sí, pero con las piernas sanas.

Intentó desandar lo andado: ¡cataplum! resbaló por la fangosa cuesta, y en un cerrar y abrir de ojos, hundió un pié en el canalillo.

—¡Pediluvio a medias! ¡Vamos, vamos, paciencia! ¡En último término, ni siquiera me queda ya tiempo para constiparme!

Sacudióse el agua de la pierna mojada, y trepó con dificultad a la parte alta del camino. Aquí la tierra estaba más firme, el campo menos arbolado. A cada paso temía un nuevo ladrido.

Poco a poco habituáronse sus ojos a la obscuridad; vislumbraba, a cierta distancia, los árboles. No descubría por ningún sitio el menor vestigio de vivienda.

Puesta toda su atención en superar las dificultades del camino, con aquel pié empapado que le pesaba como el plomo, no pensó más que

en el propósito violento que le había lanzado de noche, allí, por los campos. Se internó sin detenerse a campo traviesa. El terreno declinaba ligeramente. Lejos, muy lejos, en el fondo del cielo, se dibujaba, negra, en la altura sideral, una extensa cordillera. Se dilataba el horizonte; hacía ya mucho que no veía árboles. ¡Vamos! ¿No era mejor detenerse allí? Tal vez el sol saliera de aquellos montes lejanos.

Miró de nuevo el reloj y le pareció de momento imposible que fuese ya cerca de las cuatro. Encendió una cerilla: sí, efectivamente, las cuatro menos seis minutos. Se maravilló de haber caminado tanto. En efecto, estaba cansado. Se sentó en el suelo; después descubrió, cerca, un peñasco y pensó hallar en él más cómodo asiento. ¿Dónde estaba? Oscuridad y silencio...

—¡Esto es una locura!..

Espontáneamente acudió a sus labios esta exclamación, como un suspiro del buen sentido, tanto tiempo anublado en él, oprimido. Pero, rehecho del momentáneo aturdimiento, su espíritu estrambótico, que a tantas locas aventuras le había arrastrado, se sobrepuso con tiránico dominio a la cordura, e hizo suya la exclamación. Si, locura era aquella nocturna jira tan desagradable. Hubiera hecho mejor matándose en casa cómodamente, sin el pediluvio, sin ensuciarse los zapatos, los pantalones, el frac,

y sin tantas fatigas. Verdad es también que dentro de poco iba a sobrarle tiempo para descansar. Y después de todo, ya que había llegado hasta allí... sí; pero ¡quién sabe cuánto tiempo tardaría aun la dichosa salida del sol!.. Quizás más de una hora; ¡una eternidad!.. Y abrió la boca en un formidable bostezo.

—¡Ay! ¡Ay!.. ¡Si me durmiese!.. ¡Brrr!.. ¡Qué frío hace aquí, también! ¡Qué humedad!

Se levantó el cuello del frac; se escondió las manos en los bolsillos, y, acurrucado en sí mismo, cerró los ojos. No estaba muy a su gusto. Pero el deseo del espectáculo... Con el pensamiento, se trasladó a los salones del círculo, iluminados con luz eléctrica, tibios, espléndidamente amueblados... Veía a sus amigos... y ya cedía al sueño, cuando de repente...

—¿Qué pasa?

Abrió desmesuradamente los ojos, y la negra noche se le apareció en torno de una pavorosa soledad. Le tembló la sangre en las venas, presa de una vivísima agitación. ¡Un gallo, un gallo que había cantado a lo lejos, en algún sitio!.. Y ahora, otro gallo que desde más lejos le respondía, allá abajo, en la densa oscuridad.

—¡Caramba! Un gallo... ¡Qué miedo!

Se puso en pie: dió unos pasos hacia adelante y hacia atrás sin alejarse de aquel sitio, donde por un momento se había agazapado. Se hizo a

sí mismo el efecto de un perro que, antes de acostarse, siente necesidad de dar dos o tres vueltas. En efecto, volvió a sentarse, pero esta vez en tierra, junto al peñasco, para estar más incómodo y no dejarse vencer por el sueño.

Aquella era la tierra: estaba dura, muy dura, ya lo creo... Aun sentía la vieja tierra, pero para muy poco tiempo... Tendió una mano a unas matas enraizadas bajo aquel mismo peñasco y las acarició, como se acaricia a una mujer pasándole la mano sobre los cabellos.

—Esperas el arado que te desgarré, esperas la semilla que te fecunde...

Retiró la mano impregnada de una intensa fragancia de menta silvestre.

—¡Adiós, querida mía!—dijo agradecido al respirar aquella fragancia, que a modo de beso le enviaba la tierra hembra, a cambio de la caricia de sus manos.

Triste y taciturno, se hundió de nuevo en el pensamiento de su vida tumultuosa. Toda la repugnancia, todo el asco que le inspiraba se encarnó lentamente en su mujer. Imaginó a ésta en el acto de leer su carta, dentro de cuatro o cinco horas... ¿Qué haría?

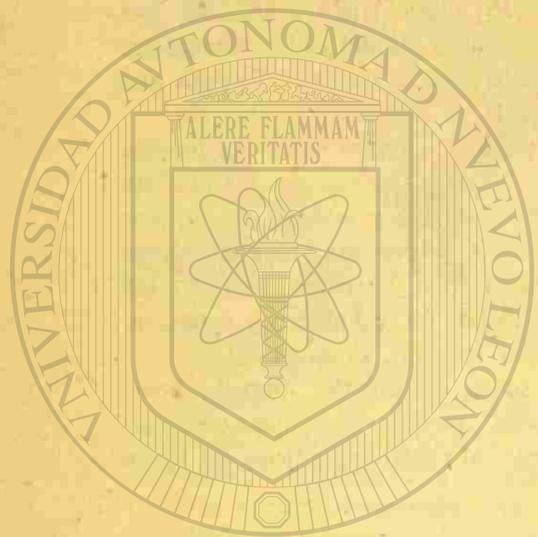
—Y yo, aquí...—dijo.

Y se vió muerto, allí, tendido y descompuesto en medio del campo, bajo el sol, cerrados los ojos y las moscas en su boca.

Poco después, detrás de los montes lejanos, comenzaron a desvanecerse las tinieblas en imperceptible albor. ¡Ay, cuán triste y aflictiva era aquella primera levisima luz del cielo, cuando sobre la tierra reinaba aún la noche! ¡Parecía que el cielo sintiese pena en despertarla a la vida!

Pero poco a poco se alboreó sobre los montes el cielo todo, con ténue y fresquísima luz opalina que gradualmente dorábase y vibraba en su misma intensidad. Leves, vaporosas, rosadas ahora en aquella luz, a lo lejos parecían respirar las montañas. Y surgió por fin, flamígero y como delirando en su ardor triunfal, el disco del sol.

En el suelo, sucio, enfangado, Augusto Bombichi, con la cabeza apoyada en el peñasco, dormía profundamente, al ritmo estrepitoso del fuelle de su pecho.



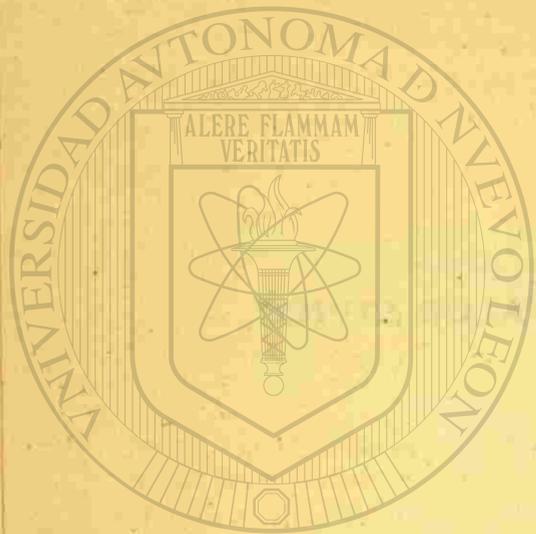
AL VALOR CIVICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No se atrevía Bruno Celesia a llamar tigres, hienas, lobos, serpientes, gorilas o conejos, a los hombres, por miedo a inferir una injuria inmerecida a aquellos animales, que después de todo actúan obedientes a su propia naturaleza. En cambio el hombre... ¡el hombre, no, el hombre es un falso! Así es, que aplicas a un hombre uno de esos calificativos para escarnecerle, y ofendes a un inocente animalillo. ®

—¡Demasiado sé yo lo que llevo en las entrañas!—decía frunciendo las cejas y poniendo la mano sobre el vientre.

—¿Un hijo?

—¡El infierno, canalla!

Y, palabra de honor: hubiese querido tener

un volcán en vez de boca, el mismísimo cráter del Etna, si hubiera sido posible, para vomitar sobre la mentirosa humanidad el fuego que le abrasaba.

Sin embargo, al presenciar aquel día en la plaza del Ayuntamiento la solemne distribución de premios al valor cívico, Bruno Celesia reconocía, sinceramente, la significación moral del acto.

Aunque el alcalde fuese un gran trapisondista, no podía negarse que era un orador nato. Y muchas veces, durante el magnífico discurso en que exaltaba las nativas virtudes de las gentes sicilianas, recordando los hechos heroicos ejecutados, Bruno Celesia había sentido por la espalda como una corriente eléctrica. Llevábase a la boca sus dedos inquietos, y mordisqueaba los pelos de su bigote o la áspera punta de su barba encrespada. Pero, rápidamente, pasaba después una mano por el faldón de su levita, lustrosa y verdusca.

¿Por qué este gesto? ¡Pues porque la humanidad es una puerca, y está formada de hijos de perra!

¡Eso, eso, que conste! Desde hacía algunos días se había puesto en moda pegar con alfileres a la espalda de las gentes un papel con una fea inscripcíon o con unos garabatos injuriosos. Tres veces ya se había cometido con él ese desacato; la primera, habíanle puesto, pintarrajeada, una cabeza de ciervo; después, una mano cuyos dedos simulaban una cornamenta; y por último, con rara insistencia, otra cabeza de ciervo.

—¡Cochinos! ¡Eso está bien!

Esta segunda exclamación, naturalmente, dirigiase al alcalde, que, en aquel instante, recordaba en su discurso lo que había hecho el pueblo de Palermo en las históricas jornadas de su gloriosa liberación.

Al terminar entre aplausos estrepitosos el discurso del alcalde, a quien Celesia, enardecido, no pudo reprimir el tributo de los suyos, comenzó la distribución de los premios.

Ocupaban el amplio balcón marmóreo del palacio municipal, el alcalde, sudoroso, los concejales, sus esposas y los mayores contribuyentes del lugar, defendiéndose del calor con sendos abaniquitos. El primero en aparecer ante la multitud, fué un joven moreno, vigoroso, de ojos vivos, guapísimo, héroe que dos veces ya habíase arrojado a las llamas de un incendio, salvando a una anciana y a un niño.

La multitud le acogió entusiásticamente.

—¡Viva Sghembri! ¡Viva Carlitos Sghembri!

No faltó quien hiciera observar que los concejales hubiesen hecho obra más útil instituyendo un cuerpo de bomberos, del que aún carecía el pueblo, nombrando jefe del mismo al bueno de Carlitos, que bien lo merecía, en vez de otorgarle aquella medalla al valor cívico, de la que en fin de cuentas no sabía qué hacer: pobre faquín del puerto, que se crujía los huesos en la

carga y descarga diaria, bajo los fardos de carbón y los panes de azufre.

—¡Eres un guapo mozo!—mormojeaba para sí Bruno Celesia, admirándole.—¡Pero ya, ya crecerás y te convertirás también en flor de canalla! ¡Viva! ¡Viva!

Y aplaudiendo como los demás, no dejaba de pasarse de vez en cuando la mano por el faldón de la levita.

Uno tras otro, presentáronse ante los vítores de la multitud para recibir su medalla los otros cuatro héroes del día.

—¡Héroes, solo de un momento!—comentaba en voz baja, entre el gentío, Celesia.—¡Pero bribones antes, bribones después, como lo es toda la humanidad asquerosa!... ¡Viva! ¡Viva!

Terminado el reparto de premios, la masa comenzó a dispersarse. Todavía vagó durante un buen rato Bruno Celesia entre la confusa gente, receloso y despreciativo. Contemplaba admirado los policromos farolillos preparados para la iluminación de la noche, y de vez en cuando decía con una mueca.

—¡Como sople el levante!

Y alzaba los ojos al cielo amenazador que poco a poco se adensaba.

—Volvámonos a casa—dijo para sí resueltamente, en cierto instante.— En este pueblo de perros serían capaces de creer y proclamar que

si se agua la fiesta soy yo el culpable, por haber acudido a la plaza.

Descubrió muy de lejos a la mala bestia de su padre, que tantas amarguras le había ocasionado, y que quizás por tercera vez buscaba entre el gentío, en los bolsillos ajenos, la vuelta a chirona, de donde había salido hacia pocos meses... Volvió desdeñosamente las espaldas, y se apresuró a regresar a su casa.

—Dicen que las ranas—pensaba caminando—acostumbran a pasar el invierno en el fango de las acequias. Mi padre es peor: pasa en el fango de la vida las cuatro estaciones del año.

Celesia se había empeñado hasta los ojos para salvarle, la primera vez. Ahora ya no quería verle, ni de lejos. Su nombre mancillado le quemaba la frente como un estigma de fuego. «Sin embargo—había tenido su padre el valor de echarle en cara, una vez—no soy yo solo quién ha deshonrado tu hermoso apellido. Antes, deberías pensar en tu mujer, que lo enfanga públicamente, desde hace muchos años...»

Y Bruno Celesia, al oír esto, se había mordido una mano hasta hacerse sangre, por no contestar... Pero ¡ah! ¡públicamente, no! ¡Públicamente, con uno tan solo!

Si no la había matado, era porque estaba convencido de que peor que la muerte, había de ser para ella el amante, quién, tarde o temprano, la

abandonaría en medio de la calle, como se abandona un saco de inmundicias. Pero ¡quién! Hacía muchos años que vivían, felices, maridablemente, respetados además por toda la gente del pueblo. ¡Qué hermosos eran sus tres chiquillos! ¡Pobrecillos bastardos, inocentes! ¡En cambio, aquella buena mujer no pudo darle a él un hijo legítimo! De haberlo tenido, no se sentiría ahora tan solo, no envidiaría a nadie, ni aún a ellos... Después de todo, quizás era mejor así, porque ¡quién sabe qué disgustos, qué dolores no hubiese padecido!

El destino lo había dispuesto así. Sí, era el destino: ¿por qué no creer en él? ¿Qué había hecho Celesia para que le hiciesen, como hijo, como marido, como ciudadano, el blanco de todas las befas? Nada en su vida le había salido a derechas. ¿Por qué esquivaban todos su trato, como si fuera ave de mal agüero, en vez de compadecerle por sus infortunios domésticos?

Jamás se había aventurado en empresas arriesgadas; y sin embargo, de las pocas seguras que había intentado, salió siempre con daño y escarnio. Muchos se habían enriquecido en la contrata de construcción de los diques del puerto; la tomó él, y apenas unos cuantos metros de escollera contruidos, saltaron hechos pedazos. El mar que aceptaba sosegadamente, y como si fueran trozos de pan, los materiales que le echaban los

demás contratistas, rechazaba los de Bruno Celesia, dispersándolos en un embate.

— ¡No, no quiero los de Bruno Celesia!

¿Podía luchar él acaso con un mónstruo como el mar?

Había quedado reducido a la pobreza extrema. Por caridad le dieron un modesto empleo de escribiente en un Banco. Pero necesitaba toda su paciencia para soportar las vejaciones. A su jefe le disgustaba su caligrafía; y a él se le venían a la lengua todos los dieterios para replicarle, porque lo que hacía su principal en el libro mayor, sí que era una porquería.

Reflexionando sobre sus desventuras, Bruno Celesia entró en su casa.

Vivía en un extremo de la ciudad, a poniente, donde la playa doblaba, bajo el muro arcilloso, para describir otra extrema y suave media luna. Las pocas casas que se alineaban allí, adosadas a las laderas, muy próximas al mar, ocultábanse a la vista de la ciudad, dispuesta en cemicírculo, en otra ensanada de la playa. Allí se respiraba paz, una gran paz, como asombrada ante el espectáculo infinito del mar.

Debió acelerar sus últimos pasos, porque la lluvia, que desde hacía algunos instantes lanzaba sus primeras gotas, iba haciéndose más densa. El mar estaba inquieto, turbio, e hinchábase cada vez más, bajo la inminente amenaza del cielo pre-

ñado de enormes nubes negras. Se abultaban las olas, chocando entre ellas, pero sin romperse todavía. Sólo una ligera espuma rabiosa, hervía un momento a cintas sobre las crestas, encrespadas aquí y allá.

—¡Va a caer de veras!—suspiró Celesia, mirando tras los cristales de su cuarto.

Poco después, en efecto, el cielo denso, obscuro, tomó el aspecto de una inmensa caverna tétrica, atónita, espantable. De momento en momento, una ráfaga estridía rápida sobre la playa y levantaba un turbión de arena. Finalmente, se desató el primer trueno, formidable, que fué como aviso de la tempestad.

Bruno Celesia cerró las contraventanas, encendió un quinqué de petróleo, y fué a sentarse ante su vieja mesa de escribir, para reanudar, según su costumbre, la lectura de un grueso libraco, donde se narraba la historia del descubrimiento de América. A cada nuevo trueno, se encogía de hombros y estiraba el cuello.

—¡Más, más fuerte! ¡Recontra!...

Acudían a su mente aquellos pobres pintados farolillos, preparados para la iluminación, y reía para su capote.

Hacía una hora que estaba leyendo, cuando le pareció oír, en el fragor incesante del mar, alaridos en la playa. Fué al balcón, abrió una contraventana... en el acto le cegó un relámpago.

¡Espectáculo tremendo! Sí, sí... allá bajo... ¿Qué había ocurrido?.. Vefase una multitud que se defendía, apenas, de las olas que aventaba el mar furibundo... Sí, sí, gritaban. ¿Qué había ocurrido?.. Cogió su sombrero y corrió a ver.

En el horrendo fragor tenebroso, temblaban, aquí y allá, en la playa, las asustadas lucecillas de las linternas, protegidas contra el viento por los mantones. Había acudido una multitud, allá abajo; hombres y mujeres, que esperaban temerosos, anhelantes, el fugaz resplandor de un relámpago para columbrar una barea asaltada furiosamente por las olas y el viento. Repetían unos, con ansiedad, que en la barca, arrancada de la playa, del otro lado del dique, donde estaba en seco, no había nadie; otros, por el contrario, juraban y perjuraban haber visto a un hombre que gesticulaba, así... E imitaban gestos desesperados. Decían los más que habían salido del puerto aquel día, directos a los baños de San León, muchos botes sin duda sorprendidos por la tempestad a su regreso.

—¡Ay, ay!—se gritó en un momento desde todas partes ante la amplia palpitación repentina de una vívida luz.

Pero de pronto, retumbó formidable un trueno y cubrió los alaridos de la multitud. En la creciente oscuridad, el estampido revolvió almas y cosas, más espantablemente que antes lo hiciera la

furia del viento y del mar. Cuando cesó de retumbar, oyéronse de nuevo las voces como perdidas, extraviadas, lejanas.

—¡Sí, sí! ¡En la barca hay un hombre que pide auxilio!

Esta vez lo habían visto todos.

—¿Es que no hay quien se atreva?—gritó Bruno Celesia.—¿Dónde están los héroes condecorados hoy?

Pero cuando mayor era el anhelo de intervenir, más faltaba el ánimo. Todos gritaban ¡auxilio! a voz herida, como si el auxilio no hubiese de ser obra de ellos. A la sarcástica llamada de Celesia, alguien, por fin, respondió entre la multitud.

—¡Yo soy uno! ¡Venga una barca!

Y abriéndose paso, casi rabiosamente, se adelantó resuelto a una nueva temeridad, Carlitos Sghembri.

Celesia, entusiasmado, le echó los brazos al cuello y le besó la frente, llorando y exclamando:

—¡Hijo de Dios! ¡Tú no! ¡No debes ir tú! ¡Venga aquí la barca! ¡Yo, iré yo!

Y comenzó a desnudarse furiosamente. Carlitos Sghembri se oponía.

—¡Yo debo ir, yo!—insistió, imponiéndose a la multitud, Bruno Celesia.—¡Nadie podrá impedírmelo! ¡Vete! ¡Tú has ganado ya tu medalla! ¡Ahora me toca a mí! ¡Dejadme, dejadme! ¡Soy

un buen nadador! ¡Mi vida no vale nada! ¡Dejadme, dejadme!

Un marino viejo trajo corriendo un salvavidas, atado a un larguísimo cable. Entretanto, otros habían arrastrado desde la playa un bote. Bruno Celesia saltó dentro, desnudo. El mar, enseguida, en una furiosa oleada, arrebató la navecilla. Se oyó un grito de horror. Envuelto en las tinieblas, Bruno Celesia había desaparecido.

—¡Afloja, afloja!—gritaron al marinero que sostenía el cable.

Más viva, más frenética, se hizo ahora la ansiedad de un nuevo relámpago. Parecía que el cielo lo hiciese adrede: solo fragor y tinieblas que ahogaban el pecho. Todos, para sustraerse de algún modo a la horrenda angustia, hubieran querido asirse al cable que se desenrollaba poco a poco, como algo vivo, al claro temblor de las luces amparadas por las ropas.

—¡Apartaos, apartaos! ¡No toquéis el cable!

Un relámpago...

—¡Ay, ay!—se oyó de nuevo.

Y repentinamente enmudecieron las voces, como engullidas en las tinieblas, que acudían cada vez más densas. Habían descubierto a Celesia cerca de la otra barca. La ansiedad aumentaba su opresión.

—¡Sí, lo salva, lo salva!

Las mujeres sollozaban, y los hombres, agita-

dos, temblorosos, en la acongojada espera, imponían silencio, como si el silencio pudiese favorecer el acto salvador.

En cierto instante, pareció que el cable, tendido por tierra, no se movía más. El marinero lo cogió y esperó un momento. Después gritó, llorando, en el colmo del júbilo.

—¡Ya tira, ya tira!

Entonces se precipitaron todos al cable, aferrándose a él, exultantes, jubilosos.

Otro relámpago...

—¡Venga! ¡Fuerza, fuerza! ¡Ya se acerca!  
¡Viva, viva!

Y poco después, Bruno Celesia abordaba la playa en su barca.

—¡Salvado, salvado! ¡Tirad un poco más!—  
dijo Celesia.—¡Aquí está, en la barca: aún respira!

¡Magnífica victoria! Pero cuando la muchedumbre reconoció al naufrago...

Aún al hombre más dispuesto y más firmemente preparado a desafiar y despreciar todas las contrariedades de la vida, el destino, burlón, se complace en crear situaciones ante las que ni siquiera le queda el recurso de una sonrisa.

Bruno Celesia había salvado al amante de su mujer.

EL VIEJO DIOS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos, temblorosos, en la acongojada espera, imponían silencio, como si el silencio pudiese favorecer el acto salvador.

En cierto instante, pareció que el cable, tendido por tierra, no se movía más. El marinero lo cogió y esperó un momento. Después gritó, llorando, en el colmo del júbilo.

—¡Ya tira, ya tira!

Entonces se precipitaron todos al cable, aferrándose a él, exultantes, jubilosos.

Otro relámpago...

—¡Venga! ¡Fuerza, fuerza! ¡Ya se acerca!  
¡Viva, viva!

Y poco después, Bruno Celesia abordaba la playa en su barca.

—¡Salvado, salvado! ¡Tirad un poco más!—  
dijo Celesia.—¡Aquí está, en la barca: aún respira!

¡Magnífica victoria! Pero cuando la muchedumbre reconoció al naufrago...

Aún al hombre más dispuesto y más firmemente preparado a desafiar y despreciar todas las contrariedades de la vida, el destino, burlón, se complace en crear situaciones ante las que ni siquiera le queda el recurso de una sonrisa.

Bruno Celesia había salvado al amante de su mujer.

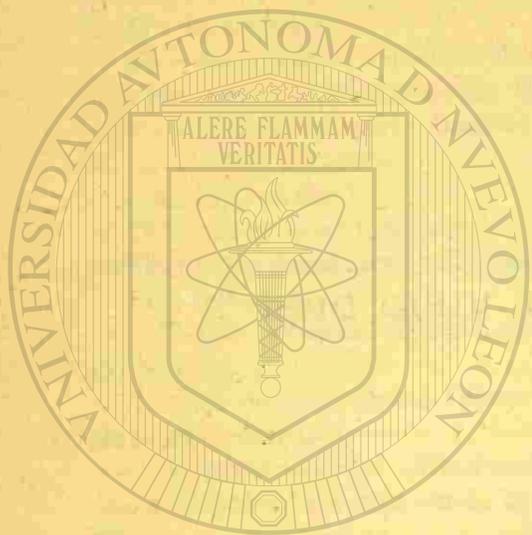
EL VIEJO DIOS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

GENERAL DE BIBLIOTECAS



Vestido con traje ligerísimo que revolaba al viento, el quitasol abierto y apoyado sobre un hombro, el viejo jipi en la mano, delgado, un poco encorvado, enjuto y pulcrísimo, se encaminaba a diario a los sitios de su singular veranéo. Había descubierto don Aurelio un lugar en que nadie pensó jamás, y se regocijaba interiormente, frotándose nervioso las manos.

Unos van a la montaña; otros, a orillas del mar o al campo: él iba a las iglesias de Roma. ¿Por qué no? ¿No se goza, acaso, en ellas de tan fresca temperatura como en un bosque? Y en santa paz, además. En los bosques, los árboles; aquí, las columnas de la nave; allí, a la sombra de las frondas; aquí, a la sombra del Señor.

¿Qué remedio? Paciencia...

También él, en otros tiempos, fué dueño de una magnífica casa de campo, cerca de Perusa, con sus cipreses numerosos, umbríos, y a lo largo del canal, la grácil y elegante avenida de sauces violáceos, en la dulce sombra, azul, sosegada. La soberbia quinta, decorada por el famoso Vetti, encerraba una preciosa colección de objetos de arte. ¡Ah, qué hermosura! Un verdadero tesoro... Casa y patrimonio, todo se lo llevó el viento. Y para veranear, ya no le quedaba más que las iglesias.

¿Qué remedio? Paciencia...

Residía muchos años en Roma, y aún no había conseguido llevar a efecto su propósito de visitar, uno a uno, todos los templos, que tantas maravillas y tantos tesoros de arte encierran. ¡Ah, pero este año, podría hacerlo hasta por esparcimiento veraniego!

Esperanzas, ilusiones, riquezas y tantas otras bellas cosas había perdido don Aurelio a lo largo del camino de la vida. Sólo habíale quedado la fe en Dios, que, poco o mucho, en las tinieblas angustiosas de su existencia arruinada, era como una lucecilla, que él, andando por la senda del infortunio, protegía cuidadosamente del helado soplo de los últimos desengaños. Erraba como extraviado en el laberinto del mundo, sin que nadie se preocupase de él.

—No importa. ¡Me ve Dios!—decíase a sí mismo, confortándose.

Y don Aurelio, tenía la honda convicción de que Dios le miraba a través de aquella lucecilla de su fé. Y tal era su seguridad, que la idea del fin, más que desfallecerle, le aliviaba.

...

A pesar de que las calles, bajo un sol abrasador, estaban casi siempre desiertas, no dejaba de haber alguien: un pilluelo, un cochero, que al verle pasar con su reluciente cráneo al descubierto y sus guedejas grises oscilándole sobre la nuca, no le lanzase alguna frase irónica, como por ejemplo:

—¡Vaya un tipo! ¡Un hombre con dos barbas, una delante y otra detrás!

Claro está que hubiera podido ocultar sus melenitas bajo el amplio jipi; pero don Aurelio, en verano, no podía soportar el sombrero. Se sonreía él también ante la ocurrencia, y aceleraba, casi sin querer, aquellos menudos pasos suyos de perdiz, para quitar ocasión a otras bromas de esos ociosos.

¿Qué remedio? Paciencia...

Al entrar en la iglesia designada aquel día para el veraneo, deseaba ante todo gozar las delicias de la llegada: sentarse. Lanzaba un largo suspiro; se limpiaba el sudor; después, hábilmen-

te, plegaba el pañuelo en cuatro dobleces y se lo ponía a la cabeza, en esta guisa, para resguardarse de la húmeda frescura.

Alguna rara devota, que apenas se volvía a mirarle, viéndolo con aquel ridículo cubrecabezas, amagaba para sí una risilla.

Pero don Aurelio, en aquel momento, se sentía feliz, respirando el fresco perfumado de incienso, que pesaba en la solemne vacuidad silenciosa del sagrado recinto; ni siquiera soñaba que allí, en la casa de Dios, hubiese alguien que se complaciera riéndose de él.

Después de un ligero reposo, comenzaba a examinar la iglesia, pero muy poco a poco, como quien debe pasar el día; y estudiaba con amorosa atención la arquitectura en todos sus detalles. Se detenía ante los retablos, ante los mosaicos, ante las capillas, ante todo monumento sepulcral, y con la mirada experta, descubría en seguida las peculiaridades de la época, de la escuela a la que la obra de arte debía adscribirse, y si era legítima o estaba desfigurada por añadidos y revoques de restauraciones desdichadas. Después volvía a sentarse; y si en la iglesia, como frecuentemente ocurría a aquella hora, en aquella estación, no había nadie más que él, aprovechaba el momento para apuntar rápidamente en una libretita sus impresiones, alguna nota, una duda que aclarar.

Satisfecha así su primera curiosidad y cum-

plida por aquel día la tarea de arte que se había fijado, sacaba del bolsillo algún librito de amena lectura, que por el tamaño pudiera parecer un devocionario, y comenzaba a leer, levantando de vez en cuando la cabeza para resumir o representarse ante los ojos la escena descrita por el poeta. Tampoco con aquella lectura de libros profanos, temía ofender la casa del Señor, porque, según su modo de ver, Dios no podía tomar a mal las cosas bellas, creadas para inocente esparcimiento de los hombres.

Cansado de la lectura, se abandonaba, con los ojos fijos en el vacío y frotándose un largo rato el índice y el pulgar de las dos manos, a sus propias fantasías o al recuerdo de los años perdidos.

Tal vez, mientras permanecía absorto en sus fantasías surgía ante sus ojos, desde el nicho de una pilastra, alguna pétrea figura, asomándose como para mirar.

—¡Hola!— decía entonces moviendo la cabeza y sonriendo.—¡Qué feliz eres, amigo mío! ¿Qué tal se pasa, después de muerto?

Y se levantaba de nuevo para leer en la inscripción funeraria el nombre de aquel sepultado. Después, volvía a sentarse y comenzaba a dialogar mentalmente con la imágen.

—¡Hétenos aquí, mi querido Hierónymus! ¡Lástima que ya no permitan enterrar en las iglesias! Allí, en esa pilastra de enfrente, haría va-

ciar un nicho, y cara a cara contigo ¡qué entretenidos diálogos sostendríamos! Tienes cara de buen hombre, pobrecito, y sin duda intimaríamos. Pero ¿qué remedio? Paciencia... Me parece, sin embargo, que después de muerto se debe de estar mejor en una iglesia. ¡Este agradable olor de incienso!... ¡Misas y plegarias todos los días!... En el cementerio, si hemos de decir la verdad, llueve...

Sin embargo, también la muerte en el Campo Santo, es una liberación, cuando sobre la tierra, más que para vivir bien, se prepara uno para morir sin miedo. Don Aurelio no esperaba bienaventuranzas en la otra vida; le bastaba con llegar al último trance tranquila la conciencia de no haber hecho daño a nadie, voluntariamente. Conocía las dudas tenebrosas acumuladas por la ciencia, como tantos nubarrones, sobre la luminosa explicación que la fé nos da de la muerte, sea por haberlo leído en algún libro, sea por haberlo casi respirado en el aire; y se condolía de que el Dios de sus días, hasta para él, creyente, no pudiese ser aquél que en seis días había creado el mundo, y el séptimo, descansó.

Aquella mañana, al entrar en el templo, le causó maravilla el aspecto del sacristán, un buen viejo, enormemente barbudo y melencudo, ostentando

con orgullo barbas y cabellera partida en crenchas, ondulada a mechones sobre las espaldas. Hermosa cabeza, pero la cabeza nada más. El cuerpo, gordinflón, encorvado, flojo, parecía penar en sostenerla con todo su volumen de pelos.

Don Aurelio, reflexionando ahora acerca de la vida y de la muerte; considerando amargamente los mezquinos progresos del alma en este tan decantado siglo de las luces; vuelto el pensamiento al viejo Dios de la intacta fé de sus padres, se durmió lentamente. Y aquel viejo Dios, se le apareció en su sueño, encorvado, flojo, como penando en sostener la cabeza enormemente barbuda y melencuda del sacristán del templo; y, sentándose a su lado, comenzó a platicar con él, desahogándose como los viejecillos sentados en un banco, frente a su asilo:

—¡Malos tiempos corren, hijo mío! Mira a qué he quedado reducido. Aquí me tienes, vigilando los bancos. De vez en cuando, entra algún extranjero. Pero no creas que le atraigo Yo. Viene a visitar los frescos antiguos y las esculturas. Si se quita el sombrero, es tan solo por conveniencia. Si se le consintiese, hasta treparía por los altares para ver de más cerca las pintadas imágenes de algún retablo. ¡Malos tiempos, hijo mío! ¿Te has enterado, has leído los nuevos libros? Según ellos, Yo, el Padre Eterno, no he hecho nada; todo surgió por sí, naturalmente, poco a poco. Yo no he

creado primero la luz, después el cielo, después la tierra y todo lo demás, como te habían enseñado en tus tiernos años. ¡Vamos, vamos! Yo no tengo nada que ver con todo eso. Las nebulosas, la materia cósmica... Hasta hubo cierto sabio, con atrevimiento suficiente para proclamar que, después de haber estudiado el cielo en todas las direcciones, no había encontrado ni siquiera el más mínimo rastro de Mi existencia. Dime: imaginas a este pobre hombre, que, armado de su anteojo, se afanaba seriamente en darme caza por los cielos, cuando no me sentía en su mísero corazón? De buena gana me reiría, hijo mío, si no viese a los hombres prestar tanta atención a semejantes tonterías.

«Recuerdo los tiempos en que mantenía Yo a los hombres en un sagrado terror y les hablaba con la voz de los vientos, de los truenos y de los terremotos. Como ahora han inventado el pararrayos ¿sabes? ya no Me temen. Se han explicado el fenómeno del viento, de la lluvia, etc., y ya no acuden a Mí para obtener de gracia lo que desean. Es preciso que Me decida a abandonar la ciudad y Me limite a hacer de Padre Eterno en los campos; allí viven todavía, no digo muchas, pero sí algunas almas ingenuas de campesinos, para quienes aún no se mueve la hoja del árbol sin Mi voluntad; y Yo soy quien forja las nubes y envía el buen tiempo. ¡Vamos, vamos, hijo mío! Tam-

bién estás tú mal aquí; lo veo. ¡Vamos, vamos al campo, entre la buena gente pusilámene, entre la buena gente que trabaja!»

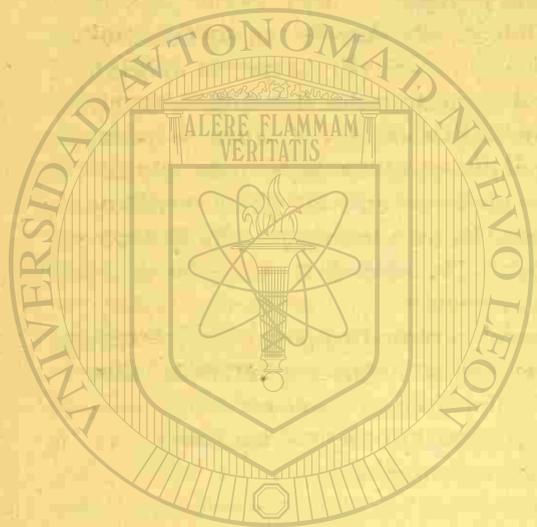
A estas palabras, don Aurelio, en sueños, sintió oprimírsele el corazón. ¡El campo, su anhelo! Veíase en aquel instante como si estuviese en él, respirando aire embalsamado... Cuando de pronto, sintióse sacudir; y, abriendo los ojos, aturrido, presa de estupor, vió ante sí, vivo y respirando, al mismísimo Padre Eterno, que aún le repetía:

—Levántate, vámonos...

—¡Pero si hace ya tanto tiempo que!... —farfolló don Aurelio con los ojos muy abiertos, aterrado ante la realidad de su sueño.

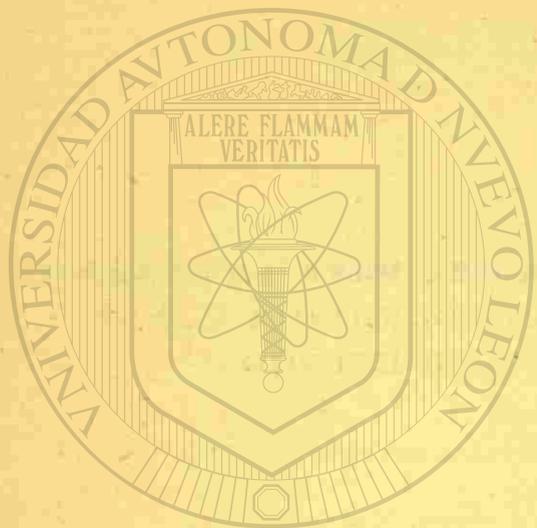
Pero el viejo sacristán sacudió las llaves.

—Se va a cerrar la iglesia...



OPOSICIONES PARA LA PLAZA  
DE REFRENDARIO DEL CONSE-  
JO DE ESTADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Hacia ya rato que los pocos huéspedes del *Eremitorio*, desterrados allá, en la cumbre del monte, oían el vozarrón de Natale, el recadero, subiendo por la fatigosa cuesta, bajo la arboleda:

—¡Arre... brrr... Arre... brrr!

En medio del ocio opresor, de la temperatura asfixiante, oyendo el estridir lejano, continuo, de las cigarras y el agudo chirriar de los grillos, cundía la ansiedad por saber si aquel animalote de Natale, conducía a algún nuevo compañero de desventuras o a un nuevo visitante; y los huéspedes se asomaban de vez en cuando a las ventanas del ex-convento, convertido desde hacía algunos años en albergue.

El convento, a decir verdad, conservaba su

carácter, con sus celdas angostas, provistas de una cama tan estrecha que apenas si podía uno moverse en ella, de una rústica mérita, de un lavabo y tres o cuatro sillas de paja.

Y el mismo carácter conservaba también el rectorio, con sus largos y oscuros corredores reumbantes, las grises escalerillas desgastadas, y al lado, una capilla, siempre cerrada.

Durante los primeros días, los huéspedes toleraban la falta de toda comodidad en gracia al extraño sabor de la vida claustral. Pero después se aburrían, aunque no quisieran confesarlo. El propietario del *Ermitorio*, señor Lanzi, a quien se le ocurrió explotar la peregrina hospedería, allá en lo alto, prometía de un año para otro construir un hotel nuevo, de tipo suizo, y hasta con funicular.

—¡Es una lástima!—le decían—¡Tan hermoso como es este sitio para veranear!..

—Ya lo creo—respondía suspirando y rascándose la cabeza el señor Lanzi.—Pero cuando yo haya echado los hígados en la obra y les ofrezca todas las comodidades, como si esto fuese el Monte Generoso o el Pilatus, ustedes protestarán de los precios y dejarán de venir, pensando que es preferible por el mismo dinero, ir a Suiza, porque luce más. Y entonces, el Pilato seré yo, quedándome con todas esas comodidades y con un palmo de narices...

¿Pero es que acaso el hotel de tipo suizo, no habría de construirse alguna vez, en aquella altura?

Sí, se construiría, pero el año próximo.

El señor Lanzi, para distraer a sus huéspedes, les enseñaba el lugar preciso de emplazamiento del hipotético hotel; y describía la futura construcción con toda suerte de detalles, de modo tal, que parecía tener ante sus ojos el edificio.

—¡Oh, será magnífico!

Y discutía y aceptaba los juiciosos consejos de éste o de aquél. Finalmente, hablaba de los estudios realizados para la construcción del funicular. Todo estaba dispuesto...

—¿Conque comenzarán las obras en Octubre próximo?

—Bien, muy bien, señor Lanzi. No es muy agradable, que digamos, esta incomodidad de subir hasta el hotel en los borriquillos derengados del cerdo de Natale.

—¡Arre... brrr... arre... brrr!..—oíase ahora, acompasadamente; pero más próxima, bajo la umbría, la voz de Natale.

El señor Lanzi, con el ex-diputado Quagliola, calvo y barrigudo, y el joven catedrático del Instituto, Tancredo Picinelli, pelirrojo, delgado, pecoso, correctísimo, se adelantó por la esplanada, frente al convento, y desde allí vieron, asomados a las ventanas de las celditas, en actitud de espe-

ra, a los otros cuatro huéspedes del *Eremitorio*. La rubia señora Ardelli, cuyo marido (un buen hombre, un bonísimo hombre, condecorado), iba todos los sábados por la noche al *Eremitorio*, desde la ciudad próxima, donde tenía su empleo; el abogado Mesciardi, que la cortejaba; Pascualillo, el hijo del diputado, preso en la tentación del mismo galanteo y arruinando su pobre salud de colegial; y por fin, el curita Viné, que huía de la tentación.

Primero apareció el burro, que, incapaz de soportar por más tiempo las fatigas de la cuesta, rodó por los suelos y allí se abandonó, desesperanzado, con las orejas colgajos, cerrados los ojos, extenuado y jadeante, como si dijese, propiamente, que ya no podía más. Después, encolerizado, acudió con furia infernal Natale, con la vara en alto.

—¡Arriba, cerdo! ¡Levántate!

Y le llamaba así, porque según el discurrir de Natale, todo burro que se estimase, habría de sentir la ofensa al oírse llamar cerdo. Sin embargo, esto estaba muy lejos de ser así; y habiéndolo comprendido también Natale, propinó al jumento una razonable dosis de palos. Pero el asno, inmóvil, («¡Pega, pega!») allí se estaba, como si no le diesen a él. Sólo intentó estirar a medias una orejota pelada, quizás para oír por qué lado venían los palos.

Llegó por fin, jadeando, afanoso, el nuevo

huésped, Pompeyo Lagúmina, abogado: un gigante miope, enfurecido, hasta contra sus propios lentes, que difícilmente sosteníanse sobre las narices sudorosas. Las anchas alas del sombrero de tela blanca, se le habían empapado y pegado sobre el rostro rezumante. Y precipitándose sobre el asno, gritó a Natale, que se apartó discretamente:

—¡A ese burro me lo cargo yo, mamarracho, como Morgante llevó a cuestras el caballo de la Abadía!

Y en efecto, probó a cargarse el asno, entre las risotadas de los espectadores.

El recadero gimió sus disculpas ante el señor Lanzi.

—El pobre burro lleva encima una montaña...

—¡Sí; pero yo he venido a pié!—gritó, levantándose, Pompeyo Lagúmina.—Es bastante más burro que tú: ni siquiera sabe sostenerse sobre sus piernas.

—¡Con esa caja a cuestras, llena de plomo!...—gruñó entonces Natale.

—¡De ciencia, dirás, bestia! ¡Son libros!—replicó Pompeyo Lagúmina, cogiendo por los hombros a Natale y dándole una fuerte sacudida.

—Por eso mismo no lo puede soportar el burro—observó plácidamente el ex-diputado Quagliola, mientras Lagúmina, enfurecido, se negaba a pagar el porteo.

El señor Lanzi se interpuso con buenas maneras.

—Vamos, señor, no le pague usted si no quiere; pero retirese; está usted demasiado sudado, y puede resfriarse.

—Muchas gracias, no hay peligro—respondió Lagúmina mostrando su potente tórax.—¿Es usted el dueño?

—Para servirle.

—Muchas gracias. Pero sepa usted que yo no he empleado el burro. Intenté subir en él por el camino; pero me arrastraban los pies por el suelo, y un momento después, se me dobló la bestia debajo.

—¡Lo ha deslomado!—volvió a refunfuñar Natale.

—¡Si chistas, te mato!—tronó Pompeyo Lagúmina, volviéndose y blandiendo terrible el puño.—  
¡A callar!

La señora Ardelli, desde la ventana, no pudo contener su risa. Lagúmina levantó la cabeza, airado; pero al advertir que la risa era de mujer, ceremoniosamente intentó despegarse de la sudada cabeza el sombrero de tela, y sonriendo también él, como un buen muchachote, dijo:

—¿Le hace a usted gracia, señora? Pues no hablemos más.

Pero ya la señora Ardelli había desaparecido de la ventana.

Pompeyo Lagúmina, encarándose con el dueño y poniéndose de repente muy serio, casi fosco, reanudó:

—He venido aquí con el único y exclusivo objeto de estudiar. Necesito una habitación retirada.

—Aquí todo son celditas de fraile—dijo el señor Lanzi,—hechas para el estudio y para la meditación. Venga y se las enseñaré.

—¡Señores!. . .—saludó con una profunda inclinación Lagúmina, y siguió con la misma presancia de un cabo de granaderos al señor Lanzi.

El ex diputado Quagliola y el catedrático Picinelli, levantaron la cabeza para mirar a los que habían gozado la escena desde las ventanas. Mesciardi, se frotó las manos, como para decir: «¡Por fin tenemos ya a quien nos distraiga! ¡Ya ha entrado la alegría en esta casa!» Y Pascualitó preguntó a Natale:

—De plomo serán esas cajas, ¿verdad?

—¡Me ha matado el burro! ¡Maldita sea!. . .—  
Mascó estas palabras mientras, sudando, desataba con las manos y con los dientes, la cuerda con la que el burro llevaba sujeto el cargado serón.

Picinelli, intentó con buenas palabras persuadir al asno para que se levantara; pero la pobre bestia, que no conocía otro lenguaje que el de los palos, ante estas amorosas exhortaciones, aguzó las orejas y las bajó en seguida, cerrando los ojos

y pensando evidentemente: «¡Eso no reza conmigo!»

Poco después, una vez puesto el sol, los huéspedes del *Ermitorio* disponíanse a comer bajo los árboles, en las lomas a Levante.

Pompeyo Lagúmina, refrigerado el cuerpo con abundantes abluciones, fué a sentarse, plácida y sonriente su ancha caraza de gigante pacífico, entre el catedrático Picinelli y los Quagliola. Llevaba bajo el brazo un libraco encuadernado.

—¡Ah!—suspiró, cerrando los ojos y dejando el libro sobre la mesa.—No tengo un minuto que perder.

Cada uno de los huéspedes, disponía de una mesita: sólo los Quagliola comían juntos. El abogado Mesciardi, aguzó el oído para oír lo que decía el recién llegado; hubiera querido disfrutar también del espectáculo; pero no quería dejar el sitio que ocupaba, próximo a la señora Ardelli. Se le ocurrió un ardid; sacó de la cartera una tarjeta y se la dió al señor Lagúmina.

—Desde el momento en que usted entra en nuestra cofradía...

—¡Muy honrado con ello!—exclamó Lagúmina.

Se levantó, y cortesmente, entregó una tarjeta suya a todos los demás.

—Yo soy el huésped más antiguo—dijo Quagliola;—pero en consideración a su estatura, señor Lagúmina, debo cederle a usted el priorato de este convento.

—Aceptaría con mucho gusto—respondió con sentimiento Lagúmina—y sabría sin duda instituir, con el beneplácito del señor Viné, una nueva e ilustre Orden de joviales ermitaños, una falange disipadora... (\*) ¡Pero no puedo, no puedo; tengo los minutos contados!... ¡Me estoy preparando para unas oposiciones de refrendario del Consejo de Estado!

—¡Ahí es nada!—exclamó Mesciardi.

—Y, desgraciadamente, no tengo otro remedio—suspiró Lagúmina.—Es para mí cuestión de vida o muerte. ¡Si no triunfase!... ¡Pero no, no quiero pensarlo siquiera! Y sin embargo, tan solo me queda un mes para prepararme. Cuando pienso en ello, me siento sin ánimos...

Pero no sin apetito, a decir verdad. Aquello no era comer, era devorar. Muy lindamente, dejó caer en la vorágine de su estómago, todo el contenido de un molde de arroz, sin darse cuenta y hablando de las oposiciones. De tal modo, que cuando con el tenedor, hurgando, no halló ni gra-

(\*) Dice el original *Brigata spendereccia*, aludiendo a una Asociación de nobles que en Siena, hacia fines del siglo XIII, entregábase al goce, organizando fiestas suntuosas seguidas de opíparos banquetes. (N. del Trad.)

no que recoger, miró a los comensales, después al camarero, y dijo:

—O mucho me engaño, o este arroz estaba muy bueno. ¿Se puede repetir? Traeme otro moldé. ¡Con este airecillo de la montaña! ¡Lástima que no pueda gozarlo una temporada! Pero, en fin... me consuela el estudio, que ha sido siempre mi pasión.

—¡Y el arroz también!—observó en voz baja Quagliola, volviéndose a Picinelli.

Confesémoslo: lo mismo le ocurría con las chuletas, el pollo, la ensalada, y así sucesivamente. El señor Viné, flacucho e inapetente, se quedó totalmente pasmado.

¿Qué hacía el libro sobre la mesa? Paciencia, paciencia... Después de la comida...

—¡Encantador, esto es encantador!—exclamó levantándose con los demás Lagúmina, y se cogió el vientre con las manos, satisfecho, ahito.—Y ahora, ¡qué bien viene tumbarse al fresco!.

Y fué a tenderse, más allá, al pié de una haya.

—Hoy es sábado... Acabo de llegar...—comenzó a pensar poco después, encendiendo el cigarro plácidamente.—Mañana es domingo... Mejor será comenzar el lunes. Conviene, aunque no sea más que para matar la curiosidad, habituarse a este ambiente...

Y miraba entretanto, en el fondo azul y vago de la lontananza, las crestas de los Apeninos.

—¡Ah, qué buena espina dorsal tiene nuestra patria!

Ya, ya; así, en los momentos de ocio, y hasta sin darse cuenta, ocurríansele de vez en cuando hermosas ideas, y tal cual robusta imágen... ¡Vamos, vamos: saldría bien de la tremenda prueba! ¡No era un tonto, pardiez! «¡Los Apeninos, espina dorsal de la patria!» Acaso, antes que a él, a nadie se le habría ocurrido semejante metáfora...

No era almohada muy cómoda, que digamos, el tronco de un árbol para apoyar su cabeza. Se estiró, pues, un poco más, y la dejó caer sobre el libro. Poco después roncaba, contemplado por los demás huéspedes, que se habían acercado caminando de puntillas, a una indicación del terrible Pascualillo.

—¡Silencio!. . ¡Está estudiando!. .—dijo por fin Quagliola padre, cruzando un dedo sobre los labios.—No le interrumpamos... Ha entrado ya en el Consejo de Estado...

Desgraciadamente pudo reposar muy poco. Todos los sábados, por la tarde, la colonia del *Ermitorio* acogía con ruidoso júbilo al caballero Ardelli, de vuelta de la ciudad. A las risas, al alboroto, Lagúmina despertó sobresaltado; y como si hubiese soñado en los exámenes, acometido por el miedo, de pronto se quitó el libro de debajo de la cabeza y púsose a leer, con los ojos hinchados

y enrojados por el sueño. Aquella gente desocupada, entretanto, se le echaba encima, llevando en triunfo, sobre el asno, a Ardelli, que en estatura rivalizaba con el enano Quagliola, si bien a modo de compensación, exhibía una cabezota de Goliat.

—¡Aquí tiene usted al nuevo huésped!—exclamó Mesciardi, indicando a Lagúmina.—¡Tenemos el gusto de presentarle a nuestro padre prior!

Lagúmina se levantó sonriente.

—¡Ya les he dicho que no puedo aceptar! ¿No se hacen ustedes cargo? He venido aquí sólo para quebrarme la cabeza. Pero ¡qué diantre! ¡Anochece! Leyendo, leyendo, no me había dado cuenta.

A lo que objetó muy seriamente Quagliola:

—Le aseguro que de seguir así, va usted a enfermar de la vista.

Domingo.

Había resuelto formalmente, categóricamente, no perder siquiera un día, siquiera un minuto. Pero acaso ¿la tarde anterior no convino consigo mismo en comenzar su trabajo el lunes? Sí, en efecto: necesitaba acostumbrarse al panorama. Además, era ya demasiado tarde.

—¿Las nueve?

¡Caramba! ¡Qué modo de dormir! ¡Mañana, lunes, a las cinco, en pié!

Se levantó, se vistió, y echándose otro libraco bajo el brazo, descendió a la esplanada.

¡Cuánta gente! ¡Vamos, ese día iba a ser imposible estudiar; lo tenía previsto! Señoras, señoritas, llegadas alegremente cabalgando en borriquillos desde los pueblos cercanos... Por el lado opuesto del monte, había un columpio, al que subían turnándose otras señoritas, lanzando ligeros gritos de alegre aspaviento a cada empujón dado por los muchachos, a quienes dejaban admirar, en los revuelos, fingiendo ignorarlo, sus lindas pantorrillas, aprisionadas en chillonas medias de seda transparente... y algo más también...

Pompeyo Lagúmina, apartó los ojos de aquel espectáculo, enarcando las cejas. ¡Ah, no! ¡A él no le estaba permitido poner sus miradas sobre una mujer! ¡Llevaba una en el corazón y no necesitaba más! Cuando un hombre serio ha comprometido su palabra, de cerca o de lejos, debe respetarla. Fiel, hasta en el pensamiento, ¡no faltaba más! Y se enterneció pensando en su «Sandra», su buena Alejandrita, que, desde hacía dos años, se consumía de amor, esperando el día de las bodas y luchando contra la adusta madre, empeñada en hacer su yerno de aquel estúpido Mimmino Orrei, un primo rico, a quien San-

drina no escatimaba ni burlas ni desaires. (¡Pobre Sandrina!) Pero ¿qué más podía hacer él? Tenía un corazón, sí, tan grande como el mar. En cuanto a corazón, un Creso. ¡Pero en cuanto a dinero! . . . ¡Ah! ¡Diógenes! . . . ¡Sí, sí, Diógenes cuando hasta el vaso echó para beber en la cuenca de las manos! . . . Claro es que no era Diógenes precisamente el tipo que cuadraba al caso. Lo verdaderamente admirable, sería poder entrar en el Consejo de Estado. ¡Bastaba con esto! La madre consentiría entonces en las bodas. ¿Pero cómo estudiar, cómo prepararse para las oposiciones en la ciudad? Después de tantas horas de trabajo en el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio, con el ansia loca de correr en las horas libres al lado de la prometida. ¡Imposible! Era preciso un mes de licencia, para alejarse a cualquier sitio solitario... Sí; pero para esto también necesitaba dinero...

Fué milagro que a Pompeyo Lagúmina, no se le saltaran las lágrimas, allí, en presencia de tanta gente, pensando en lo que Sandrina había hecho por él. ¡Ah, pobrecita amada! ¡Quién sabe con cuantos sacrificios había ahorrado las trescientas liras que le dió a viva fuerza para que se alejase y estudiase! . . .

La felicidad, pues, dependía ahora de las oposiciones. De repente, Pompeyo Lagúmina abrió el libro.

—¿Aquí va usted a estudiar? ¿En esta algazara?—se acercó a decirle el abogado Mesciardi, quien para contrariar a la señora Ardelli, que en domingo pertenecía totalmente al marido, miraba las piernas de las señoritas del columpio.

—Tiene usted razón—suspiró Lagúmina.— ¡Aquí no es posible! ¡Nuestro convento está hoy invadido de diablejos!

Y rió. (Otra bella frase, de sabor clásico... ¡eran su fuerte; acudían a su imaginación frecuentemente, como relámpagos, de un modo espontáneo!) Levantóse, con ánimo de internarse en la arboleda que en la empinada vertiente, a aquel lado, cubría todo el monte.

¡Qué delicia, qué sombra, qué frescura!

—¡Ay, ay!

No fué nada: un porrazo. ¡Caramba! Era preciso caminar con cautela sobre aquella sucia y espesa alfombra de hojas. Algún daño se había hecho en el hueso sacro... Pero ¿y el libro? ¿Dónde estaba? ¡Mira, mira! Había rodado hasta allá abajo, hasta aquel tronco.

Lagúmina no tuvo valor para dar un paso más; se había agarrado a unas matas e intentaba alargar un pié. Era preciso llegar hasta el árbol; pero poniendo gran cuidado en no estropearse las narices. Por milagro, en el primer encontronazo, había salvado los lentes. También era cosa divertida andar así, a resbalones. Ahora un árbol, des-

pués otro, de tronco en tronco hasta llegar así al pié del monte.

—¡Muy bien, Pompeyo; ya estás aquí! ¡Pero ahora vamos a ver cómo subes!

—¿Y el libro? ¡Lo había olvidado en el suelo al caer! ¿Quién lo encontraría ahora en la arboleda?

—¡Si no lo encuentro estoy perdido! ¡Arriba, arriba!

Lo encontró por fortuna, después de unas tres horas de afanosa busca; lo encontró, abierto, entre las hojas secas, al pié de un tronco, con evidéntísimas muestras de que un pajarillo se había posado en él para leer, para estudiar, sustituyéndole a él, para digerir de prisa todos los conocimientos aprendidos en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Qué gorrino!

Ganó otra vez la altura, sofocado, descompuesto y desabrochado, en un mar de sudor y con un apetito formidable.

Lunes.

Ante todo, pongamos los libros en su sitio. Las cinco en punto de la mañana: era la hora profijada. Y Pompeyo Lagúmina, satisfecho, se frotó las manos.

¡Caramba! La mesita era demasiado pequeña para tanto libraco como él quería tener a su

vista y al alcance de su mano. Sin embargo, no cabía en la celda una mesa más grande. ¿Qué hacer? ¡Una idea luminosa, como todas las suyas! Colocarlos en el cajón donde los había traído, y éste sobre dos sillas, al lado de la mesita. ¡Ya está!

Y con mucha diligencia, dispuso los libros por materias; después preparó el papel para las notas, sacó punta a un lápiz negro, luego a otro rojo, y luego a otro azul, para ciertos signos suyos especiales (¡recursos mnemotécnicos!). Y finalmente se sentó para emprender aquella gran preparación.

—¡Lagúmina! ¡Señor letrado!

—¡Jesucristo! ¡Ya están ahí los holgazanes!

Pompeyo Lagúmina resopló, sacudiendo al aire, rabiosamente, los puños. El, de buen grado, les hubiera permitido gritar. Pero ¡qué diantre! Constituía una verdadera indelicadeza lo que con él hacían: nadie de ellos ignoraba que no había ido al *Ermitorio* a divertirse.

—¡Padre Lagúmina!

—¡Padre Prior!

—Y dále con el padre prior! No tenía más remedio que responder, porque no hubieran cesado de llamarle. Además hubieran podido sospechar que aún estaba durmiendo. Se asomó pués a la ventana.

—Señores míos: perdonen ustedes... Estoy aquí

estudiando desde las cinco de la mañana... Ya lo saben ustedes...

—¡Yo no sé nada!— gritó el señor Ardelli, montando sobre el asno. —Me voy a la ciudad, y quiero que me acompañen todos los hermanos hasta la salida de la arboleda.

—No puedo, perdóneme— respondió Lagúmina. —Va usted ya bien acompañado... Déjeme estudiar.

—No admito excusas— respondió Ardelli —Por nada del mundo renuncio al prior.

—¡Pero si el prior es el señor Quagliola!

—Pues si soy yo el prior— dijo éste —le ordeno que baje a acompañar a nuestro hermano limosnero.

—¡Bravo, bravo!— aprobaron los demás,

Y Mesciardi añadió:

—Vamos, señor Lagúmina. . Piense usted en que un buen paseito por la mañana despeja la cabeza y aclara las ideas.

—Verdad es— se plegó a decir Lagúmina, por cortesía, y también... porque indudablemente un buen paseito...

No hizo más que asentir, y ya gritaron a coro los desocupados:

—¡Baje, baje!

Ya no podía negarse. Se retiró de la ventana, resopló otra vez, y bajó.

—Pero, señores, les ruego que nos demos prisa— previno.

—El tiempo necesario para bajar y subir la cuesta.

Pero tanto al descender como al trepar, habló con tal abundancia, incitado por los demás, acerca de las grandes dificultades de las oposiciones, que cuando de nuevo estuvieron en el *Ermitorio* ya era la hora del almuerzo.

Pompeyo Lagúmina se mostró inconsolable. Afirmaba que no quería comer.

—¡Una mañana perdida!

—¡Qué importa!—le dijo Mesciardi.—Paciencia; ya estudiará después.

—Sin embargo, ya saben ustedes que es más provechoso el estudio por la mañana—gritó enojado Lagúmina.—¡Déjenme ir, no me entretengan!..

—Si no come usted,—observó con su acostumbrada seriedad flemática Quagliola—le aseguro que no podrá resistir ese enorme trabajo que se ha propuesto. ¿Verdad, señora Ardelli?

—¡Ya comerá el señor letrado!—concluyó ésta.

—No hemos podido prescindir de su alegre compañía; debe usted disculparnos.

—¡Qué dice usted, señora!—exclamó con súbita emoción Lagúmina. —Constituiría para mí una verdadera felicidad disfrutar con ustedes de

estos amables asuetos. Pero bien claramente ven ustedes en qué angustias me encuentro.

—En adelante—añadió la señora Ardelli—no le molestaremos más. ¿Conformes? Pero ahora, coma, se lo ruego yo.

Así es, que aquella mañana, y precisamente por ser grato a la amabilísima señora Ardelli, que con tanta insistencia le rogaba, Pompeyo Lagúmina comió.

Comiendo y charlando, olvidó su enojo y su contrariedad e hizo honor a la cocina; tanto que a duras penas, al terminar, podía levantarse de la silla. ¡A estudiar, a estudiar! Ya no cabía excusa posible.

—¿Ustedes dormirán su siesta, verdad? Yo vuelvo a mis libros; que descansen ustedes.

Y subió a su celda. Iba verdaderamente armado de toda su buena voluntad, y comenzó a estudiar. Pero llevaba en sí, muy singularmente en los párpados, el enemigo invasor: el sueño. Quería resistirle; pero, empeñado en aquella batalla, se dispersaba su atención. Leía sin comprender. Se agitó intranquilo en la silla, y volvió a leer desde la primera página. Y precisamente, al concentrar en la lectura toda su atención, debilitaba el esfuerzo de resistencia. Poco a poco, le invadió el sueño sin que él lo advirtiese; los ojos se le cerraron solos.

Una fuerte sacudida de la cabeza, le despertó

entontecido... Miró alrededor. Vió la cama. ¡Todo era ya inútil! Después de aquella copiosa comida, y con tanto calor, una horita de siesta, una horita nada más, era lo más indicado...

Y se despertó casi de noche.

—¡Dios mío! ¡Qué aspecto tan sombrío el suyo!—le gritó Quagliola desde la esplanada, viéndole a la ventana.—¡Se va usted a matar estudiando, evidentemente!

—Sí, en efecto—refunfuñó Lagúmina, pasándose una mano por la frente y los ojos, como si verdaderamente hubiese estado estudiando hasta entonces, no tanto para que lo creyesen los demás, como por la necesidad angustiosa de engañarse a sí mismo.

—¡Baje, baje! Nosotros ya hemos comido.

—No, más tarde si acaso—respondió Lagúmina.—Ahora he de escribir una cartita.

Y escribió a su querida Sandra que se sentía solo, solo con un perrazo que los viejos frailes no habían conseguido que abandonase la antigua ermita. Y él, en aquella soledad alpina, sentía frío, frío hasta en el alma, tan lejos de ella; y para consolarse estudiaba sin descanso, aún durante la frugal comida que cada mañana le traía un muchacho de una aldea próxima. Sentíase solo en el antiguo refectorio de los monjes, desierto, mientras el viento ululaba fuera, agitaba los árboles añosos de la cumbre, mirado atentamente por el

mastín con sus grandes ojos buenos y llenos de silencio...

Se enterneció hasta llorar, Pompeyo Lagúmina, leyendo su patética carta, sincera en sus mentiras, ya que él, hombre de gran corazón, deseaba ardientemente que fuese verdad todo lo que había escrito. Y bajó poco después a cenar, pensativo, ronco, con un nudo en la garganta.

Ante el horror que la vista de la cama le inspiraba, después de la traición del día anterior, el martes por la mañana, Pompeyo Lagúmina decidió estudiar en la arboleda, a la sombra, tranquilamente. De este modo, nadie le estorbaría.

Escogió el libro que había de llevarse, tomó el cuaderno de los apuntes, y fué.

Poco después de internarse en la arboleda, un grito reprimido le hizo saltar. Pascualillo, con el rostro encendido, relucientes los ojos, se había echado al suelo boca abajo y le miraba con aire suspenso y sonriente.

Lagúmina sonrió también y le preguntó muy serio:

—¿Estorbo?

—No, en absoluto—respondió, bajando los ojos el joven; y añadió:—¿Ha visto usted, allí?..

—No, tranquilícese usted, no he visto nada.

—Digo que si ha visto usted el espectáculo que en la espesura ofrecen ciertos compañeros nuestros.

—¡Ah! ¿De quién se trata?

—Vaya usted a ese lado, y lo verá...

E indicó un punto en la arboleda. Lagúmina, picado vivamente de curiosidad, encaminóse... Pascualillo le alcanzó, diciéndole:

—Despacio, despacio, de puntillas... No sé si están todavía...

—Pero ¿quienes son?—preguntó de nuevo Lagúmina.

—¿No lo ha adivinado usted aún? ¡El señor Mesciardi y la señora Ardelli!

A Pompeyo Lagúmina se le dilataron los ojos.

—Pero ¿es de veras? ¿Hasta tan grave extremo?

Pascualillo suspiró, frunciendo las cejas y afirmando con la cabeza.

—¡Pobre marido!—continuó Lagúmina.—Ahora comprendo por qué le dedicaron ayer tan gran fiesta.

—¡Se la dedican todos los días!—acentuó Pascualillo.

—¡Qué quiere usted que hagan!—exclamó Lagúmina lanzando un gran suspiro.—¡El sitio es tentador, traicionero! El ocio... la estación... El hombre *hic et haec*, es un animal ¿sabe?... Una bestia vil... cede, cede... No hay buena voluntad

que le detenga... ¿Me vé usted a mí? Yo había venido aquí expresamente a estudiar... Y esta noticia me ha trastornado totalmente. ¡Es horrible, horrible, no tanto por la traición que la casualidad nos ha descubierto, cuanto por la convicción que nos trae de la común miseria humana, de la debilidad de nuestra naturaleza, expuesta en general a las circunstancias, propicia al desarrollo de los gérmenes del mal en todas sus gradaciones, desde la falta más leve hasta el delito más monstruoso! ¡Ah, la maldad es en nosotros invencible, invencible!

Y siguió en este tono durante largo rato, deslumbrándose él mismo con los destellos de su propio discurso, y casi embriagándose en su voz, feliz, satisfecho de lo original y profundo de las ideas que tan fácilmente afluían a su mente, abrumando al pobre muchacho que no creía merecer trato semejante.

Cuando pudo recobrase de su aturdimiento, Pascualillo preguntó:

—¿Quiere usted que intentemos sorprenderlos?

Pero Pompeyo Lagúmina había olvidado hasta el origen de su disertación; quería recordar lo que había dicho, y no lo conseguía. ¡Qué desesperación! Así era su inteligencia: relámpagos, relámpagos... Capaz en un momento de asombrar al mundo, y en otro, de quedarse confuso ante un chiquillo.

—¿Vamos?

—Vayamos, pues...

Dieron vueltas por la arboleda como dos sabuesos, durante algunas horas, deteniéndose de vez en cuando, suspensos, ansiosos, al más leve ruido, de una hoja seca que caía a distancia. Pompeyo Lagúmina sentíase animado en aquella busca de un espíritu heroico, como si hubiese de salvar a la humanidad de una grande infamia.

—¡Pobre señor!

Pero por más que buscaron, no consiguieron descubrir a los culpables. Y de este modo, también en aquella mañana sonó la hora del almuerzo sin que Pompeyo Lagúmina hubiese abierto el libro.

\*\*\*

A medida que transcurrían los días, tan estériles, cuando no por esta por aquella causa, el desánimo y el remordimiento, por una parte, y por otra una angustiosa inquietud, crecían en el alma de Pompeyo Lagúmina, ante las oposiciones inminentes. Se le hacían los días tan punzantes y molestos, que no podía hallarse sólo en la celda. Hasta se veía obligado a salir de ella para hablar con alguien y distraerse. La vista de todos aquellos libros, de los que ya habría debido leer, al menos una buena parte, se le hacía intolerable.

ble. Toda aquella enorme masa de ciencia política, jurídica, administrativa, se le acumulaba, surgía ante sus ojos como una montaña inaccesible, oprimiéndole el pecho. Salía desesperado a la esplanada, donde aquellos otros seres, felices en la ombría, disfrutaban sus ocios hablando de cosas pueriles.

—¡Necesito aire! ¡Mi cabeza echa humo!

Y bien comenzaba a hablar vehementemente, para aturdirse, o bien enmudecía taciturno, y poco después se escapaba, subía hacia su celda, a estudiar, animándose a sí mismo. Y abriendo de nuevo los libros, reanudaba la lectura. Sin embargo, apenas tropezaba, en las primeras páginas con alguna dificultad, decaecía; y de nuevo, la ansiedad le asaltaba como si sintiese en el estómago un punzante dolor, una rabia angustiosa, desesperante que le atormentaba cruel, feroz contra sí mismo. Se hubiese dado de bofetadas, se hubiese arañado la cara; y rezongaba, con los codos sobre la mesita, la cabezota entre las manos, agarradas fuertemente a los cabellos.

—¡Qué culpa tiene el pobrecillo!—decía entretanto Quagliola a los compañeros sobre la esplanada, cuando estaba seguro de que su hijo no le podía oír.— ¡Qué culpa tiene él, si es la naturaleza la que le ha dotado de ese cuerpo prepotente que ansia comer y dormir, y que una vez satisfecho no es capaz de percibir ningún conocimiento, aunque

el mundo se viniese abajo! Se le cierran los ojos, y ¡buenas noches! ¿Podría tenerlos abiertos a la fuerza? Cuando no se puede, todo es inútil...

Y por un sentimiento de caridad hacia el prójimo, Quagliola, con sus compañeros, llegábase bajo las ventanas de Lagúmina y le llamaba, para que él pudiese achacar a los demás la culpa de su tiempo perdido, y para ofrecerle también un pretexto de sustraerse sin remordimiento a su martirio.

—¡Necesito estudiar!. . —declaraba cada vez el desdichado, asomándose a la ventana.

—¡Eso está bien, muy bien!— le respondían desde la esplanada Mesciardi, Quagliola o Picinelli. —Pero baje usted un momento... ¡qué diantre! Respiremos unos minutos. Precisamente le necesitamos. Queremos que disipe usted nuestros temores.

Y fingían creer en el esfuerzo de preparación de que él les hablaba, animándole.

—¡Bravo, bravo, señor letrado! ¡Ya hemos llegado a puerto de salvación! ¡Ahora, un ligero descanso!

Pompeyo Lagúmina mostrábase muy agradecido ante el momentáneo alivio que le brindaban tan dulces palabras. Se le henchía el corazón de ternura, y hasta por detrás de los lentes asomaban las lágrimas. (¡Los hubiera besado!) Y, en cambio se irritaba contra ellos, y aún llegaba a

odiarlos, cuando olvidándose de él le abandonaban solo en la celdita sin estorbarle. Se asomaba entonces a la ventana para que le viesan, aunque no le llamasen, y tendía irresistiblemente el oído para sorprender alguna palabra de sus diálogos, murmurando:

—¡Por qué no hablarán más bajo! ¡Animales, egoistas! ¡Bien está que se diviertan durante el verano, pero podrían irse más lejos con sus charlas! ¿No saben que hay aquí un pobre hombre, estudiando hasta matarse?

...

Y así llegó el tercer domingo de aquel mes, precisamente en el cual se inauguraba el juego de las Gracias, con aros y baquetas traídos por el demonio tentador del señor Ardelli, como inocente pasatiempo para los pobres monjes del *Ermitorio*.

Entre las señoritas llegadas aquel día, ninguna mostraba destreza en el juego de las Gracias, y la señora Ardelli no conseguía enseñarles el modo de lanzar el aro para recogerlo después al vuelo con la baqueta. Pompeyo Lagúmina, distraído continuamente por las explosiones de risa de las jóvenes, se había asomado muchas veces furibundo a la ventana. Ni siquiera habían respetado el día festivo, en que él se negaba a concederse vacaciones.

—¡Quiero ver quién puede más!— habíase repetido aquella mañana al levantarse.

¡Pero cualquiera trabajaba con el bullicio de la esplanada!. . Y más de una vez, asomado a la ventana, participando con la mirada, involuntariamente, en aquella nueva diversión, había sentido comezón en las manos, porque a pesar de su miopía era habilísimo en el juego de las Gracias. Por fin no pudo contenerse, y gritó:

—¡Pero si no es así, no es así, señoritas!

Volviéronse todas a mirar hacia la ventana, y la señora Ardelli le rogó insistentemente que bajase a aleccionarlas.

—¡Bajaré, pero cinco minutos tan solo!— accedió Lagúmina.

Hacia ya una hora que, sudoroso y entre las exclamaciones del alegre tropel de señoritas: «¡Así! ¡eso es! ¡allá va!», adiestraba Lagúmina a sus discípulas, cuando al lanzar un aro, entre vivas y aplausos...

¡Fué como un rayo en un cielo sereno!

Pompeyo Lagúmina quedó petrificado, con dos baquetas en alto y el aro, obedeciendo al impulso de la mano que lo lanzaba, fué a insertarse sobre la frente como una corona. Rieron todos, y rió hasta él, intentando dominarse, y corriendo hacia Sandrita y su madre, que le estaban observando muy calladito, con los impertinentes, en la esplanada.

- ¡Que deliciosa sorpresa!
- ¡Embustero!
- ¡Enredador!
- ¡No, no! ¿Por qué dicen ustedes eso?
- ¡Títere!
- ¡Payaso!
- ¡Sandrita, Sandrita mía! ¡Pero óyeme!
- ¡Márchese!
- ¡Avergüéncese!

No quisieron dejarle hablar; se negaron a admitir excusas: apenas abría la boca, le disparaban a quemarropa un insulto, cada una. Después volviéronle las espaldas y bajaron el monte sin descansar siquiera un momento, sin beber tan solo un sorbo de agua.

Pompeyo Lagúmina se encerró en su celdita y se echó sobre la cama largo rato, en lúgubre atonía, de la que él mismo, en cierto instante, llegó a asustarse. En aquél vacío pavoroso, en aquella terrible suspensión de su vida interior, una cruel idea le asaltaba, contra la que él, desfallecido, perdido, no podía rebelarse... Recordó el relato que el señor Lanzi había hecho algunos días antes, acerca del suicidio de un pobre guardia civil que, el invierno último, se había matado arrojándose desde las rocas de aquella montaña, por el lado de poniente... ¡Horrible muerte!

Pero al fin las risas de aquellas señoritas en la esplanada vinieron a sostener su ánimo, y pudo

sustraerse a la espantable pesadilla. Se levantó de la cama, y decidió escribir una larga carta de explicación a Sandra. Sin perjuicio de meditar de nuevo sobre sus propósitos violentos una vez recibida la respuesta de su novia.

Era natural que durante aquellas horas de tremenda espera no pudiese estudiar. ¿Y quién hubiera podido hacerlo, en semejante situación de espíritu?

Descendía angustiado, fúnebre, a comer, sin darse cuenta de lo que hacía. Después, subía a su celda y se lanzaba de nuevo sobre la cama, hallando sólo en el sueño algún alivio.

Dos días después llegó la respuesta, pero no la de Sandrita.

Le escribía la madre, diciéndole que le había bastado a su hija el espectáculo indecente presenciado aquel día para corregirse y otorgarle finalmente su acquiescencia al cuerdo y antiguo consejo de que aceptase la mano de su primo Mimmino Orrei, que inmerecidamente había rechazado ella. Toda relación entre Sandrita y él, quedaba rota para siempre.

Pompeyo Lagúmina se precipitó hacia la esplanada con la carta en la mano. Tenía el alma como ebria de despecho; pero el cuerpo gigantesco triunfaba en la recobrada libertad, como si le hubiesen quitado del pecho un enorme bloque.

— ¡Albricias, señores, albricias! — gritó a sus

desocupados amigos. — ¡Se acabó el estudio! ¡Ya no me presento a las oposiciones! ¡Desde este momento puedo aceptar el cargo de prior! Vamos a ver, camareros: ¿qué dais de comer hoy a esta cofradía de los alegres?

Todos los miércoles grandes aprestos  
de liebres, perdices, faisanes y pavos,  
ternera asada y asados capones,  
y todo delicado manjar...

UN CONVIDADO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desocupados amigos. — ¡Se acabó el estudio! ¡Ya no me presento a las oposiciones! ¡Desde este momento puedo aceptar el cargo de prior! Vamos a ver, camareros: ¿qué dais de comer hoy a esta cofradía de los alegres?

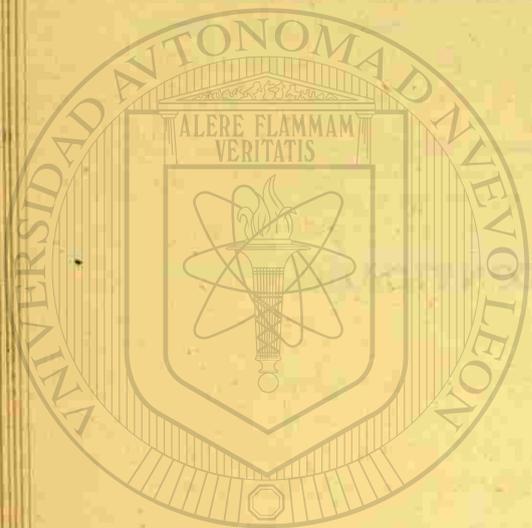
Todos los miércoles grandes aprestos de liebres, perdices, faisanes y pavos, ternera asada y asados capones, y todo delicado manjar...

UN CONVIDADO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Habría bastante?—se preguntaban, mirándose, en la cocina, las tres hermanas: Santa, Elisa y Angélica Borgianni, atareadas desde hacía dos días en la preparación de una comida señorial.

Santa, la menor de las tres, era más alta que Angélica; y Angélica, era más alta que Elisa, la mayor en años. Las tres, además, opulentas de pechos y caderas, rivalizaban con sus hermanos en fuerza hercúlea y estatura colosal.

—¡La familia Borgianni se compone de ocho columnas!—solía decir Mauro, el menor de los hermanos y de la familia.

Total: tres hembras, y cinco varones: Rosario, Nicolás, Titta, Lucas y Mauro, por orden de edad.

Rosario y Nicolás, atendían las faenas del campo; Titta, cuidaba de la mina de azufre, cerca del pueblecillo de Aragón; Lucas, era contratista de obras públicas de casi toda la comarca; Mauro, apasionado cinégeta, se dedicaba a la caza.

Rosario Borgianni, era famoso por sus juveniles furores de bestia selvática. Se referían de él las más temerarias aventuras en los nefandos tiempos del bandolerismo, naturalmente aumentadas y embellecidas por la fantasía popular. Hasta se afirmaba que un día, afrontó, sólo, a una docena de bandoleros, entre los más sanguinarios, y los había matado a todos. ¡Exageraciones! Solo había matado cuatro: dos en su mismo predio, y los otros dos, a lo largo del camino, que, desde Comitini, baja a Aragón.

También de Mauro se contaban asombros. Por ejemplo: un día, cazando, cayó desde el monte de las Horcas; rebotó tres veces sobre otros tantos salientes, y a cada rebote, con la escopeta en alto, exclamaba del modo más natural:

—¡Por fortuna soy un excelente bailarín!

A pesar de esta habilidad, se fracturó la piera derecha y sufrió una ligera conmoción cerebral, él, que a decir verdad, de cerebro jamás había estado completamente sano.

Otra vez, cazando, descubrió tres o cuatro estorninos sobre el lomo de algunos bueyes que pasaban en un declive. Inclinado, quedamente, se

acercó; y apenas estuvo a tiro, ¡pum! un escopetazo. Brinca desde las zarzas, dado a todos los diablos, el bueyero.

—¡Alto ahí!—le grita Mauro, puesto en guardia.—Si das un paso más, te dejo boca arriba.

—Pero ¿qué hace usted, señor Mauro? ¡Son mis bestias!

—¿Pero no sabes, animal, que yo disparo donde veo caza?

—¿Hasta sobre el lomo del ganado?

—¡Hasta sobre la cabeza del Niño Jesús, si confundiese el Espíritu Santo con un palomo!

...

Había tanta comida como si se esperase lo menos treinta invitados; y sin embargo, invitado no había más que uno, y ni aún se sabía quién era. Sabíase solamente, que debía llegar de Comitini, y que se le debía esta comida a título de gratitud, por la hospitalidad prestada al hermano Lucas, el contratista, escondido desde hacía quince días.

¿Un homicidio? Sí... No... Casi... Se le había adjudicado a Lucas Borgianni la construcción de la carretera entre Favara y Naro. Una noche, después del trabajo, al regresar a caballo, y en cierto paraje del camino, había visto una sombra que se alargaba amenazadora, proyectada sobre el

blanco balasto al claror de la luna. Sin duda, acechaba algún encapuchado. Afortunadamente, Lucas lo había descubierto; o mejor dicho, había descubierto la capucha. Le había parecido que el bribón se agazapaba para resguardarse de la luna, que subía lentamente trás la colina.

—¿Quién vive?

Silencio.

¡Trac, trac! Arriba, por precaución, los gatillos. Un grillo comenzó a cantar.

Entonces, Lucas, de nuevo, deteniendo el caballo:

—¿Quién vive?

Silencio. Solo canta el grillo.

—¡Si a la de tres—grita por fin Lucas, palideciendo—no respondes, puedes hacer la señal de la cruz! Uno.

La sombra permanece inmóvil.

—¡Dos!

Y allí, la sombra continúa impasible. Silencio. Solo canta el grillo.

—¡Tres!

Y un escopetazo. Algo salta por los aires; y entonces, Lucas se lanza al galope. Cuando llegó a casa, no le quedaban alientos. Sus hermanos y hermanas lo rodearon.

—¡Escondedme, escondedme!

—¿Por qué? ¿Estás herido?

—No... he matado...

—¿Tú? ¿A quién?

—A uno. No sé... Con la escopeta... ¡Escondedme!

Cogiéndolo sus hermanos, con todo su peso, de momento, lo bajaron a la bodega. Entretanto, Mauro había salido de casa, para averiguar si ya en el pueblo se propalaba algo acerca del homicidio. Rosario y Titta habían esperado impacientes que Lucas, en la bodega, se repusiese un poco para conducirlo fuera, a lugar más seguro; habían pensado ya en el refugio: en casa de un compadre suyo de Comitini, donde Lucas iría aquella misma noche, a caballo, por las afueras del pueblo. Nicolás, armado hasta los dientes, salió para vigilar por los alrededores del sitio designado por su hermano, e indagar lo que hubiera del asunto. Finalmente, Lucas pudo ponerse en camino. Y al día siguiente, al alba, regresó Nicolás.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Nada! Solo he encontrado un capote con el capuchón, por tierra. Seguramente, el herido, arrastrándose, ha llegado hasta el pueblo, dejando allí el capote agujereado por muchos sitios... Lucas dispara como el mismísimo Dios. Debe haberlo herido mortalmente, a juzgar por las huellas... ¡No me explico lo ocurrido! ¡Dos agujeros así de grandes en el capuchón, esto es, en la cabeza!... ¡Debe haberlo matado!

Pasaron tres días de angustiosa espera. No se sabía nada en el pueblo, ni en los pueblecillos cercanos se tenía noticia de ningún herido ni de ninguna muerte violenta. Al cabo de dieciseis días vino a saberse que un campesino, trabajando en aquellos contornos, se había servido como percha de un mojón del camino; había puesto sobre el mojón, el capote, dejándolo allí por la noche, al regresar, olvidado. Lucas había disparado contra el mojón, confundiendo con un encubierto.

\*\*\*

Ya estaba la comida dispuesta desde la víspera, sobre larga mesa, en medio de la estancia: un pálido lechoncito, festoneado de laureles, y relleno de macarrones, en una cacerola, para enviar al horno; siete liebres desolladas, con un ribete de tordos cazados por Mauro; dos pavos de espléndida pechuga; pies de buey con gelatina; un corderito; tripa y colete en pedazos; un gran pescado en salsa; una enorme torta, y después, un sin fin de botellas y fruta en respetable cantidad.

¿Habría bastante?

Titta decía que sí; Mauro, decía que no, y echaba cuentas:

—Nosotros somos ocho, y con el convidado, nueve; el criado y la criada, once. Y a Dios sean da-

das las gracias, cada uno de nosotros come por cuatro, conque...

—¡No pases cuidado: nuestro huésped, no padecerá!—aseguraba Titta.

Esta conversación ocurría sobre la media noche, alrededor de la mesa. Hermanos y hermanas habían abandonado la cama silenciosamente, empujados por un mismo deseo de contemplar el efecto que producía la comida, dispuesta; y de este modo, habían acudido, uno tras otro, en camisa, con una bujía en la mano, como sombras noctámbulas. Entre Titta y Mauro, se encendió poco después una disputa. Mauro blandió una liebre y amenazó a su hermano. Enzorzáronse los dos.

—¡Una mazurka, una mazurka!— exclamó en aquél momento Angélica, oyendo por fortuna mandolinas y guitarras de una serenata, en la calle.

—La Nocturna— exclamó Santa al mismo tiempo, palmoteando y agarrándose a su hermana, para bailar, las dos en camisa.

Los demás siguieron entonces el ejemplo: Elisa se echó en brazos de Titta; Rosario hizo pareja con Nicolás, y Mauro, que se había quedado sin compañero, comenzó a bailar también él alegre, riente, sin soltar la liebre cuyas orejas sacudíanse en el movimiento.

\*\*\*

Nadie, en los primeros momentos, entre los apretones de manos, los abrazos y los besos y las preguntas a Lucas, la más alta columna de la familia, reparó en un hombrecillo de incierta edad, oprimida la cabeza en un enorme sombrero, hundido hasta la nuca, pero apuntalado a ambos lados por las orejas, dobladas por la opresión. El pobrecillo parecía conmovido ante las expansiones de afecto de aquellos ocho colosos, entre los cuales no había una sola mirada para él, ya todo turbado y tan pequeñito, que no llegaba siquiera (sombrero inclusive) a los hombros de Elisa, la más bajita de las hermanas.

—¡Esperad un poco: os presento a Don Diego Filinia, conocido por «Jilguerillo»—dijo por fin Lucas acordándose. Y le puso una mano sobre los hombros, con aire de protección, sonriendo.

—¡Dios mío, que pequeñito es!—exclamaron entonces a coro, descubriéndole, las tres hermanas.—¿«Jilguerillo?».

—Es mi apodo... ¡Como soy así!...—dijo Don Diego, quitándose de la cabeza el gran sombrero y sonriendo con apurada humildad.

Todos lo miraron con ojos llenos de profunda conmiseración, descubierta, sin un solo cabello sobre el lucido cráneo oval, protuberante, y no encontraron palabras que decirle. ¡Oh, desilusión! ¿Aquél era el invitado? ¡Vamos. . . ! ¡De haberlo sabido antes. . . !

—¿Por qué llora?—preguntó Angélica, después de haberlo observado largo rato con gesto de repulsión y lástima.

—¿Llora usted?—dijo Lucas, volviéndose, inclinando el cuerpo y mirando desde muy cerca la cara del diminuto invitado.

—No lloro, no—respondió D. Diego en el acto de llevar a su ojo derecho un gran pañuelo de hierbas. —Cuando veníamos, se me ha metido una brizna en este ojo... No lloro.

—¡Ah. . . !—exclamaron, tranquilizados, los colosos.

Don Diego, de los ojos se llevó el pañuelo a la nariz, levemente, como para recibir una lágrima.

—Quítese usted el gabán! . . —le indicó Santa.

—No, no. Permítame que esté así,—gimió Don Diego. —Si ¡Dios me libre! comienzo a estornudar, llego hasta la centena. Por eso no me desabrigo nunca.

Y suspiró.

—Si, si...—dijo embarazado por el silencio de los demás, frotándose continuamente las manos y con la mirada baja.

Nadie se decidía a hablar, y aquella perplejidad hacía de minuto en minuto más penosa.

—Le estamos muy agradecidos—dijo finalmente Lucas—por la cortesía y los favores que de usted he recibido, durante mi estancia en Comitini.

—¡Se lo agradecemos todos de corazón!—añadió entonces Rosario, tendiendo una mano al huésped.—¿Cómo se llama... Jilguerillo?

—Lo hecho no merece la pena: me llamo Filinia,—dijo Don Diego sonriendo, humildemente.

—Haga usted cuenta de que está en su casa,—añadió Nicolás, estrechando a su vez la mano del invitado y mirando a los demás hermanos como para decir: —«Ahora os toca a vosotros: yo ya he cumplido»

Titta y Mauro, uno tras otro, siguieron el ejemplo e hicieron una reverencia, avanzando con paso militar y estrechando después del cumplimiento la mano de Don Diego, quien no supo de ningún modo, abandonar su: «De nada, de nada» como contestación.

Las tres desilusionadas hermanas no consiguieron sacarle una palabra más de la boca.

Se habló, después, del suceso, por el que Lucas se había ocultado.

—¡Qué mojón!—exclamó éste colérico.—¡Era un hombre de carne y hueso, apostado! ¡Si al escopetazo oí un grito con estos mismos oídos! ¡Quisiera saber ahora quién es el bufón que ha echado a volar esa historieta! ¡Ya le diría yo si es lícito reirse a costa de Lucas Borgianni!

—¡Basta, basta. . !—dijo Rosario.—No nos importa quién lo ha dicho. Sea quién sea, se ha di-

cho. No se hable más de ello. Hoy no hay que pensar más que en divertirnos.

Don Diego aprobó con la cabeza, no porque se prometiese una distracción, pobrecillo, entre aquellos ocho gigantes, sino para evitar todo motivo de disputa. ¡Nadie sabe lo que puede sobrevenir!

Esperando que les llamaran a la mesa, Rosario y Nicolás comenzaron a discurrir con el invitado sobre cosas del campo, de los buenos y de los malos años. Don Diego, con su humildad, lo dejaba todo a la voluntad de Dios, pero esta abdicación, en cierto momento, hizo salir de sus casillas a Nicolás.

—¡Qué voluntad de Dios! ¡Aquí son necesarios brazos de hombre para la tierra! ¡Brazos como estos, mire usted, «Jilguerillo»!

Y mostró a Don Diego en tensión y con los puños cerrados, los brazos hercúleos, como si fuese en él costumbre tratar la tierra a puñetazos para obligarla a que todos los años rindiera más de lo que debía.

—¡O estos otros aunque parezcan fatigados y viejos!—exclamó Rosario mostrando los suyos.®

Entonces, Titta y Mauro también quisieron mostrar sus brazos arremangándose la chaqueta y la camisa. El pobre Don Diego se vió bajo la nariz, apuntados, ocho nervudos brazos, capaces de desnucar a ocho bueyes.

—¡Ya lo veo, ya lo veo!—decía a cada uno,

mirándoles los brazos y sonriendo con una maravilla mezclada de consideración.

—¡Toque usted, toque usted!—intimáronle los hermanos Borgianni.

Y Don Diego tocó, poco a poco, con un dedo tembloroso, mientras con la otra mano se llevaba el pañuelo a las narices por miedo a que no destilara alguna gota (¡Dios me libre!) sobre aquellos brazos.

—¡A la mesa!—vino a anunciar Santa indolentemente, sin sombra de entusiasmo.

—«Jilguerillo», a la mesa—gritó Mauro.—No se preocupe. Ya crecerá... Ha de comer usted tanto que no le va a ser posible salir por esta puerta. Ya lo bajaremos a usted encinchado y repleto, por una ventana.

—¡Yo como muy poco!—anticipó Don Diego, previniéndose.

—¿Cual es el sitio del invitado?—preguntó en voz baja Titta a sus hermanas.

—Entre Rosario y Elisa—propuso Mauro.

Elisa se rebeló:

—Nosotras tres nos sentaremos juntas.

Don Diego tomó asiento entre Rosario y Nicolás. Y apenas los ocho Borgianni se sentaron a la mesa, llenáronse de vino los grandes vasos para el agua.

—¡Por la señal de la Cruz!—dijo Rosario, solemnemente.

—¡Y al coletto!

—¿No bebe usted, Don Diego?—preguntó Titta.

—¡Nunca antes de la comida, muchas gracias!—se excusó el huésped, tímidamente.

—¡Vamos, hombre, esto no es más que para abrir el apetito!—le sugirió Nicolás, poniéndole en la mano el vaso.

Entonces, Don Diego se lo llevó a los labios, por cortesía, y penosa y cautamente, le hizo una coronilla, de un sorbo.

—¡Arriba, arriba, todo!—le incitaron los ocho Borgianni.

—¡No puedo, no puedo, muchas gracias!

Mauro se levantó de la silla.

—¡Yo le convenceré! ¡Dejadme!—Cogió con una mano el vaso y con la otra, la cabeza de Don Diego, y, diciendo: —¡Permitame que le sirva!—le vació el vaso en la boca, al pobrecillo, que en vano se resistía.

—¡Dios mío!—sollozó, poniéndose en pié Don Diego, casi ahogado, con los ojos llenos de lágrimas. —¡Dios mío!

Se enjugó el sudor de la frente, entre las risas de los comensales.

—¡Miradlo! ¡Se le ha salido el vino por los ojos!—observó Angélica, burlescamente.

Llegó a la mesa el lechoncito relleno. Rosario se puso en pié; trinchó el animalillo, dándole el trozo más grande a Don Diego.

—¡Demasiado... esto es demasiado!—dijo éste con el plato en la mano.

—¿Qué demasiado?—exclamó Nicolás. —¡No hay ni para comenzar!

—¡Con la mitad tengo bastante, se lo ruego!—insistió Don Diego. —No tengo costumbre... Yo soy un hombre muy parco...

—¿Parco? ¡Pues esto es carne de puerco! ¡Coma usted!—gritó Mauro, levantándose otra vez de la silla.

Don Diego, asustado, inclinó la cabeza sobre el plato y se puso a comer, sin decir palabra.

Comieron aquel primer plato en silencio, todos. Solo de vez en cuando, y apenas el invitado intentaba dejar furtivamente el tenedor:

—¡Coma usted!—le repetían los colosos.—¡Cómaselo usted todo!

—Ahora ya, ¡créanlo ustedes! no me es posible comer más—protestó Don Diego con alguna energía, después de haber apurado aquella ración, exhalando un gran suspiro de descanso.—¡He puesto, como suele decirse, una pica en Flandes!

—¿Qué está usted diciendo?—replicó vivamente Mauro.—¡Si apenas hemos comenzado!

—Todo está muy bien para ustedes...—observó sonriendo Don Diego,—robustos y capaces ¡Dios los bendiga! Yo no puedo.

—¿Pero por quién nos ha tomado usted?—se rebotó Titta, frunciendo las cejas.—¿Cree usted,

acaso, que nosotros convidamos a nadie a un solo plato? Siga usted comiendo, que ese es su deber. Nosotros estamos cumpliendo el nuestro.

—¡No he querido ofenderles!—se excusó apresuradamente don Diego.—Digo, solamente, que yo...

—¡Usted comerá!—le atajó Rosario.—¡Ahora viene la caza de Mauro!

—¿Una liebre y cinco tordos para mí?—exclamó aterrado don Diego.—¡Usted se equivoca, señor mío! ¡Tenga usted piedad! ¿Cómo puede imaginarse que yo?..

—¡No me venga usted con cuentos!..—dijo Nicolás, con gesto concluyente.

—¡Pero fíjense ustedes!—respondió don Diego.—¿Cómo es posible? ¿Dónde meto todo esto? ¡Supongo que no querrán ustedes que deje aquí la piel!..

—¿Qué es eso de la piel?—preguntó Rosario.—No tiene usted por qué dejar nada: la liebre está desollada...

—¡No! ¡Si digo mi piel! ¿Dónde voy a meter una liebre?

—Y los cinco tordos que tiene en el plato.

—¡Eso por añadidura! ¡Ni que tuviera la solitaria! Me comeré los tordos, solamente!

—¡Cá!..—prorrumpió Mauro, blandiendo un muslo de liebre que, de vez en cuando, apretaba entre los dientes, palanqueando. ¡Esto lo he ca-

zado yo! ¡Durante algunos días me he molido los huesos por usted! ¡Si no se lo come, creeré que es una ofensa que me infiere, personalmente!

—¡No se enfade, no se enfade! ¡Probaré... probaré!...

Y, para sí, el pobre don Diego encomendó su alma a Dios misericordioso.

Comiendo, el sudor comenzó a caerle de la frente. De vez en cuando, levantaba apenas los ojos y miraba a aquellos ocho demonios escapados del infierno, que jamás acababan de tragar vino y más vino y...

—¡Dios mío, ayudadme!—gemía en voz baja. La comida no tenía fin. Don Diego hubiese querido llorar, revolcarse por el suelo, de desesperación, arañarse el rostro, desencajadas sus mandíbulas por la rabia. ¿Por qué aquella crueldad? ¡Nerones, Nerones! Pero ni siquiera le quedaban fuerzas para apartar el plato: cuchillos, vasos, botellas, todo daba vueltas ante sus ojos, como en remolino, y los oídos le zumbaban y los párpados se le cerraban, solos; mientras, los ocho Borgianni, ya borrachos, aullaban, gesticulaban como energúmenos, levantándose, sentándose, injuriándose recíprocamente.

Si don Diego apartaba un poco el plato, como diciéndose a sí mismo: «No puedo más, no puedo más»,—los ocho gigantes erguíanse con los cuchi-

llos en la mano, y los dos más cercanos le amenazaban, poniéndoselos en la garganta y gritando:

—¡Coma, coma, señor imbécil, que para usted hemos hecho el gasto!

No era ya don Diego de este mundo, cuando vió reparacer, con sus ojos entreabiertos, algo así como una piedra de afilar. Insinuó una vana tentativa para levantarse y huir.

—¡Dios mío! ¡Me han atado a la silla!—y se echó a llorar.

No era verdad que lo hubiesen atado; pero a él así le parecía. ¡Pobre don Diego!

Rosario irguió toda su talla con el trinchante en la mano. A don Diego le pareció que llegaba con la cabeza al techo, y que tenía en las manos un hacha para ajusticiarlo.

—¡La mitad, para don Diego!—gritó Rosario, cortando por la mitad la enorme torta que al misero le había parecido una piedra de afilar.

—¡La otra mitad, para los vecinos!—propuso Angélica.

—¿Y para nosotros?—preguntó Mauro.—Y para nosotros ¿nada? ¡Yo quiero la parte que me toca!

Lucas surgió en favor de la proposición de Angélica.

—¡Para los vecinos, para los vecinos!

Don Diego estaba pendiente de aquella disputa, aterrado.

—¡Pues, entonces, yo tomo lo mío, porque me dá la gana!—prorrumpió Mauro, levantándose y poniendo la mano sobre la torta.

Pero Lucas fué más diligente; cogió la torta, y seguido de la familia, entre los gritos, los tiros, los empujones, fué a echarla por la ventana. Siguió una batalla campal. Hermanos y hermanas se agarraron por los cabellos: gritos, puñetazos, bofetadas, arañazos, sillas por el suelo, botellas, vasos, platos en pedazos, el vino derramado sobre el mantel: un terremoto. Rosario se puso en pié, sobre una silla y gritó tronituante:

—¡Qué vergüenza! ¡Qué espectáculo! ¡Sin recordar que hay un invitado!

Ante tan fieras intimaciones, algunos de aquellos energúmenos se detuvieron como por encanto. Buscaron con sus miradas al invitado. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido?

Sobre la silla se veía un abrigo; bajo la mesa un par de zapatos. El desgraciado se había escabullido, descalzo, para correr más fácilmente.

—¡No ha estado mal la comida!—decíanse poco después los ocho Borgianni, ya sosegados. Todo fué bien: sólo ha faltado la fruta...

IN CORPORE VILI

—¡Pues, entonces, yo tomo lo mío, porque me dá la gana!—prorrumpió Mauro, levantándose y poniendo la mano sobre la torta.

Pero Lucas fué más diligente; cogió la torta, y seguido de la familia, entre los gritos, los tiros, los empujones, fué a echarla por la ventana. Siguió una batalla campal. Hermanos y hermanas se agarraron por los cabellos: gritos, puñetazos, bofetadas, arañazos, sillas por el suelo, botellas, vasos, platos en pedazos, el vino derramado sobre el mantel: un terremoto. Rosario se puso en pié, sobre una silla y gritó tronituante:

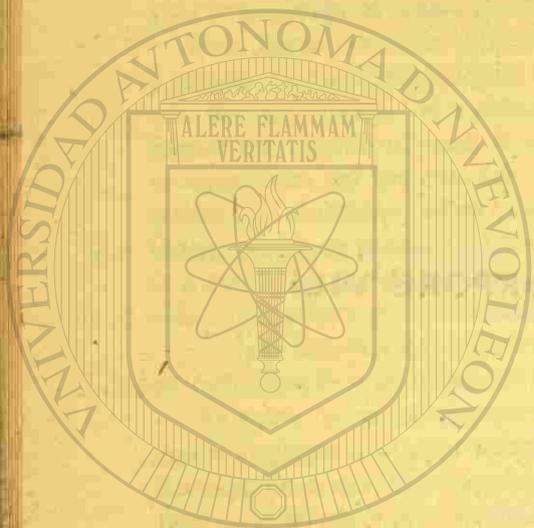
—¡Qué vergüenza! ¡Qué espectáculo! ¡Sin recordar que hay un invitado!

Ante tan fieras intimaciones, algunos de aquellos energúmenos se detuvieron como por encanto. Buscaron con sus miradas al invitado. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido?

Sobre la silla se veía un abrigo; bajo la mesa un par de zapatos. El desgraciado se había escabullido, descalzo, para correr más fácilmente.

—¡No ha estado mal la comida!—decíanse poco después los ocho Borgianni, ya sosegados. Todo fué bien: sólo ha faltado la fruta...

IN CORPORE VILI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# U A N I I

Cosme, el sacristán de Santa María la Nueva, había puesto de centinela a sus tres chiquillos en los tres distintos mercados de la ciudad, para que corriesen a llamarle apenas descubriesen desde lejos, a la cojitranca Abundia, vieja ama del padre Ravaná.

Desde la pescadería, aquella mañana, el tercero de los rapaces, llegó jadeante :

—La Abundia, papá, la Abundia.

Y Cosme echó a correr.

Sorprendió a la vieja ama a tiempo que con el pescadero ajustaba un puñado de cangrejos.

—¡Márchese usted de aquí, en seguida! ¡Demonio de la tentación!

Y volviéndose al pescadero:

—¡No le haga usted caso! ¡Le han ordenado que no compre cangrejos!

Abundia púsose las manos sobre las caderas, sacando los codos, en actitud retadora; pero Cosme no le dejó tiempo para la réplica; le dió un empujón y abalanzóse hacia ella, con los brazos levantados, repitiendo:

—¡Váyase usted al diablo, le digo!

El pescadero tomó entonces el partido de la cliente, que se desgañitaba.

Acudió gente de toda la pescadería, a sujetar a los adversarios, que ya venían a las manos. Cosme gritaba furibundo:

—¡No, no, no quiero que el padre Ravaná coma cangrejos! ¡No puede ni debe comerlos! ¡Y que se lo diga de mi parte! ¡Es ella, la que lo incita, como el demonio, y hace todo lo que puede para arruinarle el estómago!

Por fortuna, pasó en aquel momento por la pescadería el mismo padre Ravaná.

—¡A propósito! ¡Venga, venga usted!—gritó Cosme al verlo.—¡Diga usted si ha encargado al ama que compre cangrejos!

Tembló el padre Ravaná, carigordo, palideciendo con una sonrisa nerviosa. Y balbució:

—¡Yo... verdaderamente!..

—¿Cómo que no?—exclamó Abundia, dándose un puñetazo sobre el huesudo pecho, asombrada,

estupefacta.—¿Se atrevería a negarlo en mi propia cara?

El padre Ravaná la reprendió, enfurecido.

—¡Cállese, bachillera! ¿Le he dicho yo que comprase cangrejos? ¡Yo le he dicho que trajese pescado!..

—¡No, señor; cangrejos, me ha dicho usted!

—¿Pero pescado o cangrejos, no es todo uno?—gritó entonces Cosme, poniéndose entre el ama y el cura, mientras toda la gente reía.—¡Cocido, caldo y leche! ¡Leche, caldo y cocido! ¡Y nada más! ¡Así se lo ha ordenado el médico! ¿Lo oye usted? ¡Y no me haga usted hablar más, Santo Dios!

—¡Cálmate, buenazo: tienes razón, hijo mío!—se apresuró a decirle el padre Ravaná, confundido y mortificado.

Y volviéndose al ama:

—¡Váyase usted a casa! El cocido de costumbre...

Los espectadores acogieron estas órdenes con nuevas y más fuertes risotadas, y el padre Ravaná se abrió paso entre el gentío, con forzada sonrisa, diciendo a unos y a otros:

—¡Es muy bueno este Cosme! Es preciso soportar a este bueno de Cosme: lo hace por mi bien... Si, si... ¡Dejadme pasar, hijos míos! ¡Tanta gracia de Dios aquí y yo... cocido, caldo y leche, in-

fortunadamente! Así lo ha ordenado el médico... Si. No debo comer otra cosa. Cosme tiene razón.

## II

—¡Pse, mira!—dijo en voz baja, delante del altar, el padre Ravaná, bajando los ojos, al sacristán, cuando le vertía el agua y el vino en el cáliz. —Está en la iglesia el doctor Nicastro... Ahí, cerca de la balaustrada... ¡Estate quieto! ¡No te vuelvas, burro!. . . Está a la derecha... Cuando puedas, hazle señas para que se quede después de la misa y entre en la sacristía.

Cosme frunció las cejas, palideció, y apretó los dientes, para refrenar un ímpetu de ira.

—¿Qué cenó usted anoche? ¡Dígame la verdad!

—¡Cállate, mal educado! ¡Delante del Santísimo Sacramento!. . .—le reprendió el padre Ravaná, no muy quedo, volviéndose a mirarlo severamente.

Desde la primera fila de bancos, se oyó la reprimenda del sacerdote al sacristán, y se extendió durante un instante por la iglesia un murmullo de protesta contra el pobre Cosme, que se encendió como una brasa, temblando todo él de rabia y de vergüenza. No sabía ya donde poner las vinajeras, de tan revuelta que tenía la bilis.

Cuando terminó la misa, siguió al padre Ravaná a la sacristía, cejijunto y refunfuñando. Poco después entró el doctor Liborio Nicastro, bajito,

viejísimo, encogido por los años. El ala del sombrero le llegaba casi hasta la espalda. Vestía a la antigua, y llevaba barba a la marinera.

—¿Qué ocurre, padre Ravaná?—preguntó gangoso y con un frecuente abrir y cerrar de sus párpados canosos.—¡Tiene usted una cara, que Dios se la conserve!

—¿Sí?

El padre Ravaná, miró un momento perplejo al médico, como inquiriendo si debía o no creerlo; después, con voz irritada, como si se lamentase de una injusticia cometida con él, respondió:

—¡Pero este estómago, doctor Liborio de mi alma, este estómago, no quiere hacer bondad! ¿Sabe usted?

—¡Es claro!—bufó Cosme, volviéndose a mirar a otra parte.

El padre Ravaná le fulminó con una mirada.

—¡Siéntese usted, siéntese, padre Ravaná!—añadió el doctor Liborio.—¡A ver, la lengua!

Cosme, con los ojos bajos, trajo una silla al padre Ravaná. El doctor Nicastro sacó flemáticamente las gafas del estuche, se las ajustó sobre la nariz y le miró la lengua.

—¡Sucia!. . .

—¿Sucia?—repitió el padre Ravaná, escondiéndosela enseguida, como si la voz del doctor obrase como un cauterio.

Cosme soltó, pero esta vez por la nariz, otro

resoplido. La bilis le hervía en el hígado. Tenía cerrados los puños y apretados los labios. Pero por fin, prorrumpió:

—¿De qué le sirve, pues, ese tártaro... como dicen ustedes?

—Sí, emético, hijo mío—confirmó placidamente el doctor Nicastro, entregándole la receta al padre Ravaná y guardándose en un bolsillo el cuadernito de las recetas.—*Si applicata juvant, continuata sanant.*

No se refería al caso: pero era latín y bastó para tapan la boca al pobre sacristán.

—¿Continuamos con lo de costumbre?—preguntó éste, pálido, cejijunto, apenas se fué el médico.

El padre Ravaná, abrió los brazos, sin mirarlo y dijo:

—¿No lo has oído?..

—¡Entonces,—añadió Cosme, fúnebre—voy a decírselo a mi mujer!.. Déme usted el dinero para el medicamento y márchese a casa. Voy enseguida.

### III

—¡Ay!. —exclamaba a cada peldaño.—¡Ay, ay!..

Abundia oyó aquel lamento por la escalera y corrió a abrirle al padre Ravaná.

—¿Se siente mal?

—¡Malísimo, malísimo! ¡Márchese a la cocina! Ahora mismo llegará Cosme. Si no la llamo, no salga. ¡A la cocina!

Abundia fué a esconderse, gruñendo.

El padre Ravaná entró en su habitación; se quitó la sotana, y quedóse con su aflojado pantalón y su enorme chaleco, en mangas de camisa, y comenzó a pasear, haciéndose amargas reflexiones.

Le remordía la conciencia. ¡No cabía duda! Dios misericordioso le concedía la gracia de ponerle a prueba por medio de aquel diablo cojo, disfrazado de mujer, y él, ingrato, no sabía aprovecharse.

—¡Ah!—exclamaba con intensa exasperación, deteniéndose de vez en cuando y agitando en el aire sus puños.

El escaso y pobre mueblaje parecía en aquella habitación como perdido sobre el amplio y desnudo pavimento de viejos ladrillos de Valenza, aquí y allá rotos y dispares. En la pared, a la derecha, estaba la limpia cama sobre unos caballetes de hierro, al descubierto; en la cabecera, un antiguo crucifijo de marfil, con la pátina amarilla de los años. (Aquel día, los ojos del padre Ravaná no osaban levantarse para mirarlo.) En un ángulo, cerca de la cama, una vieja escopeta, y, colgadas a las paredes, algunas gruesas llaves: las de la casa de campo.

¡Tin, tin, tin!

—¡Ya está ahí el pobre Cosme! ¡Es puntual! . . .  
Y fué él mismo a abrirle.

—Ante todo, por caridad,—previno Cosme desde el umbral,—se lo ruego: no quiero ver a ese adefesio! . . . ¡Ella tiene la culpa de todo! Aquí está el medicamento ¡Tráigame una cuchara!

—Sí, sí, voy,—dijo humilde y apresurado el padre Ravaná.—¡Gracias hijo mío: tú me devuelves la vida! ¡Entra, entra en la habitación! . . .

Volvió poco después, pálido y tembloroso, con la cuchara en la mano.

—La he regañado ¿sabes? Está llorando en la cocina... Tienes tú razón, hijo mío: suya es la culpa. ¿Oíste ayer la orden que le dí en el mercado? Pues bien: mientras sudaba ¡Dios sabe cómo y cuánto! para poder tragar aquella especie de estopa que el médico me prescribe, la veo entrar ¿sabes? tentadora, en el comedor, como ocultando con una mano un hermoso plato de... ¿Qué hubieras hecho tú?

—¡Me habría comido los cangrejos!—respondió seria y secamente Cosme—Pero después, hubiese pagado yo solamente el pecado de gula: no se lo hubiera hecho pagar a un pobre inocente...

El padre Ravaná cerró los ojos, herido, y exhaló un largo suspiro.

Decía bien, Cosme: era una barbarie hacerle

tomar a él el tártaro emético cada vez que para el padre Ravaná lo ordenaba el doctor Nicastro. Porque al padre Ravaná le bastaba presenciar los efectos del medicamento en el cuerpo de la víctima para obtener idénticos resultados, por la sola virtud del ejemplo. Barbarie, sí; ¿pero ignoraba acaso Cosme, cuantas veces el pensamiento de esta barbarie contenía al padre Ravaná, en sus tentaciones? Necesitaba de él como freno, el padre Ravaná, por el remordimiento que le suscitaba verle sufrir ante sus propios ojos, injustamente, y para triunfar de las tentaciones de su carne pecadora. Muchos eran los beneficios que Cosme había recibido de él, y en cambio, ¿qué le exigía? Este solo sacrificio por la salud, no tanto del cuerpo como del alma. Sin embargo, cada vez, la vista de aquel suplicio, al que la víctima se sometía sin rebelarse, le trastornaba totalmente. El remordimiento, la vergüenza le sacudían con tal ímpetu, que el padre Ravaná se hubiera arrojado por la ventana.

—¿Qué hace usted, llora?—le dijo Cosme.

—¡Vamos, vamos, lágrimas de cocodrilo!

—¡No!—gimió con sincera aflicción el padre Ravaná.

—Bueno, bueno: tumbese en la cama y míreme: voy a tomar la primera cucharada.

El padre Ravaná se tumbó sobre la cama, con los ojos lacrimosos y el semblante contraído por

la pena. Cosme puso un cazo sobre el infernillo, para tener pronto agua tibia; después, cerrando los ojos, se tragó la primera cucharada del medicamento.

—¡Ya está!. . . No me compadezca, por piedad se lo pido! ¡Cállese o hago alguna locura!

—Sí, me callo, me callo, hijo mío, tienes razón. Hablemos de otra cosa... Mañana ¿sabes? si el tiempo lo permite y estoy mejor, me iré al campo... Ven tú también y trae contigo a tus hijos y a tu mujer, para tomar un poco de aire: no os preocupéis de nada... ¡Mal año, Cosme, pero... Dios nos castiga de tantos pecados como cometemos! Se ha agotado ya la paciencia divina, estoy seguro. El mundo llora, pero llora y mata... ¿lo sabes? Guerra en Africa, guerra en la China... El pobre sufre, pero sufre y roba. Y la ira del Señor se cierne sobre nuestras cabezas. El granizo, ha devastado huertos y viñas... El tiempo húmedo amenaza a los olivos... ¡Oye!. . . ¿Sientes ya algo? ¿No?

—Todavía no, señor... Voy a tomar el agua tibia.

—¡Bueno, bueno!. . . Hablemos... Es verdad que la cosecha de trigo ha sido abundante, y si Dios quiere y María Santísima nos hace la gracia, mitigaremos con esto, en cierto modo, los quebrantos del mal año...

Cosme escuchaba con atención, pero quizás

sin entender una palabra. De vez en cuando, se le ponía la cara de mil colores; después, de repente, palidecía, palidecía más, sudaba frío, se agitaba un poco en su silla, se le extraviaban los ojos.

—¡Ay, madre mía! ¡Ya comienza a moverse esto, padre Ravaná!. . . ¡Ya comienza!

—¡Abundia, Abundia!—gritó entonces el padre Ravaná, palideciendo también él y mirando fijamente a Cosme, para provocar también en sí los mismos efectos, a la vista de los del medicamento.—¡Venga usted enseguida, creo que esto ha comenzado ya!

Abundia corrió a sostener la frente del padre y Cosme, mientras tanto, entre conatos y contorsiones, le largó solapadamente algunas patadas, de todo corazón.

## IV

—¡Ahora, dale una buena taza de caldo a Cosme!—ordenó a la caída de la tarde el padre Ravaná a su ama.—¿Quieres algunas rebanadas de pan, Cosme?

—Lo que usted quiera... ¡Déjeme usted!. . .—dijo el pobre sacristán, agotado, palidísimo, con la cabeza pesante, apoyada en la pared, sin ni siquiera fuerzas para respirar.

—¡Unas rebanadas de pan y una yema de huevo!—añadió el padre Ravaná, todo presuroso.—Dí ¿quieres Cosme, una rica yema?

—¡No quiero nada, déjeme estar!—gimió éste en el colmo de la desesperación.—Mientras usted charla, yo por su culpa llevo el veneno en el cuerpo. Primero me arruina el estómago y luego me dá unas rebanadas de pan y una yema de huevo. ¿Son estas acciones dignas de un santo sacerdote? ¡Déjeme que me marche!.. ¡Maldito sea!.. ¡Acabaré perdiendo la fe! ¡Ay... ay... ay!..

Y se fué con las manos agarradas al vientre quejándose de este modo.

—¡Qué feo vicio el suyo!—exclamó enojado el padre Ravaná.—Primero, muy manso; después, se arrepiente y se pone hecho una furia... Con tanto bien como le he hecho a ese ingrato.

Durante un momento movió la cabeza, contraidos los ángulos de la boca desdeñosamente; luego, llamó:

—¡Abundia, dame a mí el caldo! ¿Le has puesto la yema de huevo? Muchas gracias. Dame ahora el sombrero y el manteo.

—¿Sale?

—¡Sí, mujer! ¡No faltaba otra cosa! Me siento muy bien ahora, gracias a Dios.

## LA MALA SUERTE DE PITAGORAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

—¡No quiero nada, déjeme estar!—gimió éste en el colmo de la desesperación.—Mientras usted charla, yo por su culpa llevo el veneno en el cuerpo. Primero me arruina el estómago y luego me dá unas rebanadas de pan y una yema de huevo. ¿Son estas acciones dignas de un santo sacerdote? ¡Déjeme que me marche!.. ¡Maldito sea!.. ¡Acabaré perdiendo la fe! ¡Ay... ay... ay!..

Y se fué con las manos agarradas al vientre quejándose de este modo.

—¡Qué feo vicio el suyo!—exclamó enojado el padre Ravaná.—Primero, muy manso; después, se arrepiente y se pone hecho una furia... Con tanto bien como le he hecho a ese ingrato.

Durante un momento movió la cabeza, contraidos los ángulos de la boca desdeñosamente; luego, llamó:

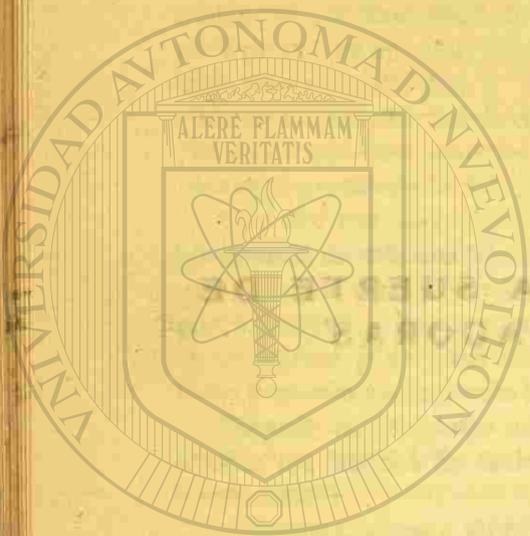
—¡Abundia, dame a mí el caldo! ¿Le has puesto la yema de huevo? Muchas gracias. Dame ahora el sombrero y el manteo.

—¿Sale?

—¡Sí, mujer! ¡No faltaba otra cosa! Me siento muy bien ahora, gracias a Dios.

## LA MALA SUERTE DE PITAGORAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



—¡Caramba!

Y cubriéndome después del saludo, me volví a mirar a la bella prometida, que se hallaba entre el novio y la anciana madre.

¡Ric, ric, ric! . . . ¡Ah, cómo crujían felices sobre el empedrado de la plaza soleada, en la mañana dominical, las botas nuevas de mi amigo! Y la novia, toda el alma riende en el azul infantil de los ojillos inquietos, encendidas las mejillas, lucientes los dientecillos, bajo la sombrillita tornasolada, de seda rosa, abanicábase, abanicábase, como para apagar las llamas de la alegría y del pudor la primera vez que se mostraba por la calle así, jovencita, a las gentes, llevando a su lado—ric, ric, ric—aquel mocetón pro-

metido, exageradamente nuevo, peinado, perfumado y satisfecho.

También mi amigo se cubrió (muy cuidadosamente para no deshacerse el peinado) y se volvió a mirarme. ¿Qué pensaba? Me vió detenido en medio de la plaza e inclinó la cabeza, con una sonrisa embarazosa. Respondí con otra sonrisa y un vivo gesto de la mano, que quería decir:—«Me alegro, me alegro.»

Y pocos pasos después, me volví de nuevo. No me había satisfecho tanto la avispada figurilla encendida de la novia, como el aspecto de él, de mi amigo, al que no veía desde hacía unos tres años. ¿No se volvía también él a mirarme una segunda vez? ¿Estará quizás celoso?—pensé—prosiguiendo, cabizbajo, mi camino.

En fin de cuentas, tendría sobrada razón, porque ¡como bonita, vaya si lo era! Pero, ¿cómo podía él?..

En fin... Me pareció mucho más alto. ¡Prodigios del amor! Y además, lo hallé rejuvenecido, singularmente en la luz de sus miradas y hasta en todo él: descubriase con toda evidencia una cuidadosa pulcritud, de la que nunca le hubiese creído capaz, constándome lo enemigo que era de aquellos originales é íntimos diálogos que cada joven suele tener con su propia imagen durante horas y horas delante de un espejo. ¡Prodigios del amor!

¿Donde había estado durante los tres últimos años?

En Roma, antes, vivía en casa de Quirino Renzi, su cuñado, íntimo amigo mío. Efectivamente, Bindi—así se llamaba el novio—era para mí «el cuñado de Renzi». Había partido para Forlì, dos años antes que Renzi dejase Roma, y ya no lo había vuelto a ver. Y ahora, hételo aquí, en Roma, y a punto de casarse.

¡Ay, amigo mío—seguí pensando—sin duda alguna ya no eres pintor! ¡*Ric, ric, ric*: demasiadamente crujen tus botas!.. ¡Otra ocupación más provechosa habrás elegido! ¡Ya lo creo! Y te felicito, aún cuando tu nueva ocupación te haya permitido casarte: cosa que si bien hoy te encanta, mañana, ¡ya hablaremos!..

...

Le ví otra vez, a los dos o tres días, casi a la misma hora, de nuevo junto con su novia y su futura suegra. Otro cambio de saludos, acompañado de sonrisas. Inclinando levemente y con mucha gracia la cabecita, me sonrió también la muchacha esta vez.

De aquella sonrisa inferí que Tito le había hablado sin duda largamente de mí, de mis famosas distracciones mentales y hasta le habría dicho que Quirino Renzi, su cuñado, me llama Pitágo-

ras, porque no como judías; y explicado también por qué a modo de ingenioso insulto, se puede llamar Pitágoras al que no come judías, etc. etc. Cosas que siempre divierten...

Me di cuenta de que singularmente a la suegra, este asunto de las judías y de Pitágoras, debió parecerle muy chistoso; porque, tantas veces como los encontré después, la vieja pava estallaba sin recato en risotadas, después de contestar a mi saludo, y hasta se volvía a mirarme, riendo aun.

Hubiera querido encontrar a Tito algún día solo, para preguntarle si la presente felicidad no le ofrecía a él, a su novia y a su futura suegra, otros motivos de alegría, para compadecerle en este caso: pero, no lo conseguí. Deseaba además que me diese alguna noticia de Renzi y de su mujer.

Pero he aquí que un día inopinadamente, recibo de Forlì este telegrama: «Situación apurada, Pitágoras. Estaré en Roma mañana por la mañana. Acude estación horas 8'39.—Renzi»

¿Qué ha ocurrido?—pensé.—¿Está aquí su cuñado y quiere que sea yo quien acuda a recibirle? Acerca de las palabras «situación apurada» hice un mundo de suposiciones, entre las cuales la más razonable me pareció esta: que Tito iba a contraer un matrimonio desdichado y Renzi venía a Roma para intentar desbaratarlo. Después de cerca de tres meses de saludos y de sonrisas, confieso que sentía ya hacia aquella tonta de prometida

una antipatía irresistible y cosa bastante peor hacia su madre.

El día siguiente, a las ocho, estaba en la estación. Y ahora juzguen ustedes si no es cierto que me persigue irónicamente el destino. Llega el tren y hete ahí a Renzi en una ventanilla: me precipito...—Pero las piernas, imprevistamente, se me doblan; se me caen los brazos.

—¡Aquí viene conmigo el pobre Tito!—me dice Renzi, indicándome piadosamente a su cuñado.

¿Era aquél Tito Bendi? ¿Cómo era posible? ¿A quién, pues, había yo saludado durante tres meses, en las calles de Roma? Ciertamente: allí estaba Tito. ¡Dios mío y en qué estado!

—¿Tito, Tito?.. ¿Pero tú?..—baluceo.

Tito me echa los brazos al cuello y estalla en un llanto copioso. Miro a Renzi con la boca abierta. ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? ¡Me siento enloquecer! Entonces, Renzi, desde detrás, llevándose un dedo a la frente como barrenando con él, suspira, cerrando los ojos. ¿Quién era el loco: él, yo, o Tito?

—¡Vamos, vamos, Tito!—exhorta Renzi a su cuñado.—¡Cálmate, cálmate! Espera un poco aquí; ten cuenta de estas maletas. Yo voy con Pitágoras a retirar el baul.

Y mientras íbamos, me refiere someramente la desdichada historia del pobre cuñado, quién dos años y medió antes, se había casado en Forlì: ha-

bíanle nacido dos niños, uno de los cuales, a los cuatro meses, se quedó ciego; esta desgracia, la impotencia de proveer adecuadamente con su arte a las necesidades de la familia, las continuas disputas con la suegra y con la mujer, estúpida y egoísta, le habían trastornado los sesos. Renzi le traía ahora a Roma, para que le visitasen los médicos y distraerle un poco.

Si no hubiese visto por mis propios ojos a Tito en aquel estado, hubiera sin duda alguna creído que Renzi, como tantas otras veces, quería burlarse de mí. Entre mi aturdimiento y mi pena, le confieso entonces el equívoco en el que había caído, es decir, cómo yo, hasta el día antes, había saludado a Tito, novio, por las calles de Roma. Renzi, no obstante la consternación por lo que ocurría a su cuñado, no pudo contener la risa.

—¡Te lo aseguro!—le digo.—¡Son exactamente iguales! ¡Ni que fuera él en persona! ¡Desde hace tres meses nos saludamos y nos sonreimos: somos ya muy amigos! ¡Ahora sí, ahora es cuando noto la diferencia! Pero es porque el pobre Tito, ya no es el mismo. A quién saludo yo en cambio, todos los días, es al Tito de antes de marcharse a Forlì, al de hace tres años. Pero, exactamente él. ¿sabes? Tito que mira, Tito que habla, Tito que sonrío, Tito que camina, Tito que me reconoce y me saluda... ¡El, exactamente! ¡Figúrate qué impresión me ha causado volverlo a ver así ahora,

después de haberlo visto ayer, cerca de las cuatro, feliz y radiante, al lado de su prometida...

Mi desdicha quiere que cuanto me ocurre, nadie jamás deba o quiera tomarlo en serio. Renzi, como ya he dicho, se echó a reír, y poco después, para distraer al enfermo, quiso contarle mi rara aventura. Oid ahora lo que aconteció.

El pobrecillo enfermo permaneció primero estupefacto ante mi equívoco; trabajó durante largo rato su fantasía en el trayecto desde la estación al hotel, y, finalmente, agarrándome por un brazo, con los ojos así de dilatados, clavados en los míos, me gritó:

—¡Tienes razón, Pitágoras!

Me asusté. Intenté sonreír:

—¿Qué quieres decir, querido Tito?

—¡Digo que tienes razón!—repitió él sin dejarme, con crecienta brillo de terrible hilaridad en los ojos, cada vez más dilatados.—¡No te has equivocado! Ese que saludas, ese soy yo. Yo, querido Pitágoras, que nunca he salido de Roma, nunca. ¡Y quien diga lo contrario es un enemigo mío! ¡Estoy aquí, aquí: tienes tú razón; estoy siempre en Roma, joven, libre, feliz, como tú a diario me ves y me saludas! ¡Ay, querido Pitágoras: respiro, respiro! ¡Qué peso me has quitado del pecho! ¡Gracias, querido, gracias! ¡Qué feliz me siento!

Y volviéndose al cuñado:

—¡Qué pesadilla la nuestra, Quirino mío!

¡Abrazame! ¡Oigo de nuevo cantar el gallo desde mi viejo estudio de Roma! ¡Pitágoras, que está aquí, te lo afirma! ¿Es verdad Pitágoras? ¿Es verdad? A diario me encuentras en Roma... ¿Qué hago yo en Roma? ¡Díselo a Quirino! ¡Pinto, pinto! ¿Y vendo mis cuadros, verdad? ¡Si me ves reir, quiere decir que vendo mis obras! ¡Ah, muy bien; viva la juventud!. . ¡Soltero, libre, feliz!..

—¿Y la novia?—solté infortunadamente, sin advertir que Renzi, por prudencia, al referirle hacía poco el equívoco en que me hallaba, había omitido este peligroso extremo.

El rostro de Tito se ensombreció al instante. Me agarró esta vez por los dos brazos:

—¿Qué dices? ¿Cómo? ¿Me caso?

Y miró asombrado a Renzi.

—¡Cá, hombre!—repliqué súbitamente, intentando remediar el daño, a una señal del cuñado.  
—¡Cá, hombre! Ya sé que lo tuyo no son más que bromas con esa pavita.

—¿Bromas? ¿Bromas, dices?—realcó Tito enfureciéndose, extraviados los ojos, agitando los puños.—¿Dónde estoy? ¿Dónde? ¿Dónde me ves? Apaléame como a un perro, si me ves bromea con una mujer. No se bromea con las mujeres... ¡Se comienza siempre así, Pitágoras! Y luego, luego...

Estalló de nuevo en llanto, cubriéndose el rostro con las manos. En vano, Renzi y yo intentamos sosegarle, consolarle.

—¡No, no!—respondía él.—¡Si me caso también en Roma, me arruino, me arruino! ¡Mira cómo me he quedado en Forlí, querido Pitágoras! ¡Sálvame, sálvame, por piedad! A toda costa es preciso impedírmelo. (Y en seguida:) Allí también empecé bromeando...

Y temblaba todo él como con temblores de fiebre.

—¡Pero si estaremos aquí solamente muy pocos días!—le dijo Renzi.—Sólo el tiempo de contratar con dos o tres señores la adquisición de tus cuadros, como habíamos quedado. Volveremos en seguida a Forlí.

—¡Eso no resuelve nada!—repuso Tito con un gesto desesperado de los brazos.—Volveremos a Forlí, y Pitágoras continuará viéndome siempre lo mismo en Roma. No puede ser de otro modo. Porque, aún yéndome allá, en Roma vivo siempre, Quirino, siempre en Roma: ¿lo sabes?—En los mejores años de mi vida, libre, soltero, feliz, como precisamente me vió Pitágoras ayer mismo, ¿verdad? Y sin embargo, ayer estábamos nosotros en Forlí: ya ves como no me equivoco... ®

Conmovido, exasperado, Quirino Renzi sacudió rabiosamente la cabeza y apretó los párpados para refrenar las lágrimas. Hasta entonces, la locura de su cuñado no se le había manifestado con tal desesperación.

—¡Vamos, vamos!—repuso Tito volviéndose a

mí.—¡Vamos! ¡Condúcenos en seguida donde tú sueles verme! ¡Vámonos a mi estudio de la calle de Cerdeña! Allí estaré a esta hora. Espero no encontrarme con la novia...

—Pero, ¿cómo? ¡Si estás aquí con nosotros, Tito!—exclamé sonriendo, con la esperanza de volverle en sí.—¿Hablas en serio? ¿No sabes que yo tengo la especialidad de los equívocos? Te he confundido a tí con un señor que se te parece...

—¡Soy yo, infame, traidor!—me gritó entonces el pobre loco relumbrándole los ojos y con un gesto de amenaza.—¿Ves a este pobre hombre? ¡Lo he engañado! ¡Me he casado sin decirle nada! ¿Quieres tú engañarme a mí también? ¡Dí la verdad! ¿Estás de acuerdo con él? ¿Es que le ayudas en el plan de casarme a escondidas? ¡Llévame a la calle de Cerdeña! . . . ¡No necesito que me acompañes: conozco el camino: iré solo!

Para que no se fuese solo, nos vimos obligados a acompañarle. Por el camino, le dije:

—¿Pero no te acuerdas de que ya no vives en la calle de Cerdeña?

Se detuvo perplejo a esta observación mía; me miró un rato, cejijunto; después, dijo:

—¿Dónde estoy, pues? ¡Nadie puede saber esto mejor que tú!

—¿Yo? ¡Qué diablos! ¿Cómo quieres que lo sepa, cuando ni siquiera lo sabes tú?

La respuesta me pareció convincente y apro-

pósito para fijar su atención. Ignoraba que los llamados locos, también poseen la complicada maquinilla «saca-ideas», llamada lógica, en perfecta función, quizás más que la nuestra, por cuanto que, como la nuestra, no se detiene jamás, ni aún frente a las más inadmisibles deducciones.

—¿Yo? ¡Si ni siquiera sé que estoy a punto de casarme! ¡Yo estoy en Forlì! ¿Cómo quieres, pues, que sepa lo que hago aquí, luego, solo, en Roma, libre como en otros tiempos? Lo sabrás tú que me ves todos los días... ¡Vamos, vamos: condúceme, me confío a tí! . . .

Y mientras andábamos, de vez en cuando, se volvía a mirarme con una muda, suplicante interrogación en los ojos que me traspasaba el corazón, porque con aquellas miradas me decía que iba en busca de sí mismo por las calles de Roma, en busca de aquel otro «él», libre y feliz, de los buenos tiempos pasados; me preguntaba si lo descubriría yo en alguna parte, ya que él lo buscaba con los ojos míos, que hasta ayer lo habían visto.

Una inquietud angustiosa se había apoderado de mí. Si por desgracia—pensaba yo—nos encontrásemos con el otro... Sin duda alguna le reconocería en seguida. ¡La semejanza era tan evidente y perfecta! . . . Y además, tanto estridían las botas de aquel estúpido, que llamaba la atención de todo el mundo. Y me parecía que iba a oír de un mo-

mento a otro, detrás de mí, el *ric, ric, ric*, de sus malditos pasos.

¿Podría ocurrir esto? ¡Jamás lo hubiera pensado!

Renzi había entrado en una tienda a comprar no sé qué; Tito y yo, lo esperábamos en la calle. Ya era casi de noche. Miraba impaciente la tienda de la que Renzi debía salir, y cada minuto de espera, allí, parados, me parecía una hora; cuando de repente, siento como me tiran de la chaqueta y veo a Tito con la boca abierta y una muda sonrisa de beatitud, ¡infeliz! y con dos gruesas lágrimas que le caían de los ojos claros, jubilantes, expresivos. ¡Lo había descubierto! Me lo señalaba allí, a dos pasos de nosotros, sólo, parado sobre la misma acera!

¡Colocáos, por un momento al menos, en mi lugar, si os es posible hacerlo sin reír! Aquel señor, al verse mirado y señalado de tal modo, se turbó; pero después, descubriéndome a mí, me saludó, como de costumbre, tan amablemente, ¡pobrecillo! Intenté hacerle un gesto a escondidas, mientras con la otra mano procuraba llevarme a Tito. ¡No hubo manera!

Por fortuna, aquél había comprendido mi gesto y sonreía; había comprendido solamente que mi compañero estaba loco; no se había reconocido en las facciones de Tito, mientras éste, súbitamente, se reconocía en las de él. ¡Claro! Como

que eran las suyas, las de hacía tres años... Era él mismo, que por fin, se hallaba tal como había sido... Y se le había acercado, le contemplaba estático, le acariciaba en los brazos y en el pecho, dulcemente, susurrándole:

—¡Qué hermoso eres, qué hermoso eres! Ese es nuestro querido Pitágoras, ¿lo ves?

Aquel señor me miraba y sonreía, confuso y temeroso. Yo, para tranquilizarle, le sonreí también, doloridamente. ¡Jamás lo hubiese hecho! Tito advirtió nuestra sonrisa, y sospechando en seguida algún engaño, o una inteligencia entre nosotros dos, se volvió amenazador hacia él:

—¡No te cases, imbécil, que me arruinas! ¿Quieres quedarte como yo? ¿Desarrapado y desesperado? ¡Abandona a esa muchacha! ¡No juegues, estúpido, bribón! ¡Te falta experiencia!..

—Pero, ¿qué es esto, qué es esto?—gritó aquel desdichado, volviéndose hacia mí, viendo como acudía la gente curiosa, asombrada, en torno de nosotros.

Apenas tuve tiempo de decir:—«¡Compadézcalo!..»—Tito se me abalanzó.

—¡Calla, traidor!

Y me dió un empujón; se volvió a aquél, con tono humilde, persuasivo:

—¡Cálmate, te lo ruego! ¡Escúchame! ¡Sé que

eres vehemente, lo sé! Pero debo impedirte que me arrastres a la ruina por segunda vez...

En este momento, Renzi acudió, escondiéndose entre el gentío y llamando en voz alta:

—¡Tito, Tito! ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué?—le respondió el pobre Bindi.—¡Míralo! ¡Ahí lo tienes! ¡Quiere casarse otra vez! ¡Dile que le nacerá un hijo ciego!.. ¡Dile que!..

Renzi se lo llevó a viva fuerza.

Poco después, tuve que explicarle el caso a aquel señor. Esperaba que recibiese mis palabras con sonrisa; pero no fué así. Me preguntó, consternado:

—¿Pero es verdad que se me parece tanto?

—¡Ahora, ya no!—le respondí.—Pero si lo hubiese usted visto antes, hace tres años, soltero, aquí en Roma... ¡Era usted en persona!

—Es de desear, pues, que dentro de tres años—dijo—no me vea como él...

Después de todo esto, ¿tenía o no derecho a creer que todo hubiera terminado?

Pues bien, no fué así.

He recibido hace unos días, casi dos meses después del encuentro que he narrado, una tarjeta firmada por *Hermán Lévera*.

Dice así:

«Querido señor:

Dígale a Bindi, que ha sido obedecido. No he podido olvidarle. Se ha quedado ante mí como el

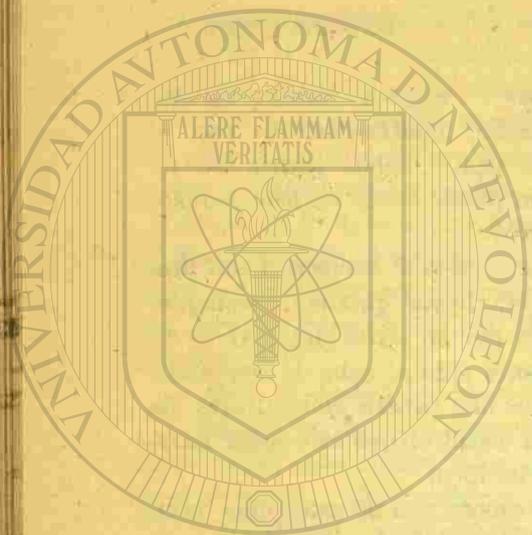
espectro de mi destino inevitable. He roto mi noviazgo y salgo mañana para América. Suyo,

*Hermán Lévera.*»

¡Así son las cosas!. . Si yo no hubiese saludado al pobre muchacho, confundiéndolo con el otro, a estas horas ¡quién sabe! podría ser un marido feliz... Todo puede darse en este mundo, hasta ciertos milagros...

Pero creo además que si el encuentro con Bindi influyó sobre él, hasta producir semejantes efectos, también por su parte debió verse en Bindi tal como hubiera sido al cabo de tres años. Y hasta que no llegue una prueba en contrario, no puedo en conciencia asegurar que este señor Lévera, no sea también un loco.

Mientras tanto, espero uno de estos días recibir la visita de la prometida abandonada y de la frustrada suegra. ¡Las envió a las dos a Forlí: palabra de honor! ¡Quién sabe si no se reconocerán ellas también en la mujer y en la suegra del pobre Tito Bindi! Hasta ya me parece a mí que son todos ellos, realmente, una sola y misma cosa; quizás con la diferencia del niño ciego, que en este caso, ¡si Dios quiere! no nacerá, si es cierto que el señor Lévera partió ayer para América.



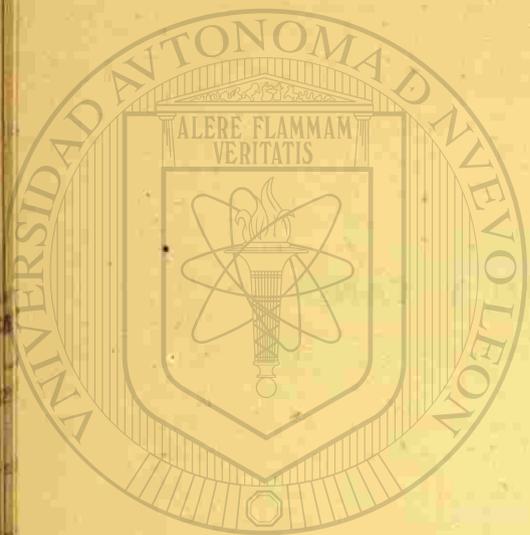
TANIN Y TANO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Por los campesinos que iban todos los días a la ciudad, con las mulas cargadas de provisiones del campo, el barón Mauro Ragona sabía que su mujer continuaba en cama y que también el chico había caído gravemente enfermo.

Su mujer no le importaba. Matrimonio equivocado, contraído por necia ambición juvenil.

Hijo de un campesino enriquecido, que durante el reinado de las dos Sicilias había comprado con el feudo la baronía, Mauro contrajo matrimonio con la hija del marqués Nigrelli, educada, desde niña, en Florencia, por lo que, según pretendía ella misma, había olvidado completamente el dialecto siciliano.

Pálida, rubia y delicada, como una flor de in-

vernadero, ella. Robusto él, macizo, lleno de salud, morenas sus carnes, más pronto negro como un africano, rostro áspero, ojos duros, gruesos mostachos, espesos cabellos crespos, negrísimo, proclamábase, ahora, labrador.

— ¡Y me enorgullezco!

Habían comprendido muy pronto, el uno y la otra, que su convivencia era imposible. Ella pasaba el tiempo llorando; sin razón, según creía Mauro. Por su parte, él se aburría, y en respuesta a aquellas lágrimas, resoplaba desde la mañana hasta la noche. Pero de su matrimonio había nacido un chiquillo rubio, pálido y delicado como la madre, de cuyas caricias mostróse, ella, celosísima desde los primeros días. Tanto, que Mauro no lo había podido tocar nunca y casi ni siquiera mirar.

Alejóse, en consecuencia, de la ciudad sin dar cuenta ni razón a nadie, dispuesto a hacer lo que le viniese en gana. Habíase ido allá, a su tierra nativa. Tomó consigo a Bartolomea, la guapa hija de uno de sus administradores muerto el año antes, sana y alegre campesina llena de humilde bondad, que había acogido como un grande honor, como una verdadera distinción, el amor del joven amo. También le había nacido de ella un hijo, pero moreno como él, sólido y mofletudo. Por fin, sintióse en su ambiente.

Y su mujer, contentísima.

Habían reñido definitivamente, por una estúpida nonada: Mauro Ragona lo reconocía ahora. Viéndose tratado con altivez por su aristocrática mujer, en las raras veces que iba a la ciudad, más para ver a su hijo que para verla a ella, sintió un día como se le sublevaba la sangre. ¿Era verdad que ella sentía tanto desprecio hacia él? ¿De veras que no le creía digno de otra mujer más que de aquella Bartolomea que tenía en el campo?

— ¡Quiero poseerte! — le había gritado, iracundo ante los desdenes de ella, y vibrante de despecho—. ¡Al fin y al cabo, eres mi mujer!

Pero ella se había rebelado, altiva, contra aquella violencia inspirada tan sólo por el amor propio. Ciego de ira, Ragona habíase dejado arrastrar excesivamente por su orgullo ofendido, hasta que, finalmente, se fué, estallando en una burlona careajada.

— ¡Al cabo y al fin, *aquella* vale cien veces más que tú!

Desde aquel momento, ya no volvió más a la ciudad.

No le importaba, pues, la enfermedad de su mujer. Pero que enfermase también su hijo, eso sí, eso lo sentía. Y mucho. No lo había vuelto a ver desde hacía cinco años, al pobre pequeñuelo, y sentía remordimientos; era sangre suya, llevaba su apellido, *el suyo*, el nombre de los Ragona. Había de heredar todas sus riquezas y sin embar-

go crecía como un Nigrelli, todo para su madre, de la que quizás no oía sino hablar mal de él, a traición, mal de su propio padre, de quien el pequeñuelo no podía ya por cierto acordarse. Pero se acordaba él. ¡Ah! ¡Era tan hermoso como un angelillo, con aquellos rizos rubios y aquellos ojos lípidos, color de cielo! ¡Quién sabe ahora, al cabo de cinco años, cómo sería! . . . Estaba enfermo, además, y gravemente... ¿Y si se muriese sin ni siquiera conocer a su padre?

Bartolomea, durante aquellos días, viendo al amo ensimismado y pensando en el otro hijo, se esquivaba, teniendo junto a sí a Tano. Comprendía, en las devociones de su corazón, que la presencia de Tano, alegre y despreocupado, no podía serle grata *al amo*, en aquellos momentos. Temía que éste no cometiese alguna grosería con el pequeñuelo inocente, rechazándolo como se rechaza a un perrillo importuno. Hasta ella misma, apenas se arriesgaba a pedirle noticias.

—¡No sé nada! ¡Nadie sabe decirme nada!— respondía él duramente, arrebatado.

De aquella dureza no se ofendía Bartolomea. Sabía que la provocaba el dolor del hijo y juntaba las manos, levantando los ojos al cielo. ¡Que la Santa Virgen lo ponga pronto bueno! ¡Ella no podía soportar aquellas angustias de su amo!

—¡Deja estar a la Virgen!—le dijo él un día

irritado—. ¡Demasiado sé que la muerte de mi hijo te agradaría!

Bartolomea abrió los brazos, dilató los ojos, estupefacta, herida en el corazón, no atreviéndose a creer que semejante cosa hubiera podido pensar el amo de ella.

—¿Qué dice el señor? ¿No sabe que por la vida del señorito daría hasta la vida de mi hijo?

Se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

Le había sugerido al barón este mal pensamiento la vista de Tano, jugando ante la quinta con el perro y los pavos, espectáculo que presenciaba desde el balcón, con la frente apoyada en los cristales. Pero, ahora, se arrepentía de haberlo manifestado tan crudamente; sólo que en vez de mostrar su arrepentimiento a Bartolomea, se encolerizó contra el llanto que le había injustamente ocasionado.

—¡Mi hijo no debe morir!—gritó cerrando los puños y blandiéndolos—. ¡No debe morir, no lo quiero yo! ¿Lo sabes?

¡Demasiado lo sabía Bartolomea! Sabía que para el amo, aquel otro era su hijo, su verdadero hijo; y que éste, Tano, era hijo de ella y nada más; hijo de una pobre campesina; hijo que, de morir, se ahorraría los dolores, las fatigas que ya le amenazaban. Mientras que aquél, el señorito, de morir (¡Dios nos libre!), hubiera producido

hondo trastorno, ya que era rico y hermoso, y hecho para vivir y para gozar hasta de la gracia del Señor.

Al atardecer de aquel día, el barón Ragona hizo ensillar su caballo y partió para la ciudad, escoltado por dos campesinos. Llegó cuando ya estaba muy cerrada la noche, y encontró en casa al marqués de Nigrelli, llegado adrede de Roma, donde como viejo mujeriego impenitente, disipaba los restos de su fortuna. Pequeño, enjuto, quebradizo, largo el bigotillo teñido y engomado, acogió al yerno con su habitual gesto ceremonioso y como si no supiese nada de nada.

—¡Oh, querido barón, querido barón!

—¡Muy señor mío!—gruñó Ragona mirándolo, hosco, a los ojos y dejándolo allí, con la mano alargada.

Después, viendo que el marqués levantaba aquella mano para dejársela caer afectuosamente sobre la espalda, añadió fastidiado:

—¡Le ruego que no me toque! ¿Donde está mi hijo?

—Está enfermucho—suspiró el marqués, desenvuelto, llevándose las manos a las puntas del bigotillo.—¡Malucho, querido barón!.. ¡Venga, venga!

—¿Está con su madre?—preguntó, deteniéndose, Ragona.

—No—respondió Nigrelli.—Se lo han llevado a

otra habitación, porque necesita mucho aire, mucho aire, y a Eugenia esto le haría daño. Se trata de un tifus, desgraciadamente, querido barón. Tanto es así que yo he pensado...

—¡Dígame usted donde está!—le interrumpió brusco y arrebatado el barón.—¿Donde está? ¡Acompáñeme!

Al cabo de cinco años, se sentía como un extraño en su propia casa: desorientado entre tantos cambios que en ella había operado su mujer. En la habitación donde estaba el muchacho, vió ante todo, al lado de la cama, una hermana de la caridad, y se turbó profundamente.

—¡La he llamado yo!—explicó el marqués.—Esto es lo que quería decirle. Ya que la madre no puede, ¿qué mejor asistencia?

Y terminó la frase con amable sonrisa volviéndose a la joven religiosa, que apartó, rápida, la mirada, bajo las grandes y blancas alas de la toca.

—¡Aquí estoy yo ahora!—dijo el barón acercándose a la cama.

Después, viendo al pequeñuelo, esquelético, amarillo como la cera, casi calvo:

—¡Hijo mío!—exclamó.—¡Hijo mío, hijo mío!—con tres suspiros que parecían petrificarle el corazón.

El pequeñuelo lo miraba desde la cama atontado, aturdido, no conociendo a quien lo llamaba

de tal modo. El comprendió la expresión de aquella mirada y rompió en sollozos.

—¡Soy tu padre, hijo mío! ¡Tu padre, tu padre, que te quiere mucho...

Y se arrodilló al lado de la camita y comenzó a acariciar las casi desvaídas mejillas del pequeñuelo, a besarle las manitas, tiernamente, una y otra vez, los deditos, y después, sobre el dorso, luego sobre la palma que abrasaba, de aquella manita querida, esquelética... ¡Ay Dios mío, Dios mío, como abrasaba!

No se separó más de la cama, día y noche, durante un mes. Despidió a la hermana de la caridad, cuyas tocas le parecían alas de mal agüero; y quiso atender él, personalmente, a todos los cuidados, sin darse un momento de reposo, sin cerrar los ojos, noche tras noche, rechazando hasta el alimento, rechazando toda ayuda. No pidió noticias de su mujer; no quiso ni siquiera saber de qué mal estuviera enferma: no vivió, en aquellos días, más que para su pequeñuelo, el cual, poco a poco, por instintiva gratitud, al calor de aquel cariño siempre vigilante, ya no supo vivir sin él y lo abrazaba, muy apretado, muy apretado y lo acariciaba, mientras él sentíase sofocado por la emoción.

Vencido el mal, los médicos aconsejaron al barón que se lo llevase al campo para apresurar la convalecencia con el aire puro de la montaña.

—No era necesario que me lo aconsejasen ustedes. Ya lo había pensado yo—dijo Ragona a los médicos.

Dió órdenes para partir, pensando en todos los pormenores, para que el hijito endeblucho tuviese en el campo todas las comodidades y no echase nada de menos.

Quando su mujer, enferma, supo aquellos preparativos de marcha, temiendo que Ragona quisiera llevarse a su hijo para siempre, montó en cólera. El pobre marqués Nigrelli, al que tomó de mediador, hubo de correr del uno a la otra transmitiendo preguntas, respuestas, invectivas, que él, todo un caballero, se esforzaba en atenuar, en barnizar del mejor modo.

El barón, en cierto instante, le atajó:

—¡Definitivamente! ¡Dígale usted a su hija que yo soy el padre y mando sobre él!

—Si. Pero, usted...—intentó objetar el marqués, como hablando por cuenta de su hija.—Además, dada su situación...

—Dígale usted a su hija—replicó en el mismo tono el barón—que yo conozco mi deber de padre y con esto basta.

Efectivamente. A los jornaleros que venían del campo, les había ordenado que dijese a Bartolomea, que dejase la quinta y se fuese a vivir con Tano a una alquería cercana, de su propiedad. Antes de partir, convino con su mujer en que Tanín,

de ahora en adelante, pasaría con él en el campo *los meses grandes*, como él, a modo de los campesinos, llamaba al tiempo que transcurre de Marzo a Septiembre, y el invierno, *los meses pequeños*, con su madre, en la ciudad.

A Bartolomea, hábale parecido justísima esta orden del amo. Ciertamente, yendo allí el señorito, no podía ella permanecer en la quinta. Sin embargo, el amo—sin que hubiese en su ofrecimiento intención alguna—debía otorgarle un favor: concederle que sirviese ella al señorito, ya que ninguna otra mujer, pagada, hubiese podido hacerlo con más amor y con más celo que ella. Segura de obtener esta gracia, trabajó afanosamente limpiando la quinta y preparando la habitación donde el amo dormiría junto con el amito.

Sintió que se le doblaban las piernas, sin embargo, el día de la llegada, cuando del coche vió descender a una criada que le parecía una señora, a la cual el barón entregó el señorito envuelto en un mantón, y al ver como descendían de otro cochecillo el cocinero y su ayudante. ¿Luego era verdad? ¿La consideraba, pues, como una descastada? ¿Ni siquiera para la cocina la admitía, para atender a los más humildes servicios? Acudieronle a los ojos las lágrimas; pero el barón le dirigió una mirada tan imperiosa, que de súbito se contuvo, inclinó la cabeza y se fué a llorar, con el cora-

zón destrozado, allá arriba, en el cuartito donde se había alojado con su hijo.

Lloró y lloró; después, desde la ventana, miró a Tano que lejos, desde un poyo, por primera vez, tenía cuenta de los pavos. ¡Pobre hijito! Le había enviado ella allí para que no importunase en el momento de la llegada. Ya comenzaban para él, tan pequeñito, las horas amargas. Suponía que si el amo la trataba de aquel modo y había traído al campo al señorito, quizás era porque se había reconciliado con su mujer: y por lo tanto, ella debería marcharse, volver a su pueblo, al lado de su vieja madre, o ponerse a servir en otra parte. A Tano, después, ya hombre, pensaría el barón en darle un pedazo de pan para la vejez.

Acordó marcharse en el acto; pero ni aquel día ni en los siguientes, pudo acercarse al amo, cuya atención se aplicaba enteramente al señorito. Cansada de esperar en semejante situación de ánimo, se disponía a alejarse sin decir una palabra, a escondidas, cuando el barón fué en persona a buscarla a la alquería.

—¿Qué haces?—le dijo, viendo ya sus envoltorios preparados, en medio de la habitación.

—Si me lo permite el señor—le respondió Bartolomea bajando los ojos—me voy.

—¿Te vas? ¿Dónde? ¿Qué dices?

—Me voy con mi madre. ¿Qué he de hacer aquí, si el amo ya no me necesita?

El barón se encolerizó; la miró un rato cejijunto, severamente. Después, entornó los ojos y le dijo:

—¡No te muevas de ahí y no me fastidies! ¿Quién te ha echado? ¡Yo tengo allá a mi hijo y ni quiero ni tengo tiempo de pensar en otra cosa!..

Bartolomea se encendió como una brasa y se apresuró a responder humildemente:

—¡Ya sé que el señor no piensa en eso... ni yo tampoco, se lo juro y estoy, además, contenta! ¡No me refiero a eso... sería una desvergonzada! Le digo tan solo, que podría continuar siendo la criada del señor y la del señorito, que ha llegado... ¿Es que acaso llevo escrita en la frente mi vergüenza? ¿Es que no eran dignas para servirlo mis manos amorosas?

Profirió estas palabras con tanta pesadumbre, que el barón tuvo piedad y le explicó con buenas maneras las delicadas razones por las que la había tenido alejada. Además, el muchacho tenía necesidad de cuidados especiales que ella quizás no hubiera sabido prestarle.

Bartolomea sacudió amargamente la cabeza.

—¿Es que acaso se necesita arte—dijo—para servir a los niños? ¡Corazón, nada más! Y quien se siente servido con el corazón, bien puede prescindir del arte. ¿No he sabido criar a mi hijo? Más que como hijo, hubiese servido al señorito, porque junto al amor hubiera tenido para él res-

peto y devoción. Pero si usted no me ha creído digna, no hablemos más: Dios, que lee en mi corazón, sabe que no merecía de usted esto. ¡Hágase su voluntad!

Para cambiar de conversación y hablarle de algo que le fuese grato, le preguntó por Tano.

—¡Allá está!—repuso Bartolomea, indicándolo desde la ventana, en el poyo, entre los pavos.—Ya hace de guardián. Todas las tardes, cuando regresa, me pregunta por el señorito. ¡Se muere de ganas de verle! «Aunque sólo fuera desde lejos—dice.—¡Quisiera llevarle flores!» Pero yo le he dicho que al señorito no se le puede ver porque está enfermo, y el perfume le haría daño. Sólo así, se ha quietado.

¿Aquietado? Tano, allá arriba, entre los pavos, se pasaba los días enteros pensando cómo era posible que las flores pudiesen hacer daño a un niño. Excepto, pensaba, como no fuese un niño hecho de otra manera... Pero, ¿cómo podría estar hecho? Miraba las flores: a él no le hacían daño, excepto las flores de cardo, que, como es sabido, son espinosas; pero estas, ciertamente no se las hubiese ofrecido, ni siquiera las tocaba él. ¿Cómo podría ser, pues, aquel niño? Y meditaba, imaginando el modo de verle sin ser descubierto.

No discurriéndolo, y no sabiendo resistir ya la tentación, un día dejó abandonados, en la altura, a los pavos y se vino a la plazoleta, delante de la

quinta, para mirar resueltamente a los balcones de la habitación donde dormía el amo. ¡Buena paliza recibiría, ciertamente, si era sorprendido allí por su madre, con la naricilla al aire y las manos a la espalda! Pero él quería satisfacer a toda costa su curiosidad.

Estuvo así largo rato, y finalmente, detrás de los cristales del balcón, apareció la cabecita del niño misterioso. Tano permaneció estático mirándolo. Le parecía que, verdaderamente, estuviese hecho de otra manera, sin saber decir cómo, y pensaba que, en verdad, del modo que aquel niño era, las flores podían hacerle daño. También el pequeñuelo convaleciente, tan pálido todavía y tan grácil, con los cabellitos que de nuevo le crecían, rubísimos, vaporosos, lo miraba curiosamente, a través del cristal del balcón; pero poco después, detrás de aquellos cristales, apareció la figura del barón, y Tano echó a correr despavorido. Oyó como la voz del amo le llamaba muchas veces y se detuvo con el corazón galopándole en el pecho; volvióse, y vió que de veras lo llamaba, lo llamaba con las manos. ¿Qué hacer? Volvió calladito, calladito sobre sus propios pasos, y ya enfilaba el portalón de la quinta, cuando le vino encima su madre, que lo agarró de una oreja y comenzó a zurrarlo con la otra mano.

—¡Me ha llamado el amo, me ha llamado el amo!—gritaba Tano entre los golpes.

—¿El amo? ¿Dónde? ¿Cuándo?—le preguntó Bartolomea, sorprendida.

—¡Ahora mismo: me ha llamado desde el balcón!—le respondió Tano, encendido de rabia y llorando, más por la injusticia que por el dolor.

—Bueno: ven conmigo arriba, quiero saberlo—repuso su madre llevándosele.

Tano entró restregándose los ojos lacrimosos. El barón había llegado a su encuentro, en el saloncito de entrada, con el convaleciente.

—¿Por qué lloras, Tano?

—Le he zurrado yo, al pobrecito—respondió Bartolomea.—No sabía que lo hubiese llamado el señor...

—¡Pobre Tano!—dijo el barón, inclinándose para acariciarle los espesos cabellos, crespos, negrísimos, como los suyos.—Vamos, vamos, basta ya... Vais a jugar un poquito juntos, como buenos amigos, ¿verdad?

Y los dos pequeñuelos se miraron y sonrieron; después, Tano, con los ojos todavía llorosos y la cabezota inclinada, se escondió una mano en el bolsillo, sacó algunos caracolillos recogidos en la altura y se los ofreció, preguntando con un sollozo, que era un eco de llanto reciente:

—¿Los quieres? ¿No te harán daño?

Bartolomea rió; pero le reprendió en seguida:

—¿Cómo se dice, impertinente? ¿Se dice quieres? ¿No sabes que estás hablando con el señorito?

—Déjalos estar—le dijo el barón.—Son niños. Pero Bartolomea, sobre este extremo, no obstante la condescendencia del amo, no quiso transigir, y poco después reprendió de nuevo a Tano, que le preguntaba al señorito:

—¿Cómo te llamas?

El barón propuso que, por primera vez, saliese el niño al aire libre, para que diese un paseo por el jardín. Bartolomea se sintió feliz al bajarlo en brazos por la escalera.

—¡No pesa nada! ¡Una pluma, una pluma!... —decía.

Y le besaba el pechito, amorosamente, como una esclava.

—¡Bien!—dijo el barón al pié de la escalera a los dos niños.—Cogéos ahora de la mano e id poco a poco, bajo los árboles. Así...

Tano y el señorito se encaminaron, con el embarazo propio de los niños que van por primera vez juntos, cogidos de la mano. Tano, menor de casi dos años, parecía mucho mayor que el otro; lo guiaba y lo protegía. Tomó al cabo de un rato, con la mano izquierda, la del niño, y le pasó el otro brazo por la espalda, para ayudarlo a andar. Cuando de este modo se alejaron un tanto, y ya no existía el peligro de que fuesen oídos, Tano preguntó de nuevo:

—¿Cómo te llamas?

—Tanín, como mi abuelo—respondió el otro.

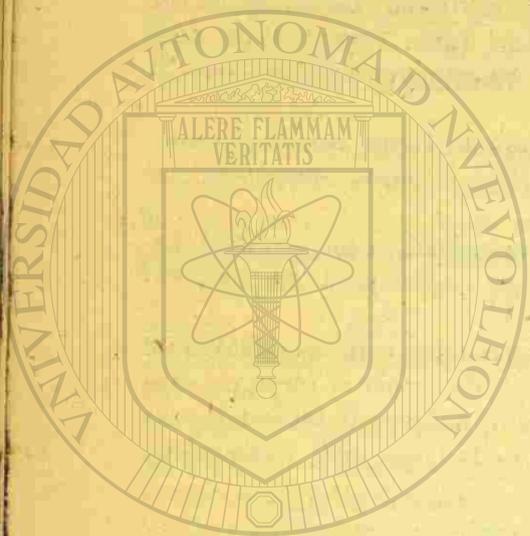
—¡Entonces te llamas como yo!—repuso Tano, riendo.—También yo me llamo como mi abuelo, me lo ha dicho el administrador. Pero a mí, en vez de Tanín, me llaman Tano, porque estoy muy grueso, y mamá no quiere que me llamen como al abuelito.

—¿Por qué?—preguntó Tanín, pensativamente.

—Porque yo no lo he conocido—respondió, serio, Tano.

—¡Entonces, te pasa como a mí!—repitió Tanín, riendo a su vez.—¡Tampoco he conocido yo a mi abuelito!

Se miraron sorprendidos y rieron juntos este ingenioso descubrimiento, como si fuese un caso extraño, y sobre todo, un caso de tal índole, que merecía ser reído, reído largo rato, alegremente.



## INDICE

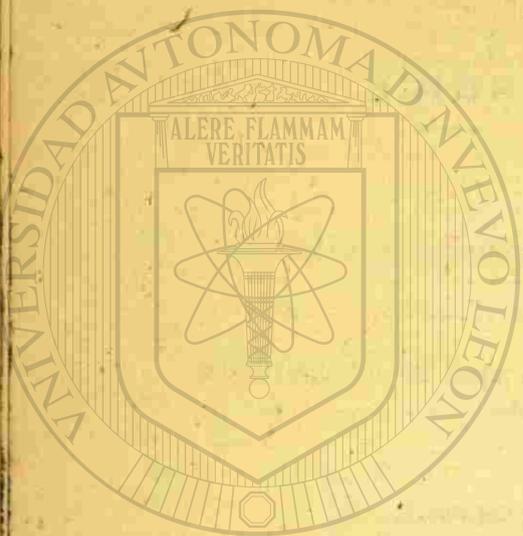
---

Cuando estaba loco.....	7
Limones de Sicilia.....	39
La salida del sol.....	63
Al valor cívico.....	81
El viejo Dios.....	95
Oposiciones para la plaza de refrendario del Consejo de Estado.....	107
Un convidado.....	141
In corpore vili.....	161
La mala suerte de Pitágoras.....	175
Tanín y Tano.....	193

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Para el lector de España y América interesado en completar vitalmente la integridad de la propia cultura y en mantener su información y contacto con las grandes corrientes de ideas que agitan el mundo, ninguna obra es comparable a las series de

## GLOSAS

DE

EUGENIO D'ORS

*UN VOLUMEN POR TRIMESTRE .. CADA VOLUMEN FORMA UNA SERIE INDEPENDIENTE QUE OFRECE, CON LA DOCTRINA DE UN TRATADO, EL HECHIZO DE UN LIBRO DE VIAJES Y EL APASIONADO INTERES DE UNA NOVELA*

PUBLICADOS:

EL MOLINO DE VIENTO

CINCO MINUTOS DE SILENCIO

PRECIO DE CADA VOLUMEN, 4 PESETAS

EN PREENSA, DEL MISMO AUTOR

GUILLERMO TELL

(TRAGEDIA POLITICA)

**LOS MAYORES EXITOS LITERARIOS**

**EL ENSUEÑO**

La mejor y más famosa novela de  
**H. G. WELLS**

UN TOMO, 5 PESETAS

**LOS HERMANOS KARAMAZOV**

La obra maestra de **DOSTOIEVSKI**, ver-  
tida por primero vez al castellano en  
una versión íntegra y escrupulosa, por  
**F. AZZATI. (Tercera edición)**

DOS TOMOS, 7'50 PESETAS

**EL NOVELISTA**

La "novela grande" por autonomasía de  
**RAMON GOMEZ DE LA SERNA**

UN TOMO, 4 PESETAS

**CARTAS DE UN SATIRO**

La exquisita fábula de **REMY DE**  
**GAURMONT**

UN TOMO, 3 PESETAS

**LA VIRGINIDAD**

La novela de la mujer moderna frente a  
las nuevas condiciones sociales, por  
**LEON FRAPIE**

UN TOMO, 4 PESETAS

Pidase nuestro Catálogo completo

